PABLO SANTOS SURIEL

EL HEROE OLVIDADO

—«0»— NOVELA HISTORICA —«0»—

GENERAL DON PEDRO SANTANA

IMP. "ROLDAN"
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
1945

COLECCION
"MARTINEZ BOGG"
SANTO DOMINGO - REP. DOMINICANA

ESTA:

DEDICADA AL BENEFACTOR DE

LA PATRIA

GENERALISIMO

Dr. Rafael L. Trujillo Molina

Propulsor de la Ciencia, Arte y Cultura Nacionales.

EL AUTOR.

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

Lig
30877-10
INV. 2018

BNDW
RD-DV
20869.44
5232h

ABR. 7 1972

PROLOGO

AL LANZAR a la luz pública esta obra histórica-novelesca, «*EL HEROE OLVIDADO*», nos ha impulsado, más que un principio humanista, el deseo en sí, de que salga a relucir con brillos de recuerdos culturales, los perfiles de la preparación intelectual de nuestro ascendiente, General Juan Esteban Aybar, quien tanto en el campo de las letras como en el de las armas, tuvo destacados relieves en su época. Gran parte histórica de esta obra es hija suya; brotada de su cerebro, escrita por su puño y vivida por su persona. Elementos, hechos y personajes, pasearon por esta querida tierra de Quisqueya sus razones y sus galas; y en la conformación literaria de la misma, esta la humilde capacidad cultural del autor, quien no viene con ello a traer al tapete la dilucidación de las glorias o anatemas que pudieran tocarle al personaje protagonista de la misma; mucho menos, a juzgarlo en su pedestal de estadista, o en su arrojo de soldado, sinó que, haciendo un sencillo recuento novelesco, os lo presenta, junto con destellos de un ayer que fué real y auténticamente vislumbrado en aquel maremagnum que podría muy bien llamarse: período **Ibero-Dominico-Haitianizados**, como un hombre extraordinario de leyendas, que se esparció sobre los elementos exóticos que osaron pizar a la Hispaniola, como el Cid Campeador dominicano.

La obra en sí, no lleva los coloridos literarios de un erudito, o la presentación subyugante de un avezado en el campo de las letras; pero encierra en su estructuración una idea, y esa idea, un recuerdo.

Nada más ha impulsado su edición.

Pablo Santos SURIEL.

Compra

Reg. No. 001128

CAPITULO I

En la ubérrima provincia oriental de Santa Cruz del Seybo, a la orilla del rio Seybo, se levantaba una pequeña aldea, que hoy no existe, rodeada de almendros, palmeras y corozos; y que hacía de oasis de los caminantes que de todas partes de la provincia, iban en peregrinación hasta la devota población de Salva León de Higüey.

La aldea se componía de dos o tres propietarios que vivian de la crianza de cerdos, ganados y demás animales domésticos. Uno de los propietarios de la aldea, era el padre de don Pedro Santana: don Francisco Santana.

Pedro, huérfano desde la infancia, creció con el orgullo de hacer lo que mejor le pareciere.

A los diez y ocho años, era la pesadilla de su padre; siempre andaba caracoleando en su potro RUCIO MORO que le regaló su padre cuando estaba pequeñuelo.

Desertaba de la aldea desde que oía decir que había una **bachata**. Allí estaba Pedro, arrogante, con su sable terciado, pesadilla de todos los machete-

ros de esa región.

Desde que llegaba al baile, echaba la vista a la mujer más hermosa del festival. Una que se acercaba a ella y no la dejaba hasta llevársela en su RUCIO MORO.

Eran tantas las quejas, que las autoridades no pudieron hacerse sordas a las reclamaciones de los padres de las musas de Pedro, pués cada uno reclamaba, devolverle la honra de su hija; por lo que nuestro galán Pedro tuvo que tomar las de VILLADIEGO.

En un risueño amanecer del año 1808, al suave reir de la fronda, al canto matinal de las aves; la aurora parecía más hermosa que nunca, el cielo vestia de un rojo bermellón que escarlataba en oro. Allí sólo se oía el suave murmullo del agua que corría con velocidad vertiginosa.

A la orilla del río, bajo unas matas de pomas rosas, se encontraba nuestro joven héroe, dormitando, cuando un silvido lo sacó de sopor, el cual contestó más bajo. Seguido apareciera, como por encantamiento, cinco ó seis jinetes, como surgidos de la tierra.

Adelantando el que parecía como jefe, dijo: Todos? Todos? No falta alguno de Udes?

Absolutamente ninguno,- No le hace falta nada?

Absolutamente,- contestaron los demás jinetes.

Entonces marchemos.

Sin despegarse los labios partieron como jinetes apocalipticos en dirección a la costa.

HACIA LA COSTA:

Serian como las dos de la tarde cuando Pedro detuvo su caballo desmontándose invitó a sus compañeros a que hicieran lo mismo. Dirigiéndose a ellos les dijo: queridos amigos míos, a Udes le será extraño que solo les hiciera una previa invitación de reunión, pero como Udes. saben a la corta o a la larga tenemos que abandonar este terruño que fué cuna de nuestras **Don Juanería.** Los invité para un viaje de reunión, pero ahora éste, tiene otro proposito: es que mañana, a más tardar, el General Juan Sánchez Ramirez, desembarcará por estas costas con una expedición Dominico - Española, la cual esperará nuestras señales para desembarcar en el sitio desde donde marcharemos sobre la ciudad del Seybo. Allí improvisaremos un pequeño ejército para reconquistar la parte española de la Gran Metrópoli Francesa. Así es queridos amigos la acción que vamos a tomar parte nosotros es de vida o muerte. El que quiera volverse todavía hay tiempo levante la mano, solo un silencio acojió las palabras de nuestro Héroe, nadie se atrevió a levantar las manos, entonces Pedro tendió la mano a sus compañeros de infancia: !Bravo muchachos: no esperaba otra cosa de Uds.

LAS SEÑALES:

Después de descanzar de la terrible cabalgata, tornaron a montar. Luego recorriendo unas cinco leguas sin parar, echaron piés a tierra al oír los rugidos del mar, racionaron el estómago y buscaron donde pasar la noche. Entre todos decidieron construir una choza de ramos para guareserse de la interperie. Con varias ramas secas que encontraron encendieron una hogue-

ra, con hachos fueron a sondear la orilla para buscar un lugar seguro donde pudieran atracar, sin miedo a a encallar los barcos expedicionarios.

Después de media noche, cansado de buscar el muelle natural apetecido, muertos de cansancio, se iban a retirar a la choza cuando oyeron una canción que entonaban en la cercana orilla.

Era una voz tan melodiosa, celestial, que embelesadas de oír una tonada tan armoniosa en aquellos parajes creyeron encontrarse en la de algún palacio de princesas encantadas. Tanto fué el estupor de Santana que bladiendo el sable ordenó marchar a descubrir de donde surgía esa voz tan melodiosa, que caminando sin precaución, llenó de embeleso sin **hacho**, se introdujeron en el mar sin darse cuenta sólo cuando la frialdad del agua lo hizo volver a la realidad.

No encontraron ninguna princesa encantada, pero si una ensenada de agua sin escollo, ni rocas, bajo sus piés.

Comentando el hecho, uno decia que fué la virgen que se le había aparecido, otro que había sido una Sirena que cantaba, cosa que a cada rato miravan hacia el mar a ver si volvían a oír la sonata preludiosa, para ellos celestial que en una mirada de esa, alcanzaron a ver unas luces que se cruzaban de un lugar para otro, en las cuales Santana reconoció que eran las luces de los barcos expedicionarios que estaban esperando las señales que le hicieron desde la playa para atracar a tierra.

Santana corrió a tomar una rama seca, avivando el fuego con ella, que casi estaba extinguida.

Ellas sirvieron para contestar las señales que le hicieron desde alta mar; desfilando los buques hacia la ensenada donde atracaron sin accidente.

EL ARREBOL DE LA MAÑANA

El arrebol de la mañana fué saludado con un ¡Viva España! que repercutió todos los ámbitos de la costa.

El sol esparcía sus dorados rayos en las verdes campiñas quisqueyanas.

En un abrazo de frugal camadería, en que se conforma con poco o nada abrazáronse soldados y civiles, parpitando de gozos los CORAZONES todos de un mismo sentimiento, los hijos de la hija predilecta y los de la MADRE ESPAÑA.

Toda la mañana la emplearon en desembarcar el convoy de guerra, en fabricar una enramada y preparar el alimento para fortalecer el cuerpo antes que el hambre se incrustara en ellos.

Conversando sobre la reconquista q. iban a intentar pasaron el tiempo, hasta que el clarín tocó llamada para ir a almorzar, donde todos pasaron presurosos a bordo, siendo la primera vez que Santana y compañeros subían a la cubierta de un buque.

El almuerzo fué cordial y animado donde se brindó por el feliz desembarco y despedimiento de los buques que los había traído a tierra tan hospitalaria. Después del café el Capitan se despidió de sus compañeros de viaje.

AMOR PATRENAL

Alfida Luisa Alarcón, hija mimada del ex-Coro-

nel Don Tulio Alarcón del Pinares, soldado templado en la guerra Franco, Española, que al estar escondido por un duelo, Don Toribio Montes, Gobernador de PUERTO RICO amigo íntimo, lo asignó a él para que se pudiera salvar de una familia poderosa que le amenazaba, se lo presentó a Don Juan Sánchez Ramírez para que lo embarcara consigo a reconquistar la antigua colonia Española.

Sabedor de tal acontecimiento se le comunicó a su hija, diciendole que tenia que separarse de ella, por algúnos meses, a lo cual no accedió Alfida, protestando que por nada en el MUNDO ella se separaría de su lado, pues ella estaba dispuesta a arrostrar todos los peligros de la guerra, donde quiera que fueran; el padre quiso disuadirla, pero todo fué en vano, pues tuvo que consentir los ruegos de su hija que huérfana de madre desde muy pequeña, hacía que su padre le obedeciera sus mas luengos caprichos, aunque fueran de vida o muerte.

Don Tulio todavía en agua quisqueyana quiso que el Tte. de fragata, un respetable marino, se la llevara engañada. Don Martín Espinos, el padrino de Alfida por eso Don Tulio no le permitió a Alfida desembarcar a tierra; pero Alfida que le vino la idea de que podrían dejarla engañada y retornarla a Puerto Rico, se escondió en cubierta haciendo creer que estaba en su camarote, cuando oyó que el capitán se despidió de sus compañeros de viaje, esperó que su padre viniera a buscarla para conducirla a tierra, pero todo fué en vano, desde su escondite vió que su padre saltaba a tierra y se dirigía a toda prisa a ocultarse en la enramada; de pronto que el capitán ordenaba soltar las amarras, entonces se dió cuenta que la había engañado; de repente hizo una

resolución: esperó que el barco se alejara de la orilla y se lanzó al mar.

La brisa juguetona inflaba las velas de los buques que con sus quillas levantaban copos de espuma del agua azulada. Gigantes voceríos bullían en la despedida, todos les decían adiós a las naves viajeras, compañeras de arribaje.

Cuando a nuestra Patria vaye decían los soldados, cuéntale nuestras desventuras, nuestros dolores.

Adios...! Adiós...! decían agitando los pañuelos, tan embelesados estaban, que sólo el ex-Coronel y Pedro Santana que conversaban mirando el despegue de las naves, vieron cuando Alfida se lanzaba al mar, reapareciendo a la superficie.

Alfida, ágil nadadora, luchaba con las olas con sin par denuedo, llegando a la orilla varias veces, donde una ola se la llevó mar afuera, dando lugar a Pedro Santana y a varios soldados españoles lanzarse al mar para salvar la hija de su compatriota; Pedro nadaba con avidez varias veces la tuvo al alcance de su mano, pero las olas le disputaban su presa, cosa que en un arranque de fiereza, alcanzóle y estrechándola entre sus brazos de mancebo don Juanesco desafió el oleaje del mar hasta que los demás soldados ayudáronle a conducirla la a salvadora orilla.

¿DONDE LLEGA EL AMOR?

Después la transportaron a la enramada para prodigarle los mas rápidos cuidados, Pedro, devoraba con avidez el rostro pálido de Alfida, prodigándole los más tiernos cuidados, con su sombrero de paja rehacía la hoguera para darle calor al cuerpo de la

BIBLIOTECA NACIONAL · SANTO DOMINGO · R. D.

hermosa. Pedro estaba embelesado al contemplar tanta belleza; verdad que él había visto muchas muchachas hermosas, pero nunca una belleza tan perfecta, tenía unos ojos como ese límpido firmamento, cabellos dorados como los rayos de ese sol que nos presta calor y nos da vida: de blanca tez como los lirios del valle; de rojos labios como si fuera una cereza partida; y al abrir torpemente los ojos, Alfida renacida del susto pasado, con una sonrisa premió al denodado joven que estasiado la contemplaba, ¡Padre mio! fueron sus primeras palabras; qué susto has pasado Ud. Creiste perderme para siempre, pero de nuevo me tienes a tu lado; tu fuiste el culpable, porque tu lo sabías que yo era capaz de cualquier cosa si me separarabas de tu lado.

—Sociégate hija mía, fueron las únicas palabras que don Tulio pudo decir al estrecharla en sus varoniles brazos; y luego prosiguió: Sólo la muerte Alfida mía me separara de tu lado.

DON TULIO ALARCON DEL PINARES

Don Tulio Alarcón del Pinares, nació en pueblo de Castilla, escapado de su casa sentó plaza y comenzó a servir de soldado en la guerra de España con la República Francesa.

En 1793. estuvo en Navarra a las órdenes de don V. Zalazar y del Conde de Colmera; después fué trasladado a Valencia; salió de España con la división del Marqués de la Roma, camino de Hamburgo.

Don Tulio asistió con su regimiento al sitio de Strasaund que se terminó felizmente, donde fué ascendido a Capitán poco después, Napoleón al entrar a España

temiendo que las tropas Españolas del Marqués de la Romana se rebelasen al tener conocimiento de la invasión de la península Ibérica, las acantonó en la Isla de Fiona, Langeland y Jutlandia donde quedaron vigiladas por las tropas de Bernadotte.

De los Regimientos mandados por el Marqués de la Romana, los de Valencia, de Asturia y Guadalajara intentaron la fuga antes que los demás. La sublevación había sido hecha por Don Tulio, dando el grito de muera Napoleón y Viva España! Algunos oficiales franceses marcharon a contenerlo y fue muerto un ayudante del General Firión, entonces las tropas danesas rodearon a los amotinados y le hicieron rendirse.

Don Tulio que al ser rodeado por las tropas danesas, él y otros oficiales pudieron abrirse campo y huyeron en nna barca pequeña que había barada a la orilla, cerca de la plaza; en ella se alejaron hacía alta mar, un buque mercante español que por cusualidad pasaba por aguas danesas, los trasbordó, donde fueron agasajados.

El buque que hizo escala en Barcelona, los desembarcó en esa ciudad, donde más tarde pasaron él y otros oficiales, a reconcentrarse a la guarnieión de Zaragoza.

Allí tomó parte en el segundo sitio de esta ciudad. cayendo prisionero de los franceses, donde fué llevado al viejo castillo de Bayona.

Al terminar la guerra. Don Tulio que se había casado con una jóven francesa, y de ese matrimonio había nacido una hija, Alfida.

Al volver a la patria, se la trajo consigo, a si es

que como todos los soldados y oficiales españoles que venían desde Francia a Inglaterra, en vez de ser bien mirado en el país eran tenidos como levantiscos.

Don Tulio que había heredado algún dinero de una familia que tenía en Valladolid fué a esa ciudad, recogió la herencia y se trasladó al Reino de Valencia: allí compró una finca en el campo y pasó algunos meses laborando las tierras; pero cansado de la vida campesina le dijo a su esposa que iba a solicitar la entrada en el servicio é ir a América. La mujer quiso convencerle de que no fuera, pero Don Tulio acostumbrado a la vida militar. no entró en razones.

Le escribió al ministro de guerra una carta solicitando que le reconocieran su nombramiento de capitan nombrado por el Marqués de la Romana y Napoleón, valientemente conquistado, en cuantas veces el honor lo ocupó tanto a favor del ejército francés como cuando la patria necesitó su valor é intrepidez.

A los tres meses de esperar y desesperar le llegó el ansiado nombramiento, donde en los primeros buques no pudo embarcarse por tener que liquidar y vender su finca por haber muerto su esposa al darle a luz su segundo hijo (muertos ambos), ya no le quedaba en España a don Tulio, más que parientes lejanos. Era Alfida lo único que le quedaba en el mundo que querer por no tener más vástago que ella.

En un amanecer del mes de marzo de 1807 partió de España para no volver ya más a pisar la tierra de la patria que él tanto amara.

Las aves marinas revoloteaban alegremente sobre los mástiles de la gaviota, que como un pez le

vantaba los marullos de espumas del agua azulada.

Desde el muelle gritos de frenesí le dirijía la muchedumbre al decirle adios a los tripulantes de la gaviota que partían de su patria quizás para no volver a verla jamás.

A fines de junio arribaron a un puerto de Venezuela, Caracas. La travesía se había hecho felizmente; allí desembarcaron todos los soldados que estaban destinados a la América del Sur.

Don Tulio, después de un mes de descanso, antes de irse para el frente le buscó asilo a Alfida en casa de una familia noble de apellido Uceda, descendiente del Conde Uceda, Español.

Seis días después, marchó al frente a las órdenes del General Morillo, donde se distinguió heroicamente en varias escaramuzas, ganando el grado de Coronel, cayendo prisionero mal herido, al querer destrozar las divisiones del General Antonio José Sucre. Despues de estar curado de sus heridas se fué del Cuartel General Libertador, regresando a Caracas desde donde diez días después se embarcó para la Isla de Puerto Rico, donde tenía un amigo y compañero de armas, Don Toribio Montes, Gobernador de la Isla, llegando a Puerto Rico a principio del mes de octubre. Allí se enamoró de una divorciada, que según el público de San Juan, hacía mas de dos años que ella no sabia de su marido.

Cuando ya estaba al conseguir la bella dama, entonces llegó el galan que espada en mano pedia cuenta de su honra, quiso Don Tulio como un hombre de honor, no tomar la villa Diego, riñeron de palabras violentamente, donde Aguiar el marido de la hermosa, le decía que todo el mundo sabía que él tenía que ver con su esposa; es calumnia que repite de

una manera innoble, replicó Don Tulio. Aguiar airado, exasperado y loco de furor le dijo a Don Tulio que uno de los dos sobraba.

Nos batiremos cuando quieras, le contestó Don Tulio con frialdad. Buscaron padrinos y se fueron al campo. Donde vamos? A la manigua de San Diego. Se encontraron, cargaron las pistolas y jugaron a cara o cruz, para ver quien daría la voz de mando; le toca a Don Tulio; se colocaron, en su puesto, a diez pasos de distancia.

Estas en guardia? le gritó Don Tulio.

Sí.... Una.... Dos.... y Tres.

Una bala pasó por encima de la cabeza de Don Tulio.

Aguiar cayó herido de muerte.

Entonces, Don Tulio botó la pistola, y se presentó al Gobernador y le contó lo sucedido.

Estando varios días escondido en una cabaña con su hija esperando una oportunidad para embarcarse, pués la familia de Aguiar lo buscaba como aguja, para vengarle.

DE CAZA

Despues de almuerzo varios soldados propusieron cazar varias aves que alborozaban en el monte, Pedro pidió un Mosquete o trabuco. Don Tulio tomó su rifle que le había regalado el Gobernador, cuadrándose militarmente le dijo, denodado joven, esto es lo mejor que se fabrica en nuestra armería española, consérvelo como un recuerdo de gratitud hacia Ud. ¡Gracias! pierda Ud el cuidado, que le conservaré asi sea, contestó Don Tulio señorialmente.

Pedro se echó su rifle a la vandelera y se internó en el monte en seguimiento de sus compañeros echandole una mirada arrobadora a Alfidita que sonriente le miraba alejarse.

Los demás soldados se internaron en el bosque y le seguían las huellas a varios cerdos cimarrones, que estaban maroteando por esos lugares. Pedro que había perdido la pista de ellos, a los gritos de los soldados salió corriendo en aquellas direcciones.

Cual no sería su sorpresa, al encontrar a los cuatro soldados encaramados en la copa de un árbol sitiado por dos enormes cerdos, que a mordiscos querían tumbar el corpulento árbol; donde se encontraban nuestros valientes cazadores.

Al olfatear los cerdos una nueva presa, le arremetieron con furia; Pedro sospechando el peligro que le amenazaba había cargado su rifle por precaución; al encimarle los puercos les disparó a boca de jarro, hiriendo mortalmente a uno, el otro le dió un mordisco por una pierna que le rispió los calzones de arriba abajo, salvando milagrosamente la pierna. Entonces se trabó un duelo mortal entre el hombre y la fiera horriblemente. Pedro descargó un culatazo con tanta fuerza con el rifle, que se le partió en dos partes. Pedro entonces cargó con el sable, dándole un tajo en la cabeza que le abrió el pescuezo de arriba abajo. El puerco atacaba con furia, voviendole de nuevo arriba donde con una estocada le tendió a sus plantas.

Con gritos de júbilo saludaron al héroe de tan sin par pelea bajando del árbol.

Apearonse y entre los cincos hicieron una parihuela, donde trasportaron los dos enormes puercos;

trofeo de la gran victoria de Pedro. Celebróse un gran festin con la carne de los cerdos. Al anochécer Don Tulio le preguntó a Pedro, donde estaba el rifle que le habia regalado, contestandole Pedro, arrogantemente: —No vez Don Tulio que se lo dije a Ud. que no nací para usar trabucos, en el campo quedó en dos partes abandonado.

UNA VELADA EN UN BOSQUE

Cuando Pedro y los soldados llegaron del bosque los otros soldados habian agrandado la enramada, con ramas de uvas y Alfida había recogido muchísimas flores silvestres y había formado con ellas un escenario donde prometió recitar algunos versos y contar algunas victorias. Después de merendar la cena, empezó su narración del modo siguiente:

"Una vez había un marino muy valiente genovez que vivia a la orilla del mar, Génova, Italia. Una noche vinieron unos piratas y le quemaron su casita, le robaron todos lo que tenia, dejándole amarrado sólidamente a un poste, dejandolo por muerto.

Unos pescadores amigos, que siempre iban a pedirle consejo de náutica algunas veces, esa noche alcanzaron a ver la casita ardiendo, corrieron para ver si podian salvar algo ya que su filial amigo de seguro estaría ausente. ¿Cual seria su sorpresa al llegar cerca de la casa? donde le encontraron amarrado a una estaca de los pies a la cabeza desmallado. Ellos entonces le cortaron las ligaduras y se lo llevaron a su vivienda, donde lo curaron y le atendieron sus necesidades.

Seis meses duró en convalecencia, cicatrizadas sus heridas, salia a dar paseítos todas las tardes a la

orilla de la playa. Cuando en una tarde de esas no volvió a aparecer mas por la vivienda de sus amigos. Ellos entonces, salieron a buscarlo y por parte lo encontraron.

Cinco años después, estando uno de los pescadores en España recogiendo una herencia, paseando por la calle del Palacio Real alcanzó a ver a un caballero vestido de Almirante que entraba a palacio, lo cual aquel pescador en él reconoció al joven sabio de la costa de su patria, que le daba leeciones de náutica todas las noches; al verle el caballero que corria tras de él, se paró, y al reconocerlo de que era uno de los jóvenes pescadores que le había salvado la vida le tendió la mano.

Los que estaban en la Corte se admiraron de que aquel hombre que era Virrey de los Reyes tuviera trato con un rastrero.

Aquel hombre que ellos salvaron, era el inmortal Don Cristóbal Colón, Descubridor de un mundo.

Terminada la narración, Alfida, ofreció recitar el poema de la historia de Colón, de las penalidades para poder conseguir recursos para el descubrimiento de América. Todos los soldados entraron a la enramada, a la luz de una hoguera Alfida empezó hacer la recitación, haciendo un mohín:

Miraba lo azul,
contemplaba el horizonte
Del mar en lontananza.
Que veo, que aspiro
Marinero seré
Buscaré un lenitivo a mis ideas·

II

Cruzaré los mares....
Y al fuerte vaiven de las olas,
Que el huracan enfurecido azota
Plantaré mi tienda.

III

En el duro granito de las rocas
Cuando náufrago sea,
Los mares tendré por mi fosa.

IV

A las Indias, a las Indias, a las Indias
Exclamaba Colón de noche y día
Que seran de mis ensueños?
Serán fantásticos?
"Loco me llaman por doquiera"
¡Oh¡ si tubiera carabelas
Marineros, soldados y armamentos.
Mis ensueños serían un portento.

V

En Portugal me dijeron mentira
En Inglaterra mandé, a mi hermano
Y yo encaminé a Castilla
A ofrecerle a los Reyes Católicos
Mis ideas, mis ensueños y mi vida.

VI

No obstante la guerra que azota
A Aragón, A Castilla o España,
La Reina Católica ofrece
Sus hermosas joyas empeñarlas.

Tres carabelas armadas me ofrece
La Pinta, La Niña y María,
Marineros me pone a las órdenes
Para que zarpe del puerto enseguida.

Cuatro semanas tenemos
navegando de noche y día,
No mas que mar y horizonte
¡Oh! por la vida mía.

Ya los templados marineros,
los que fé en mí tenían,
empiezan todos a motinarse
¡Oh! vida, de mi vida,
eso es la vida.

A España, a España volvamos
estamos en mares sin fín,
tiremos al loco al mar
Que a las Indias, a las indias
Nos lleva con demencia,
Demencia y deliros

Quienes se quejan y hablan de muerte
los que tiemblan y quieran volverse
levanten las manos allá.
Que tres días de intervalo perece
Tres días le pido no más.

Tierra, gritan los marineros
al ver las aves volar en lontananza
todos de rodillas se postraron
al contemplar un mundo positivo
lleno de riquezas y esperanzas.

Aquel que loco le llamaron
Flamenco plenitre demagogo
sus compañeros a el se adelantaron
para quitarle las glorias de las hazañas
como triunfantes de ser descubridores.

Más retorna a España
donde lo coronan de riquezas y poderes
aquel loco demente que llegaba
lo nombraron segundo de los Reyes.

Haciendo un mohín Alfida dió término a su recital, tocandole a Pedro Santana recital o contar algunas anecdotas como prometió.

Empesando del modo siguiente:

En Nápoles, ciudad veneciana hubo una vez un niño tan sabio que todas las preguntas que se le hicieran las contestaba. De todos los Reinos acudian princesas, caballeros a interrogar por su porvenir o por algunas amadas ausentes. Eran tantos los viajeros que llegaban de todas partes del mundo, que llegó a tener mas audiencia que muchos reyes de Europa. El Rey de Italia al tener conocimiento de aquel niño tan sabio mandó una escolta de varios caballeros, portadores de llevarle un hermoso caballo enjaesado de ricas pedrerías, con estandarte, invitando al pequeño filósofo a visitarle su Corte, donde le prometía hacerlo noble si accedía. El pequeño sabio que tenía 15 años, de una hermosura capaz de enloquecer a la mas exigente dama, por su aspecto gallardo y fulgurante.

Este se lo participó a su madre, accediendo ella gustosísima a darle el permiso para que visitara la Cor-

te Italiana. Al otro día salieron de Nápoles. Por doquiera que pasaban la multitud le salian a sus pasos. En Italia, los periodicos no hablaban otra cosa, sino de la próxima llegada del pequeño filósofo, plazas y calles estaban repletas cuando sonó la trompeta anunciando la llegada, del tan sin par personaje. El Rey y su corte salieron a recibirlo, en marcha triunfal lo llevaron hasta palacio, después de tres días de festejos el Rey llamó al joven filósofo a su presencia en compañía de sus ministros le preguntó ¿Cuantos años me quedan de vida? ¿Podrias decirmelo?...

Quedó pensando un momento, contestandole al ilustrísima a su Majestad, no tan sólo morirá este año, sino que Vuestro Reino será invadido por un hombre que hará temblar al mundo con su ejército victorioso y seran repartidos vuestro dominios en manos de extraños. Al oir tan mala repuesta y burlándose de la predicción, le interrogó: decidme Pedante Sabio, ¿Cuando volverá a vuestra patria? Contestandole sarcasticamente, cuando Ud. muera ilustradísima majestad. El Rey enfadado por tanto atrevimiento mandó llamar a un soldado, cuando entró el capitan del Reino, hombre de confianza de su Real Majestad, portando un mensaje del Generalísimo de los Ejercitos Italos, participándole que un numeroso ejército habia invadido la frontera.

El Rey pálido como una sera iba a salir cuando el joven filósofo le cerró el paso; admirado el Rey se encaró, preguntándole la causa de cerrarle el paso; Pardies: el cumplimiente de vuestra palabras? De que palabras hablais? acaso no me prometisteis hacerme noble? Cumplis vuestra palabras, que yo cumplí las mías. Entonces el monarca se dirigió al

Capitan del Reyno, Póngame a buen recaudo este joven, él que predice lo malo, tambien predice lo bueno; contestandole el niño, Magestad lo predije que cuando Ud. muriera recobraría mi libertad; tan verdad es asi que Ud. saldrá a combatir, pero no regresará, no volverá a pisar más las gradas de este palacio.

Tal como dijo el niño sucedió. Tres días mas tarde recibió la Reina la noticia de que el Rey habia muerto en la batalla, una bala de cañon habiale atravesado de parte a parte, a tal noticia la Reyna hizo que le trajeran a su presencia, éste se encontraba en un calabozo. Al presentarse la Reyna lo presentó a tres gallardos oficiales; que cuál de los tres él elegiría para ponerle al frente de los Ejércitos? contrarrestar al enemigo invasor que venía a toda marcha destruyendo a sus pasos ejércitos tras ejércitos, ciudades tras ciudades.

Graciosa Magestad: El mal no tiene remedio, ya es tarde para pedir consejos, todos los soldados de Vuestro Reyno son pocos para contener ese ejército; mandar soldados al frente es mandar carne para cañón. Conservad vuestros soldados. Id tomad vos una escolta. Salidle al encuentro, no como enemigo, sino como amigos, ofrecerle ser su aliado, entonces, re petaran vuestro Reyno, y en vez de ser Ud. la derrotada, Ud. será la victoriosa. A su esposo le predije que sus dominios serían repartidos entre extraños, a Ud. le predigo lo contrario, sus dominios ensancharán. Entonces la Reyna se quedó pensativa.

Al poco momento interrogó a los tres guerreros. Que ellos decidían?

Contestandole el mayor; que el niño tenia razon, que para un pais tener que hacer la guerra era mejor aliarse con quien la hacia. Entonces la Reyna mandó a llamar a uno de sus Embajadores de más confianza para hacerle un presente al Generalísimo del Ejército Francés; mas proponiéndole aliarse a su ejército, facilitandole hombres y dinero.

A la semana de haber sido aliados el embajador, llegó un general francés con su estado mayor a la puerta de la ciudad con banderas blancas desplegadas; entonces la Reyna salió en persona a recibirle en presencia de todos sus ministros y los principales del Reyno; fué firmado un tratado de ayudarse mutuamente, quedando el Reyno de Italia obligado a proveer al ejército francés todos los bagajes de guerra y la compañías necesarias para reforzar el cuerpo del ejército y mejorar su cuantiosa transportación; varios ministros quisieron protestar de la exigencia del general francés, pero la Reyna se interpuso, ogligandoles a firmar el tratado de aliados

Esta alianza culminó con la reorganización del Ejercito Italo, lo cual estos rompieron el pacto, sorprendiendo el ejército francés descuidado, lo cual estos fueron derrotados cuantas veces quisieron reorganizarse; después de tres años de combates a diarios los Italianos pudieron conseguir su territorio palmo a palmo y a la vez se aposicionaron de los territorios conquistados por sus enemigos.

Al terminarse la guerra mandó a llamar a su presencia al pequeño filósofo. Al presentarse le preguntó la Reyna: Decidme gran filósofo que Ud. hizo en Palacio en mi ausencia?

Graciosa Magestad vuestra presiones me fueron muy gratas; vuestros jardines me dieron perfumes; vuestras bodegas manjares; en prisión tenía cadenas; por los consejos que os dí; así pagan los mortales.

La Reyna se quedó pensativa por un momento, no sabiendo que contestarle; pero de pronto le dijo hijo mío: pídeme lo que quieras, todo lo que pidas te lo concederé.

Vanas palabras son las vuestras mi señora Reyna, porque tres cosas le pediré que Ud. no me podrá dar; la primera: una madre tenía que me quería con locura y murió al saber mi prisión de pesar. Me le dará vida Ud. mi señora Reyna?

Segunda: amor nunca enjendró mi pecho y de amor mi corazón rebosa. Podra Ud. aplacar este amor que ahoga mi alma y es mi vid aliento? Porque preso e inocente llegué a este Reyno y hoy negruras muy grandes taladran mi vida.

Tercero: que sabio nací y bruto ya soy porque el egoismo de la humanidad me enseña a serlo, si el egoismo de un Rey y una Reyna me privaron de ser para la humanidad, hoy no seré para nadie, viviré para el amor, porque verdades que se dicen son amargas, para que con cárcel o la muerte se paguen. Adios Reyna mía, sed feliz en vuestro Reynado, que yo pesares llevaré en el alma. Adiós, adiós mientras viva, adiós.

Veinte años después siendo la Reyna una viejecita, paseaddo por una calle de Viena, vió a un oficial que la miraba fijamente, en el cual ella adivinó reconocer al jóven filósofo, ordenando pararse cerca

del oficial que conversaba con una dama, al pararse la verlina, apeóse y acercándose hasta él, díjole galantemente, dispensenme Uds, si vengo a interrumpir vuestro coloquio, para decidme arrogante caballero si alguna vez a estado Ud. en Italia?

Tantas como vos señora, porque el día que salí de Italia cesó vuestro Reynado. El día que nací, ese día la coronaron a Ud,

Eso es raro caballero, lo que Ud. me dice? Para ilustradísima señora. Esto es tan cierto como que vemos este sol en las alturas. No recuerda Ud, la batalla de Ucida? tal vez no se recuerda de aquel jóven filósofo que Uds. privaron de su libertad. Ese soy yo; el mismo día salí yo de Italia, veinte años hacen; eso mismo tiene Ud. de destierro, su cuñado la desterró a Ud. Ud. me desterró a mí porque no supo comprenderme, Adiós mi Reyna. Tomando el brazo de su dama se alejó dándole la espalda.

Dijo la Reyna para sí ayer yo y hoy él. Adiós. Montó su verlina y se alejó diciendo así es la vida.

Así terminó la historia del pequeño filósofo.

Entre chistes y adivinanzas dieron fin a la velada de un bosque.

AL TRAVES DE LAS SELVAS

CAPITULO XIII

Al amanecer. ya las aves revoloteaban alegremente; las brisas mecían la arboleda del follaje reverdecino, como saludando lo grandioso que el Creador forjó en la natura. El general Juan Sán-

chez Ramirez ordenó abrir la marcha al travez de las selvas, como el camino mejor para conducir los bagajes de guerra. Conversando en retaguardia iba don Tulio, Pedro, don Juan y Alfida; en la vanguardia los compañeros de Pedro como prácticos. Decía don Tulio «Loado sea Dios». Que campiñas más fértiles tiene esta isla, cualquiera diría que Quisqueya es el paraíso terrenal del mundo; en estos bosques se levantarán ciudades; y miles de obreros talaran estas campiñas; grandiosas riquezas tendrán, Oh tierra bendita; un día no lejano será la tierra más rica de América.

Decirme Don Juan; es muy extensa esta Isla? No tanto, Don Tulio: la parte Española de la isla se compone de varias provincias, pero casi están deshabitadas.

Cosa, que la parte Española no tiene más de 80 mil habitantes. Aquí las fuentes de riquezas están intacta, porque nunca los colonizadores que se han establecido en ésta, han extendido sus colonias más que donde hay puertos habilitados.

Más de otros países condenaron a la Española a vivir del pequeño situado que le daban de México, sin medio de perfeccionamiento social ni político laborando el sostenimiento los trabajos que se hacían con los esclavos.

Eso indujo a que se rebelaran, secundados por cabecillas que por su valor extraordinario se hicieron célebres: como Tussent Louvertre, Cristóbal, Solouque, Boyer, Dessaline. Estos pasearon sus ejércitos victoriosos hoyando con sus plantas nuestras tierras con sus grotescas huestes.

No obstante la diferencia que había de estirpe; quisieron imponerse queriendo hacer una e indivisible Isla; costandole esto al pueblo dominicano sangre y sinsabores.

La dejades que tuvo la Madre Patria para la Primada de América, es imperdonable, porque el tratado de paz celebrado en Basilea el 22 de Julio en el 1785 entre España y Francia; consumado imperdonable, error de que la Madre Patria hizo víctima a su primera colonia en América.

Hecho el traspaso íntegro de la Isla, constituyó un sacrificio para el florecimiento de la parte española, porque todos los colonos que simpatizaban con la Madre Patria emigrarón.

Este hecho cruel que al travez de los siglos anatematiza la conciencia siendo imperdonable por parte de la Madre España.

¿Quiere decir Don Juan que esta colonia no tenía base militar entonces?

Cuando más interesado estaba Don Tulio en la reseña histórica, una bandada de cotorras interrumpieron el diálogo. Miles y miles de cotorras pasaron alborotando la quietud de la selva con sus bullicioso cantaleitoso.

¿Pero Don Juan, no domestican éstas aves aquí? En España una cotorra doméstica vale hasta setenticinco pesetas,—¡Padre, usted con todas estas aves en nuestro país domesticadas, se haría rico poderoso!—Así es hija mía; estas aves son muy apreciadas en el mundo entero por lo divertidas que son.

Mi padre, fué un célebre marino, en un viaje

que hizo al Nuevo Mundo llevó consigo a España un par que llamaron mucho la atención; porqué fueron domesticadas por un Comandante, y aprendieron a canturreal toques de corneta, voces de mando; que un día que el Rey estaba cazando en los bosques del Condado de mi padre, al pasar por la casa y oirla se encantó de élla, ofreciendo por élla diez mil pesetas.

También otros ejemplares fueron vendidos al Duque de Lerme por una cantidad fabulosa, dicen que le dió a un marinero del buque «Cervantes Saavedra», cincuenta mil pesetas; cotorra que él compró para regalarla a la Princesa María Cristina de Oran.

Así Don Juan esta Isla es el país de los cazadores, aquí pululan millones de todas clases de volátiles. Así es don Tulio, hay veces nublan el espacio.

¿Son poco aficionados a la caza? Puede ser que nó, Don Tulio!

Los habitantes de las poblaciones nunca han podido dedicarse a ningún deporte, porque las invasiones internacionales que azotaban continuamente nuestro territorio, obligaron a los habitantes de la parte española a tener las armas bajo el brazo, para defender sus intereses contra los piratas y bucaneros que infestaban nuestras costas. Pero, la Gran Metrópoli Española no tuvo un gobierno militar activo?

Nó, y sí; porque cuando el Descubrimiento, Santo Domingo fué la colonia que siguió regida por Gobernadores que no contaban casi con más apoyo mi-

litar que el que prestában los colonos de la Isla. En mil quinientos ochentiseis, sucedió que, siendo Gobernador de la parte española en la ciudad de Santo Domingo, un tal Cristóbal Ovalle, estando España en guerra, por voluntad de su Rey Felipe en contra de Francia, Holanda e Inglaterra, sufrió la descuidada colonia la desvergonzante actitud que tomó el Gobernador, pues siendo Isabel II Reyna de Inglaterra, mirando la actitud de España, armó una poderosa escuadra, entregándole el mando a Sir Drake, para que hostilizara todas las posesiones españolas del Nuevo Mundo; presentándose el diez de Enero de 1586 frente a la ciudad de Santo Domingo, alarmando con su presencia a los vecinos de la ciudad, aumentándose el pánico, cuando se avisó que una columna había desembarcado en los bajos de Haina, al mando de Carlioll, y que marchaba rápidamente hacia la ciudad. La cobarde actitud de Ovalle, atemorizó de tal forma a la población, que la mayor parte de ella huyó hacia el interior, creando lastimosos cuadros de monjas, niños, ancianos, frailes y mujeres que precipitadamente invadieron los caminos.

Cuando con un poco de energía y valor del Gobernador, que fué de los primeros en ausentarse para la Isabela, hubiera podido reembarcar a los ingleses como bien Ud. sabe, la ciudad está amurallada casi inepugnable; cosa que aprovecharon éstos para saquear la ciudad a sus antojos, llevándose innumerables de nuestras reliquias históricas y un gran botin de guerra de su conquista.

SANTA CRUZ DEL SEYBO

CAPITULO IX

Santa Cruz del Seybo fué fundada en el año 1516 en la parte oriental de la Isla, en un valle cubierto de verdes praderas, las palmeras juguetonas entrelazaban el follaje reverderino; al pié de las altas colinas seybanas, olorosas a geranios coloniales.

Ya esa población no existe, ella, es toda quietud, una profunda somnolencia invadieron los últimos escombros de la ciudad del Seybo, destruída en 1751. Hoy se encuentra erguida sobre una alta colina rodeada de rubios pajonales, de hermosos cocoteros; arrullada por el cantaleitoso murmullo del río Seybo, que corre por las fértiles campiñas seybanas.

Esta región es hoy rica en gandao y demás animales domésticos.

Después de mil penalidades Don Juan Sánehez Ramirez, Don Tulio, Pedro y sus compañeros y demás expedicionarios, llegaban a la ciudad del Seybo donde improvisaron rapidamente un ejercito,

Entonces, Pedro invitó al General Don Juan Sánchez Ramírez, Don Tulio y Altida para después de almuerzo dar una jira campestre hasta su paterno lar. Avisado Don Florencio de la aristocrática visita de que era su hijo portador de tan sin par personajes, improvisose una pequeña enramada de pencas de palma a fuer de fortaleza, enalbolando el pabellón de Castilla, en honor de la Madre Patria España. A las dos de la tarde Don Juan dió la orden de

salida, y después de media hora de marcha al través de verdes follajes, de hermosas avenidas de caimoneos, pomarrosas, campánulas y caldosanto, llegaron a la casa de Don Florencio Santana, quién, al rumor de las pisadas de los caballos, acudió para saludar a sus distinguidos huéspedes. Desmontaron todos, ayudando Pedro galantemente a desmontar a Alfida que sonriente se dejaba que la levantaran en alto como una chiquilla mímada, Don Florencio en lo que preparaban el café, hizo una colación de bejuco indio, y en sendos morros de higüero brindaron un sabroso mabí, habiéndole gustado muchísimo a Don Tulio que repitió del sabroso refresco indígena.

A pocos ratos sirvieron el café hecho de guarapo de caña que fué saboreado a los sorbos de las humeantes tazas.

Luego fueron a la enramada, allí pasaron la siesta fumando un aromático tabaco que le regaló Don Florencio de sus cosechas.

Alfida y Pedro se dirigieron al jardín; una pequeña arboleda de flores silvestres, que llegaban hasta la orilla del rio Seybo, que engalanaban dicho jardín.

Pedro se esforzaba por recojer algunas flores para hacer un ramillete para ofrendárselas a Alfida; encorbado con la frente inclinada sobre las crecidas hierbas caminaban a la par, cuando Pedro recolectó un hermoso ramillete lo ofreció a Alfida. ¡Cuántas molestias os habeis tomado caballero!, dijo sonriente y vivamente ruborizada. Para serviros señorita .... balbució Pedro, turbado por el rubor de la jóven.

Gracias, Pedro; contestó cándidamente Alfida, por su buen afecto hacia mí; estoy reconocida hacia Ud.. porque le debo la vida.

¡Oh! lo que hice yó, lo hubiera hecho cualquiera, Alfida!

—Lo que hubiera hecho otro, está por verse. Pero lo que Ud. hizo está a la vista, de arriesgar la vida por mi, sin conocerme.

¡Alfida! antes de conocerla y saber que existía Ud., la adiviné. Llegó Ud. en el momento que la esperaba, por eso no tuve sorpresa cuando la hallé a usted.

¿Ah, es Ud, poeta Pedro?

—No Alfida, no soy poeta, pero en mis noches de insomnios y delirios, me he soñado una mujercita de blanca tez como la ostentan los lirios de mi valle, de labios rojos como una cereza partida; de cabellos dorados como ese sol que nos alumbra y nos dá vida; ojos azules como ese firmamento que nos cobija; de talle placentero como los bambúes que visten de esmeraldas, tan bella y graciosa que no puedo compararla sino con Ud. mi adorada Alfida.

Hoy este amor que mi corazón siente por Ud, no podría desarraigarlo de mi corazón, ni vuestros desdenes Alfida. La quiero a Ud, más que a mi vida, ya me he acostumbrado a mirarme en esos ojos nórdicos como hechos de humo o espumas, que si un día dejara de mirarlos, moriría de pesar.

¡Pedro! no sea Ud tan vehemente, créalo, yo le

profeso a Ud. algún cariño, no sé si esto es amor; pero el amor que cantan los poetas es mas divino. Tiene más encanto, que llenas de ensueños y de embelezos nuestra vida.

—Nos llaman Alfida,—vamos a casa, que yo creo que ya está el salcoche que el viejo mandó a preparar.

¿Se han divertido Uds. muchachos?

—Si padresito, he admirado, recogiendo algunas florecillas silvestres, la belleza de este campo, he escuchado el suave zuzurro de las frondas paraisas; el leve rumor del agua, que corre como un haz de notas preludiosas; arrullan nuestra vida.

Esto es un eterno plenilunio. ¡Oh, Quisqueya!, la verde esmerin debían de llamarte, porque al contemplar tus ríos transparentes, cubiertos de verdes juncos, limos y lilas; formando ensenadas de verduras; solo admirando tus bellezas portentosas, nos sonríe el corazón plácidamente, si tus bosques son oasis ¡Oh Quisqueya donde rebosan los pinos, palmeras y caoasn, bañadas por tus ríos las praderas, por recodos y vertientes; de hermosas avenidas de ginas, pomarrosas, hicacos, caimonies, la verde esmerín deben llamarte! ¡Oh Quisqueya!, si al contemplar tus inmensas llanuras, bajo el chacal vertiginoso de las lagunas vuelan las aves en bandadas alegremente, salpicando de rocíos tus verduras! .....

Pero hija, tanto te ha gustado esta tierra, que hasta poetisa te has vuelto?

Si, padresito, no me extraña que el Gran Nave-

gante Don Cristóbal Colón la llamara la tierra de sus amores; el fué un gran amante de la naturaleza y su vida de infancia la pasó deseando cruzar los mares, y cuando logró colmar sus intentos y aspiraciones, quizo plantar su tienda en la tierra que vivió sus ensueños de glorias.

Aquí, padre, nosotros plantaremos nuestras tiendas y con los ahorros que Ud. tiene, formaremos una finca y aquí pasaremos tranquilos y silenciosos, nuestros últimos días muy felices. ¿Qué opina Ud. Don Juán?, Ud. Don Florencio?, mi padre que ha pasado toda la vida militando, no es verdad que debe dejar esa vida, por una más tranquila?

Eso es verdad niña, debo dejar esa vida por una más tranquila. Se casa aquí, con una criolita que las hay muy coquetonas y abur, a labrar la tierra Así es, contestó Don Tulio, señorialmente, ya que he pasado en ésta su casa, quizas, Don Florencio, unos de los ratos más agradables de mi exisiencia; a la paz de vuestro bohío, choquemos los cinco y cuente Ud. con una amistad eterna, a la vez estoy reconocido de su hijo por haber salvado la vida a mi hija, el ser mas querido que me queda en la tierra.

Pedro canturreaba el merengue salmoneoso de la fiesta de antaños, de sus primeros años de infancia.

Don Juan Sánchez Ramírez, con su rico habano higüeyano en sus labios, esparcia copos de humo bajo el ramaje del tupido follaje rubricando los penachos del camino.

Sangre de toro, exclamó Don Tulio rapidamente

te, que pronto hemos llegado; he pasado una tarde deliciosa, como nunca pensé pasar; que feliz es la vida silenciosa del campesino, viviendo a la luz de los paisajes, sin más techo que la comba del espacio. Oh! esta es la vida. Es lo más sublime de la creación; vivir en el ritmo del deleite; sin conocer el deleite; pensar en el ensueño de la gloria: viviendo sin ella, tener de todo y no desear nada; esa es la vida feliz del campesino.

Llegaron al Cuartel que era una cabaña, desmontáronse todos, estando la cena servida y con un apetito sin igual dieron fin a ésta.

Serían como las once de la noche, cuando un viajero de aspecto noble y de apostura caballeresca, marchaba a galope tendido; por las lóbregas callejuelas de la ciudad del Seybo.

El estupor de tal ginete sacó de sopor al centinela que cubría la avanzada del pequeño ejército expedicionario. La voz del centinela se dejó oir dando el alto. Camarada! gritó el jóven refrenando su cabalgadura, santo y seña, por el Rey y por España.... Bien.... Pase .....— A paso y trote llegó hasta la cabaña-fuerte,—¡quién vá? preguntó el centinela!

Por el Rey y por España!

Don Juán que deliraba esperando el mensajero que el había mandado a la Capital para darse cuenta de las fuerzas francesas con que contaba el Gobernador Ferrand, presuroso salió a su encuentro; era su hijastro que desde muy pequeño lo crió, lla-

mábanle Generoso; era muy adicto a su persona; desde que se apeó, corrió a abrazarlo. Padresito mío, le dijo Generoso, no sabe Ud. los trabajos que he pasado; me perdí tres veces y en una de esas, ¿no sabe Ud. con quién me he tropezado? nada menos que con las fuerzas del General Ferrand, viene con una columna de más de seiscientos soldados. Así es padresito, que Uds. deben prepararse bien, porque mañana a más tardar llegarán al Seybo, Uds. con las fuerzas que tienen no podrán presentarle batalla, tienen que prepararle una emboscada; no deben de estar mas de quince kilómetros de aquí.

Bien hijo mío, contestóle Don Juan Sánchez Ramírez. Esta misma noche reorganizaremos la defensa; vamos a ver si conseguimos algo para que cene, que de seguro estás muerto de hambre.

—Si padresito.

Al punto, puso Don Juan al corriente de la estrategia del enemigo, y después de prepararse para la defensa, Don Juan ordenó a los soldados que se acostaran para que descansaran y se encontraran en buenas condiciones para el otro día. Don Juan nombró sus lugartenientes a Don Francisco Díaz, Teniente General que había venido en la expedición; a Don Pedro Reynoso; José de la Rosa; Capitán Antonio Sosa, y como su ayudante, nombró a Pedro Santana, nuestro héroe lugareño.

El nuevo día fué saludado con un viva España y mueran los franceses. El estandarte de Castilla flotó ufana, mecido por los vientos quisqueyanos; se le presentaron las armas y al son de los tambores. Don

Tulio arengó a los vizoños combatientes, instándole a defender de los enemigos a la Madre Patria España, para volver a incorporar la Patria Española que por derecho de colonización y por costumbre de idioma, los mismos nativos de la Isla pedían a gritos la incorporación de la hija predilecta a la Madre España; tanto por el idioma como por el arrojo que el dominicano valiente ofrendó sin igualdad, cuantas veces el honor supo poner en defensa de sus intereses. Con un vivo aplauso acojieron las patrióticas palabras de Don Tulio. Desfilando frente a su persona las pequeñas guerrillas domínico españolas, comandadas por nuestro futuro Jefe Pedro Santana,

Al son de los tambores entraron al cuartel donde se le racionó un delicioso almuerzo de tocino y varios tubérculos; se repartieron entre los soldados dos barriles de vino añejo; reinando un entusiasmo ardiente por enfrentar al enemigo cuanto antes posible; Don Juan Sánches Ramírez mandó a tocar firme, para pasar revista a su pequeño ejército. Ramos de flores llovieron a los piés de los jóvenes soldados, el himno español repercutió en el alma del pueblo dominicano, un hálito de esperanza selló con la gran simpatía que el pueblo seybano acogió a los hijos militantes de la gran España, madre del Continente Americano. Don Juan Sanches Ramirez no temió con el fracaso frente a las valientes soldadesca francesas, vencedoras en el mundo entero,

Ya la esperanza rayaba en los mismos vizeños combatientes. Don Tulio les dió gracias al pueblo

Seybano, manifestándole que en lo sucesivo el pueblo dominicano tendría mejor miramiento por ser uno de los pueblos que conservaban un amor tan grande para aquella tierra pedazo de su corazón; no obstante, la desconsideración que hizo al Rey Fernando II para esta tierra, de mejor miramiento, A las 8 desfilaron orgullosos y bravíos frente a un sin numero de damitas que contemplaban el desfile hasta la gran sabana de Palo Hincado, donde magistralmente se posesionó el gran Don Juan Sánches Ramírez con sus huestes,

LA BATALLA DE PALO HINCADO

Internados en la manigua, esperaban a las huestes francesas, que a toque de clarines, y a paso de vencedores marchaban sin cuidarse sobre la ciudad del Seybo.

La voz de alarma no se hizo esperar, y es fama, que Don Juan Sánches Ramírez arengó a sus vizoños soldados de que pagarían con la vida el que volviera la cara atrás; pena de la vida, al oficial que lo mandara o tocara retirada: pena de la vida, aunque sea yo mismo. Esta órden rebozó de entusiasmo a los mismos vizoños combatientes ;que juraron morir antes que dar un paso atras,

Los franceses que no esperaban un ataque tan de repente, la lucha no se hizo esperar, coléricos e irresistibles, cargaron sobre los panizados franceses que se batian con desesperación, Un grito de moribundo podía inclinar la victoria, cuando de súbito fueron cojidos entre dos fuegos. Santana con un pu-

ñado de temerarios lidiadores, había atravesado por entre la manigua acribillándolos por las espaldas. Batidas y de manteladas éstos, destrozado el estado mayor del General Ferrand, acompañado de unos pocos, éste bravo abandonó el camino internándose en la cañada de Guaquia, donde perseguido de cerca, con el amargor de la derrota—y diciendo estas palabras: «Para que mi cabeza no sea exhibida destilando la sangre por las calles del Seybo», se suicidó; no impidiendo que la fuerza en su persecución, comandada por nuestro héroe lugareño, cortaran aquella cabeza, digna de laureles, y la llevaron al Seybo destilando sangre....

Victoriosas tornaron a la ciudad del Seybo las huestes dominico-Españolas, cargadas de trofeos de guerra, banderas y pertrechos.

Por las calles pasearon montada en una pica la cabeza de aquel bravo general francés, que se suicidó antes de vivir con la afrenta de tan sin par derrota. Ferrand, héroe de Arcola y Morengo.

Después de darle sepultura a la cabeza de aquel bravo, se celebró aquel día como fiesta nacional, donde las armas dominico-españolas dieron prueba de singular denuedo.

El mongó y el acordeón fueron el ritmo de la gran victoria, pasándose bajo el chapoteo y alegría de los danzonetes pimentosos, fámelicos músicos de las aldeas.

Al otro día se reunió el Ejército para marchar a sitiar la ciudad de Santo Domingo, con el apoyo de las gentes del Cibao y del Sur.

En la Junta de Delegados celebrada en Bondillo, se reconoció al Rey Fernando como Unico Soberano, y a Don Juan Sánches Ramírez, como Gobernador de la Colonia Política y Militar.

Durante el sitio se celebraron algunos combates de importancia, se conservan especialmente el recuerdo glorioso del que tuvo lugar en el Castillo de San Gerónimo, defendido por el Teniente Francisco Dias, héroe de Palo Hincado y atacado por el pundonoroso e intrépido Coronel Ausseae, que parece que nació para compartir las glorias en la historia de este gran Baluarte. Cuando Ausseae vió perdido a Díaz, y éste sable en mano, seguido de un puñado de temerarios lidiadores, abandonó la humeante fortaleza;—Ausseae, formó sus tropas en columna de honor; le dejó desfilar bravias antes ella, y mientras el uno victoreaba a España, el otro levantaba la espada a manera de homenaje—al temerario empeño del adversario vencido.

El valor legendario de España y la intrepidez gloriosa de Francia tuvieron ese día digna representación en la Española.

El sitio se prolongaba demasiado, cuando a una instancia del Gobernador de Puerto Rico, bombardeó el Almirante inglés Cumby la ciudad por dos ocasiones y llegaron las fuerzas solicitadas por Don Juan Sánches Ramírez en Jamaica, al mando del General Sir Hugh Lgle Carmichel, quien desembarcó en Palenque con una división,

Este valiente concurso; y la miseria que existia

en la ciudad; donde una docena de plátanos llegó a valer dos pesos y se comían cueros crudos de reses; decidieron al Gral, Dubaquier, sucesor de Ferrand a convenir con él, una honrosa capitulación que pusiera fin a la horrorosa lucha empeñada. A las cuatro de la madrugada, el General Carmichel, seguido de su Estado Mayor y de un Teniente Coronel, a la cabeza de cien hombres de tropas de líneas, se presentó en la Fortaleza Ozama y, después de las formalidades de uso, se introdujo en ella, donde la guarnición francesa estaba sobre las armas.

Hizo colocar Carmichel sus fuerzas frente a aquellas; luego de lo cual las arengó del modo siguiente: Soldados, no habeis tenido la gloria de vencer la brava guarnición que vais a reemplazar, pero vais a reposar vuestras cabezas sobre las mismas piedras, donde intrépidos soldados abandonan su glorioso trabajo, después de haber afrontado los peligros de la guerra, los horrores del hambre y privaciones de todas clases; éstos grandes recuerdos impriman en vuestros corazones, sentimientos de respeto y de admiración para ellos.

Y si como lo espero, un día vosotros imitáis ese bello ejemplo, habréis hecho bastante por vuestras glorias.

A esas bellas palabras, respondió el Comandante francés, General: «Si en algo puedo consolar a los bravos soldados franceses del doloroso sentimiento que una suerte contraria les hace experimentar en este momento; son los sentimientos de estima que acabais de darles».

Reciba las llaves de la Fortaleza y permítame manifestarle el deseo de que ellas no permanezcan largo tiempo en vestras manos.

A lo que replicó el General inglés así: «Yo deseo igualmente, tener nuevas ocasiones para poder. selas disputar».

Después de un continuo combate, la ciudad volvió a su tranquila vida. Los franceses habían evacuado la Capital, tomando Don Juan Sanches Ramírez la Gobernación de la Colonia, en la cual repartió algunos nombramientos provinciales.

Don Tulio le gustó mucho la ciudad, donde se compró una casita rodeada de almendras y cocoteros, con un jardincito estilo colonial.

Alfida estaba muy contenta con la nueva casa adquirida. Su primer objeto fué conocer las ruin s la Primada de América: sus paseos y su bella floración.

Cantaba de gozo, cuando tenía su padre que ir al muelle a ver los barcos que venían de allende los mares.

Una tarde recibió una carta, no quería abrirla por que su padre estaba ausente; pero, como venía a su nombre, élla no se explicaba quién podía escribirle, porque no conocía a nadie en la ciudad, ni tenía en parte alguna amigos que le pudieran escribir.

Pero tanto le dió por saber quien era que le escribía, que rompió el sobre, y, se puso a darle lectura, decía: "mi bella amiga Alfida, que dolor tan

grande taladra mi corazón, al recordar las horas felices que pasé embriagándome en la lumbre de tus ojos; y oyendo los dulces acordes de tu voz angelical..... Y hoy hace quince días que no he podido contemplar de cerca tu rostro encantador; ya el servicio me es odioso separado de tí.

"Estas líneas te dirán lo mucho que he anhelado estar junto a tí, mi dulce amada. Esta noche marcho lejos de aquí, de servicio para aquella Provincia, donde por vez primera te conocí, y te dije lo mucho que te amaba; el deber lo quiere y él es que manda Tu padre mismo ha reconocido ese deber; porque él es también un hombre de honor; pero recuerdas que cuando retorne, quiero que te encuentres gozando de una vida perfecta; no te entristezca, que ya todos los peligros pasaron. Yo volveré pronto. Adios. PEDRO".

Luengas tristezas embargaron el alma de Alfida, al leer la triste despedida de aquel hombre a quien ella amaba tanto, y quizas no volvería a verlo más

Ella preguntábase por qué el no había venido en tantos días a vrela?

Seria verdad lo que le decía en la carta? o era que no quería saber más de ella, y se marchaba para su pueblo; eso no podia quedar así, sin ella saber lo cierto. Cambiarse de ropa fué su idea, lo cual hizo, y se marchó a la calle; tomó rumbo a la Fortaleza, tocándole la suerte que el centinela de servicio era conocido de ella. Allí se enteró de Pedro, el jóven Ayudante del General Don Juan Sánches Ramírez,

El centinela le puso a conocimiento de que se encontraba de servicio en la Torre, equipando unos pertrechos para partir esa noche de puesto para el Seybo, mandado por el Gobernador Ramírez, cosa que le impedía acudir a su presencia porque estaba prohibido en la consigna del Reglamento.

Desconsolada volvió Alfida a su casa, viendo el fracaso que había tenido al quererlo ver personalmente; rendida de emoción se recostó en su cama sollozando amargamente.

Cuando volvió su padre, la encontró triste y meditabunda; no quizo comer, donde su padre, alarmado, quería llamar algún medicucho de la ciudad.

Hija mía!—le decía Don Tulio—, es que no te gusta esta ciudad? Quiéres volver a España? Dime vidita mía? Dime lo que te pasa? Calquiera que sea tu capricho, te lo concederé; quieres pasear, dime, dime?

Nada, padre, no quiero nada; no tengo nada, fue que me caí y del susto me eché a llorar.

¡Oh, que susto me distes, hija mía!

Ya me siento feliz al verte sonreír. Ven, vamos a la mesa, que nos espera el almuerzo; hija y padre entraron al comedor colgada del brazo.

El almuerzo fué cordial, se habló de los recientes sucesos acontecidos; de la fácil victoria sobre los franceses; de la intrepidez de Pedro, su comportamiento para con ellos, que aún no se había decidido a visitarlos y de un sin número de cosas más.

Tres meses hacían que Alfida no sabía de su jóven amado; élla se pasaba los días en su jardin sin salir a la calle, cosa rara en ella; las aves y las flores eran sus eternas compañeras; a éllas le contaba Alfida cuitas y dolores.

Cierto día que estaba dormitando en su jardín, la despertaron bruscamente. Era su camarerita que le traía una carta; su corazón parpitó de gozo al recibir y reconocer la letra de Pedro; sin decir palabra fue y se encerró en su alcoba, para leer la carta de su amado ausente.

Decía: «Inolvidable Alfida, recuerdas el día que nos separamos por segunda vez? el cielo estaba magnífico, parecía que vestía cual mil oropéndula rojo-estaño. Cuanto parpitaba tu ceno, y relucían tus ojos, cuando tus graciosos pasos corrían pisando las hierbas, promoviendo un rumor más dulce que el de una lira, o cuando tus frescas sonrisas, auroras de tu alma, se levantaba, reflejándose en mi. Entónces, algunas veces, aunque no te veía, tu voz acariciaba mis oídos, al modo que el murmullo que se siente arrodillado a la orilla de una fuente, o como el canto de un pájaro que oímos en un sueño. Oh! Alfida mía, cuándo recuerdo las veces que te he contemplado, encanto de mi vida; mi cuerpo y mi vida vibran al impulso de tu aliento, como temblorosa lira. Oh! permiteme que te hable así Alfida mía! embriagándome en este oasis; pero si antes viviera, te hubiera colocado entre los angeles del Paraíso, pués de seguro son tan irresistibles tus ojos, y abren tus labios con una expresión tan juguetona que podría llevar altiva entre las mas altivas tu belleza, como una

deidad oriental.

Si Alfida mía, escríbeme; que estoy loco por saber de tí. Tú PEDRO.»

CAPITULO X

EL REGRESO DE SANTANA.

No puede ser más de las nueve, mi Jefe,

Cuál es la distancia más o menos a que nos encontramos?

Quince kilómetros.

Pedro, esto es una hecatombe; pués aunque tengamos los caballos descansados, no podríamos hacer la jornada en una hora.

Descansaremos? Nó. Entónces, que hacemos Martín? Tenemos que seguir, aunque sea a pié porque yo no voy a pasar la noche a campo raso,

¡Mire un camino Jefe, quizas coduzca a alguna casa, y alli no pasaremos la noche a la interperie¡

—No Martín, yo tengo que llegar a la ciudad esta noche, vivo o muerto; por los cuernos de Lucifer.

—Tú, Zacarías, quédate cuidando los caballos, que Martín y yó vamos a ver donde conduce esta vereda. ¡Ojo alerta, muchachos, no vayan ha hacerle una charada!

Pedro y Martín siguieron el trillo. Como a los veinte minutos de caminar, llegaron a la orilla de un pequeño lago. Un grito de júbilo salió de los labios

de Pedro al ver varado en la arena un cayuco con cabida para dos o más personas. Vete Martin, le dijo Pedro alegremente, avísale a Zacarías que levante una tienda con los arneses, para que pasen la noche y que pongan los caballos a comer, que tú y yó nos iremos embarcados.

Vuela, muchacho, que me mata la impaciencia!

Al regreso de Martín echaron el cayuco al agua.

Montaron los remos, y se alejaron de la orilla.

Oye Martín, a tí te extrañará este viaje tan precipitado; pero no hay nada en ello de política, todo es personal. Como tú eres, Martín, más que mi hermano, bien sabes, que desde la infancia, hemos compartido nuestra vida y nunca hemos chocado en nada; en tí he cifrado mi confianza, tú será donde desahogaré mis penas; yo estoy enamorado de aquella españolita que le salvé la vida, y soy correspondido por ella. Figúrate, cuando creí realizar el ensueño de mi vida, me ví en la obligación de separarme de su lado. Hoy, hace cinco meses que no la veo y cuando pedí mi traslado, Don Juan Sanches Ramírez, el portador mío, me trae una carta de ella; donde me dice que se embarcarán para España, y si quiero verla, antes de partir, que esté en el muelle el diez y seis de este mes, que zarparán a media noche. ¿Tú crées Martín, que podré sobrevivir a este golpe. Nunca!

Pero, tengo la esperanza Martín, de raptarla. Tú y yó somos capaces de hacerle frente a todas las tropas del Continente Americano; espero de tí que

me ayudes,

Cuenta conmigo Pedro, toda la sangre que corre por mis venas, es poca para ofrendarla a tu amistad.

Gracias Martín, contaba con ello, mi viejo amigo,

Mira, esto es lo que nos concierne: ella se vá con migo, si le propongo mantenerros ocultos, así es que no hay que perder tiempo, voguemos, las luces tenues, casi opacas, se dejaban traslucir por la arboleda de las margenes del río Ozama,

* * *

LA VOLADURA DEL VELERO.

Después de dos horas de vogar, llegaron al muelle. Atracaron silenciosamente. En el muelle todo estaba en calma; solo en la proa de una goleta se veia un farol y un hombre, quien sentado, fumaba su pipa tranquilamente .

¡Pardiez!, dijo Pedro, éste debe ser el velero que levantará anclas esta noche. Allí alcanzo a ver unos muebles que de seguro son los de Don Tulio. Vamos a ver si lo imposibilitamos, pués a mi me queda una cajita de pólvora todavía.....

Te atreves ha imposibilitarlo Martín?

Con resolución se hace lo que se quiere!

Pues vamos a al experimento.

Así lo haré. Cómo? Sigilosamente me voy en el cayuco, con el puñal le hago una brecha y después,

fuego con él.....

Pues, entónces, buena suerte. No es más que un juego de niños.

En la Fortaleza me encuentras, me marcho, porque quiero que sepan mi llegada. Así es Martín, sigilo y buena suerte.

* * *

Quince minutos después, entraba Pedro en las gradas de la Fortaleza avisando su llegada al Oficial de Retén y se marchó a la quinta de Don Tulio. Triste y cabizbajo contemplaba Don Pedro la quietud de los muelles.

Alfida estaba ojerosa como si hubiera llorado. Mandaba a las criadas que anduvieran a prisa, porque el velero no tardaría en zarpar.

¿Cuál no sería su sorpresa cuando Pedro salió al encuentro? Un grito de júbilo se le escapó y estrecháronse en un abrazo de pasión; grito que ahogó el estampido del velero al explotar. Los pasos precipitados de Don Tulio los sacó de su dulce embelezo ..... Don Tulio entró en la casa como un beodo, dando tumbos, a dar la noticia del fin de la embarcación que les conduciría a España.

Alfida, asustada, corrió al encuentro de su padre,

¡Hija, nuestro viaje ha fracasado. Un barril de pólvora acaba de estallar a bordo.

De veras, padre?

Si hija, no tardará ni un cuarto de hora en hundirse.

¡Dios mío! exclamó Don Tulio al encontrarse frente a Pedro. ¡Oh muchacho, no creí encontrarte en mi casa!

Por casualidad acabo de llegar y, al ver esta mudanza con la noche, he quedado estupefacto. Ahora, explíqueme este viaje.

—Hijo mío, esta noche nos embarcabamos para España, pero parece que trajistes algo de mala suerte contigo.....

¿Mala suerte, Don Tulio? ..... ¡Sí, por que quizas, si hubiéramos embarcado, no conversariamos en este momento, esto interrumpe llevármela este mes, como era mi deseo, teniendo que esperar un par de meses, hasta que algún barco español haga escala en este puerto.

Cual es el motivo de abandonar este país, cuando según creo, Ud. mismo me dijo, que pensaba establecerse aquí, aunque fuera criando animales?

—Si, Pedro, esos eran mis mayores anhelos, de pasar mis últimos días en esta tierra hospitalaria, pero acabo de recibir hacen dos días, un despacho del Gobernador de Puerto Rico, en el cual éste me notifica un empleo en el Hospital Militar de San Juan; como Jefe Superior del Cuerpo Médico de aquella ciudad; teniendo que ir primero a España, para hacer mi presentación en la Corte y comunicar los servicios que he prestado al Estado Monárquico Español.

¡Le felicito por su buena suerte!

Ahora hablemos algo de nosotros, dijo jobialmente Don Tulio; y tú, Alfida, dá la orden de conducir el resto de los muebles a su puesto, porque en viaje no se puede pensar por ahora.

Por fín, Pedro, ¿dónde tú te habías escurrido en estos últimos seis meses, que en parte sabía de tí?

Bueno, Don Tulio; yo estaba en una misión del Gobernador Sánches Ramírez, organizando la parte Este de la Española, cargo que me fué conferido secretamente por él.

Bien, Pedro, por la confianza manifestada en tí, yo mismo, desde que te conocí, me dije: que tú eras un hombre de honor en tu forma de formalizar las cosas, y que llegarías lejos, talvez muy lejos ...

Gracias Don Tulio por su buen concepto que hace de mí.

—Hablemos de tus familiares. Dime, y que es tu hermano Ramón?

CAPITULO XI

AYUDA INESPERADA.

Pues bien, me encargó Don Florencio, que le saludara en su nombre y que lo esperaba en una jira por allá.

Eso será difícil, pues mi viaje me imposibilita a salir de la ciudad; y hablando de todo Pedro, que te pasa que te veo apesadumbrado?

No sé; creo que es el malestar que reina en la

Colonia, por el poco interés que han tomado nuestros Soberanos en la incorporación de Santo Domingo a sus dominios. La indiferencia que invade el espíritu de todo el pueblo, que miró la reconquista como la salvación y hoy la ve con malos ojos; mas, el desenvolvimiento que lleva la Colonia en poder de algunos malintencionados.

Según mi concepto, replicó Don Tulio, esta Ciudad ha sido la Primada de América; ¡donde se han urdido continuadas intrigas, que han minado desde el descubrimiento la Colonia, de retrazo y de pobreza por las envidias sin miramiento, de Capitanes Generales y Soberanos!

Hoy, los que ayer no tenían fé en la reconquista se disputan los puestos más lucrativos y viven intrigando por mantener a nivel su popularidad entre los adictos del Gobernador.

Yo, por mi parte, me alegro muchísimo de mi designación para San Juan, porque no puedo vivir donde constantemente se esté intrigando. Yo mismo, como español merecía una mejor atención, por parte de Don Juan Sánches Ramírez, no obstante éste me ha echado a un lado. Así es amigo Pedro, no le quito su razón al no encontrarse conforme con el ambiente actual. ¡Bravo! arguyó Pedro. Están dando las doce. Me retiro. Hasta mañana señores. Perdonen Uds

* * *

Los pasos de Pedro taconeaba en la acera con marcada resonancia y los pocos transeuntes nocturnos a tan avanzada hora, miraban de soslayo al pa-

seante que con los espolines traslucía llevar un sin número de cascabeles maquiabélicos y quien deseando llegar a tiempo antes que relevaran al centinela de puesto de la media noche, caminaba apresuradamente, dando brincos al cruzar una que otra calle.

* * *

Al doblar una esquina, a dos cuadras de la Fortaleza, con quien primero se tropieza es con Martín, que se batía en retirada por librarse de dos marineros que lo perseguían con enfurecidas embestidas.

¿Qué sucede? gritó Pedro!, al ver su silueta bajo la luz del farol callejero. Ensangrentado y maltrecho, Martín se defendía y Pedro, situándose a su lado con su sable en guardia, arremetió contra los marineros, los que, después de ver la valentía del arrojado militar que se aprestaba a la lucha, tomaron las de Villa-Diego.

¿Pero, que ha sucedido Martín?

¡Ay mi Jefe, éstos forajidos por poco me asesinan, ya mis fuerzas se estaban extinguiendo y si Ud. no acude, acaban conmigo.

¿Qué, estás mal herido, Martín?

Casi nada Pedro, es la sangre que he perdido.

Pués marcha que esto se curara.

SOSPECHAS DEL CORONEL.

En una de esas tardes inolvidables de verano, la brisa juguetona esparcía por el ambiente el oloroso perfume que despedían los rosales. Hacía un

frescor de primavera y los pajarillos alegres alborozaban, revoloteando con sus trinos naturales la hechicera seducción de los jardines; Alfida sonriente jugaba con su Mariscal Bulldog, que le regaló el General Pablo Morillo en Caracas, en una jira campestre.

Era Mariscal un hermoso ejemplar de su raza, color cenizo; terror de los muchachos que marotean por los patios vecinos.

Desde muy pequeño, Mariscal era el guardián de Alfida, porque no había ser viviente que se le pudiera acercar cuando estaba a su lado.

Don Tulio lo sabía y por eso no tenía miedo de dejar a Alfida sola para ir a jugar su interminable manos de «Tute» con el Notario que vivía a poca distancia de su casa. Regresaba cuando llegaba la hora de almorzar y desde que terminaba el alimento, se volvía a proseguir su deseada partida.

Cuando más entretenida estaba Alfida jugando con una pelota y Mariscal dormitando en los rosales; bajo el ocaso de la tarde que esparcía sus últimos destellos, en un rincón solitario del jardín la aguardaba Pedro, ensimismado en el amor filiar que le tenía y que era escenario secreto de sus cuitas amorosas

Allí estaba él, absorto y desesperado por su llegada; quien, al verla surgir radiante como una visión de ensueño, le salió al encuentro y sin mediar palabras, la confundió en un fuerte abrazo, largo tiempo contenido .....

Luego surgieron los suspiros quejumbrosos. El

le habló de sus penas y de sus ansias; de su desesperación cuando supo que se iba a España; y élla, con disculpas y protestas de cariño le dijo que nunca había dejado de amarle, que también había sufrido mucho y que las nostalgias de aquel amor que tan hondamente habia arraigado en su corazón, en su ausencia nunca las olvidaría.

Así, confundidos en su coloquio de amor, permanecieron unidos rebosantes de felicidad. De pronto élla se estremeció al escuchar el crujido de las hojas secas, las que pisadas por un intruso, anunciaban la delación de sus amores. Pedro, esquivo aproximóse al sitio del rumor, pero retrocediendo enseguida hasta donde estaba Alfida, la que temblaba junto a él.

Vanos fueron los intentos de ocultarse. Don Tulio, colérico y sagaz ya había llegado a presencia de la pareja. Sonó a su espalda el crujir de una rama al romperse con la rapidez del rayo; volvióse Pedro, y de rojo se tornaron lívidos al encontrarse frente a frente con Don Tulio, que con una mirada interrogadora hacia Alfida y amenazadora para Pedro, interpelo: ¿qué hacéis aquí?

Menos estragos en el ánimo de los jóvenes enamorados hubiera hecho el estallido de una bomba .....

¡Y pensar en el momento felíz interrumpido!

Dime hija, que haces en estos lugares a escondida mía con Pedro, que ha violado con esta acción su honor de caballero?

Padre, paseábamos y entretenidos por la con-

versación, olvidamos que nos adentramos en el jardín.

Crées acaso que no sospechaba de Uds. Bien, sé que Uds. se aman; pero este idilio te costará caro hija.

Nada padre existe entre nosotros.

¡Apártate!, vete para casa! que este jóven y yó arreglaremos el violar el decoro familiar y su osadía.

Qué va Ud. a hacer padre?—dijo Alfida sollozando—Váyase, se lo ordeno!

Nó, Padre, él no es culpable de esto, soy yó.

Ah! eres tú?, desvergonzada! Tóma entonces, para que no vuelvas a repetir estas palabras!

Una bofetada cruzó el rostro de la hija adorada.

Pedro, como un león herido se interpuso entre ambos, y en actitud hostil, rugió: ¡Cobarde, cómo te atreves a pegarle a una mujer en mi presencia!

Só atrevido; te atreves a decirme esas palabras, olvidas que soy su padre y tengo derecho a corregirla?

Es verdad. Perdóname Ud. Don Tulio! Olvidaba que debe velar por su honor; pero sepa Ud. que élla está aquí en mi corazón y que la quiero más que a mi vida. Por élla soy capaz de vender a mi patria; de pegarle fuego al purgatorio si necesario fuere.

—Calle Ud. esas son palabras de traidores , no sea Ud. tan vehemente, olvide y nada más; hágase de cuenta que ella nunca existió en su camino; que

fué en un sueño que Ud. la conocio.

Ah!, que fácil son decir las cosas cuando no se sienten: dijo sollozando amargamente. Ud. no sabe cuanto la quiero; por élla sería capaz de lo imposible.

Todo es fácil en la vida, jóven. Cúrese esa pasión y verá que la olvidará. Mas, la posición de Ud. no le permite contraer matrimonio con élla, porque Ud. no tiene más bienes que la espada del servicio, y no ambiciono un hombre rico; pero, quisiera casarla con un hombre que la haga feliz toda su vida; ya que Ud. sabe; que los militares no nos pertenecemos; sabemos donde acampamos e ignoramos donde amaneceremos. Sin embargo, le guardo algún afecto, y si de mí dependiera, los haría felices, porque yó sé que ella lo ama, pero Ud. sabe amigo Pedro, que no puedo casar a mi hija en esa forma. Ud. es un hombre de honor y lo comprende; así es amigo Pedro, olvídela, que uno siempre se consuela en la vida. Y asi terminó aquel diálogo; que tuvo caracteres de encono y reconciliaciones.

CAPITULO XII

EL SARGENTO VILLALOZ

La noche había tendido su manto en toda la lejanía del horizonte; uraño y cabizbajo tornóse Pedro, por la calle, blasfemando a la vez su cruel destino;—toda una felicidad perdida,—decía entre dientes;—quién iba a creer que un amor tan grande se descepcionara asi?.....

Un grito despertó el silencio de la lóbrega ca-

llejuela..... Alfida Luisa Alarcón? mía o de nadie. Tu destino es ese.—y se tornó cabizbajo, dando traspiés, como un beodo, hasta que llegó al muelle donde se internó en una taberna. lugar de concurrencia de todos los marineros que tocaban al puerto de Santo Domingo.

La taberna estaba casi solitaria, el único ser viviente somnolienta deambulaba su salón mal oliente a licor y a tabaco una muchacha graciosa, de veinte abriles.

Esta; al ver llegar a Pedro dando traspiés, acudió presurosa, creyendo encontrar algún bonachón de marinero. Al entrar Pedro, en la primera mesa que encontró, se dejó caer pesadamente, cubriéndose el rostro con la mano, volando al sombrero en medio del salón, fué la tabernera presurosa a recojerlo, tratándose de un oficial jóven y lleno de apostura.

Con la sonrisa en los labios y voz dulcificante le dijo a Pedro, aquí tiene su sombrero, jóven! ¡Este levantó la cabeza tristemente. ¿Dónde estoy, Señorita?

—En una de las tabernas más respetables de la Ciudad; contestó élla cordialmente.

—¡Ah! No es U.I. de la guarnición de aquí?

—Soy de Provincia, Señorita.—

Entónces, qué puedo servirle.

— Traiga algo que tomar; con la condición de que Ud. me hará compañía.

Eso es todo? No ha pedido nada imposible

—Bien. qué quiere tomar?

Algo de su agrado; ya que soy poco conocedor en materia de licores. Pués, traiga lo que Ud. quiera; mire que Ud. es mi Angel Consolador.

—Cómo así?

Pués de seguro le debo la vida a Ud.

Somba, quien vá a creer que tan jóven se desespere de la vida?

A esta hora, si la suerte no me conduce a este Paraíso, de seguro no lo estuviera contando a Ud.. sino a los tiburones.

—Virgen Santísima, que Ud. está diciendo?

La verdad mayúscula. Su gracil bondad me ha salvado la vida, porque cuando entré aquí, mis pasos eran los de un suicida. Lo que me pasa a mí no se puede contar .....

¡Vamos! Choquemos las copas, que es tiempo.

De un golpe Pedro apuró el licor; rebosándola de nuevo se la presentó. Volvamos ahora, ya que Ud. a tenido el honor de brindar conmigo; reine en nuestros corazones la amistad por siempre; gracias, Sr., Ud. es muy cordial. Me presentaré a Ud. Mi nombre es Pedro Santana, Oficial secreto de nuestra Real Magestad Fernando VII, Señor de mucho mundo, señorita.

Gracias gallardo jóven, no tengo que ofrecerle mas que dos nombres; aquí me llaman Minerva.

Bonito nombre; exclamó galantemente Pedro·

Pero mi verdadero nombre es Azucena Miller de Santander; soy huérfana de padres, éllos murieron cuando yo sólo tenía seis años. Mi madre murió loca en un hospital, y mi padre era guarda espalda de de nuestra graciosa Magestad Guillermina II. Reyna de Holanda; éste mi padre, se enamoró locamente de una princesa rusa que vino en una embajada de honor a la Corte Holandeza; que cuando llegó el parte de que su esposa estaba en tránsito de muerte no acudió a su lecho; más tarde, este murió en un duelo con un principe Al llegar a estos términos de su historia, un sollozo estalló de su pecho adolorido. ¡Ay Dios mío!, exclamó derramando torrentes de lágrimas, si yo estoy contando mi historia a un extraño.....

— Pierda el cuidado señorita, que sus palabras quedarán sepultadas en mi pecho. Soy un caballero esclavo de mis palabras Le juro que lo que Ud. me diga, si en algo concierne a vuestro honor, puede tener la confianza en mí, pues tendrá un protector, un hermano, que velará por Ud., siempre que Ud. me haga ese honor de hacerme su escudero y confidente.

Gracias, contestó febrilmente, con sus ojos enturbiados de lágrimas, que parecían perlas en un mar azul, profundo como los ojos de ella.

No llores, le dijo tristemente Pedro, no vez què Ud. me hace daño; le dije a Ud. hace un momento que me habías salvado la vida; así era jóven, cuando entré aquí, yo no era más que un suicida de la vida.

En eso entraron unos siete ú ocho marineros allegados del dueño de la taberna. ¡Ay! exclamó asustadiza Minerva. Váyase de aquí, que si no hay la de "San Quintín" aquí conmigo; salga en seguida porque siempre que me encuentra fuera del mostrador me arma la garn «bronca» salió y se marchó corriendo. Al verla ir de prisa el tabernero, le cerró el paso, con una voz de trueno que retumbó en el interior; la amonestó, decidme que hacía fuera del mostrador Minerva, con un extraño sentado en su mesa?

Sirviéndole, contestó élla asustadiza.

Con una sonrisa infernal le dió de bofetones que le hizo encontrar la puerta más pronto que de carrera. De dos brincos Pedro se interpuso, con un gesto de esos que hacen célebres a los hombres, le dió un punta-piés al malvado tabernero que rodó como un fardo.

Como un relámpago acudieron en socorro del caído los otros marineros, que con navajas blandiéndolas magistralmente, arremetieron contra Pedro, quién, atrincherado detrás de varias mesas, se defendía como un león. Con la empuñadura de la espada, Pedro tumbó al más cercano y de un salto se situó en un rincón y tumbando mesas y sillas se hizo fuerte, dando tajos a diestra y siniestra, motivando que a los gritos del tabernero se animaran los marineros y le hicieran frente a Pedro, que se mantenía como un valiente en su trinchera de mesas.

La ronda que pasaba, al oir tal escándalo, entró de golpe en la taberna y acorralaron a los combatientes que, sin defenderse, entregaron sus armas.

El Sargento que mandaba la ronda, al reconocer a Pedro, exclamó lleno de entusiasmo, ¡bravo!, no me cabía dudas, que el que se encontraba haciendo camorras con los marineros, era un hombre de "Palo Hincado".

Martín y yó te hemos buscado en vano por plazas y calles sin encontrarte por ninguna parte, argumentó el Sargento.

Gracias por el interés tomado, denodado Sargento, porque quizás. sin vuestra intervención, a esta hora tendría algún navajazo en el cuerpo.

Pedro pidió merced para los marineros. para que les fueran devueltas sus navajas y amonestó severamente al gigante tabernero, que le gustaba pegarle a las mujeres y se acobardaba de cualquier choque.

Después de despedirse de Minerva y darle su dirección, salió con paso de Rey, sin acordarse siquiera, que una hora antes iba a suicidarse por una mujer.

Media hora después de marcha, llegaron a la puerta de prevención, Pedro fué ha acostarse al Cuartel y los soldados siguieron haciendo su ronda.

* * *

MEMORIAS DEL GUARDA ESPALDA

SANTANDER.

Como a las siete de la mañana, todavía Pedro no se había levantado, cuando se presentó un niño con un rollo arrugado, preguntando por Don Pedro San-

tana, replicando el centinela: quién lo busca?, entonces el niño enseñó el rollo de papel sellado con las armas simbólicas de un Noble español que le mandaba una señorita, y que entre del rollo se encuentra la llave.

Con pasos presurosos acudió el centinela hasta la cama donde se encontraba Pedro, y despertándole le entregó el rollo de papel, diciendole donde se encontraba la llave

Azorado preguntó Pedro: quién le mandaba eso? Entónces el centinela le contestó, quien lo había traído por orden de una señorita.

Entonces, vino a la memoria de Pedro, todo el drama de la noche pasada. La descepción que tuvo con Don Tulio, después; los tropezones que dió por las calles loco de dolor; el encuentro con la bella tabernera, la historia que empezó a contarle y después tan inesperadamente interrumpida. El duelo a muerte que tuvo con los marineros, donde éllos llévaron la peor parte; la ayuda inesperada del Sargento Villaloz; pero nada le hacía recordar tener que recibir ningún legajo de papel. Pensó abrir el rrollo para darse cuenta de su contenido; sacudió el rollo y del interior cayó una llavecita con la cabecita de oro y plata, mas había un papel blanco dirigido directamente a su nombre, el cual decía:

«Señor Don Pedro Santana: he pasado toda la noche en un completo insomnio, pensando si podría confiarle mi secreto, pero como tengo un corazón que para mi es un Oráculo, él me predice siempre el peligro a primera vista y según yó, mi corazón me predice que Ud. es el único hombre que puede poner a

flote el misterio que vengo ocultando; así es que contando con la nobleza de su alma le pido que abra esos manuscritos y lo pase por su vista a ver si puedo contar con Ud., siempre que no tenga que ver su nombre y su porvenir.

S. S. Azucena Miller de Santander.»

Desarrugó Pedro los papeles de Azucena y los miró vacilante leyendo esto:

Estaban escritos con manos temblorosas, con letra ininteligibles y desiguales de una persona en trance de muerte o en sus últimos momentos los hubiera escrito.

Decían: «Hoy dia 20 de Marzo de 1789, juro delante de Dios y los hombres, que la historia escrita aquí, es verdadera. Yó Guagdaespalda Imperial de nuestra Magestad Guillermina II, declaro no ser holandez como mis documentos atestiguan. Yó naci en Asturias, España, mi madre era una artista de mucho miramiento en la Corte y mi padre, ignoré quien fuera éste, hasta que me hice un jóven. Estudié en la gran Universidad de Salamanca, ya que desde muy pequeñuelo me internaron en un colegio y de ahí pasé a la Universidad. De mi madre, vine a tener conocimiento de ella, cuando me hice bachiller en ciencias y donde vino ella personalmente a felicitarme por mis aprovechamientos en los estudios y no volví a verla hasta que me doctoré en cirujía, carrera que mi madre simpatizaba.

Entonces fué cuando vino y me estrechó en sus brazos; me dijo que élla no se separaría de mi lado, que había comprado una finca en Asturias; que ella se había retirado de la Corte; que pensaba pasar los

últimos días que le quedaban lejos del bullicio.

Entonces mi madre pagó mis estadías en la Universidad y nos alej mos de Salamanca. Tres días duró nuestao viaje; pricipalmente voy a relatar un incidente que hizo torcer el destino que me esperaba:

Nosotros llegamos en el carri-coche del correo a las siete de la noche a Granada; la ciudad de los monumentos artísticos arabescos, visitamos el Gran Escorial, las ruinas de los Grandes Palacios, el Colo del Rey, el Salón de los Espejos; donde al bajar la torre nos anunciaron la llegada del Rey. Mi madre se turbó tanto, que no sabiendo que partido tomar, se escondió detrás de una puerta del salón. Me avergonzó la actitud de mi madre; suerte que casi todos habían salido a ver la magnificencia del Rey Felipe VII, cuando se anunció su llegada.

Todo el mundo se prosternó delante del Gran Monarca, menos yó, que alejado, me quedé suspenso, sin saber que hacer Los gentiles y guardianes de Su Magestad Su Alteza, iban a castigar mi actitud. pero al mirarme todos de frente, el mismo Monarca se turvó, porque era tanto mi parecido con él, que no sabía como salir del atolladero. frente a un primogénito de él ignorado.

Todos en la Corte ingnoraban que el Rey tuviera hijo; hasta el mismo Rey; pero yó adiviné enseguida el drama urdido por mi madre; ella había sido amante del Gran Monarca; de seguro que hubo algún altercado entre éllos, y mi madre, para vengarse de su amante le ocultó el fruto de aquellos amores.

El Rey entonces se dirigió amí, y con una voz en que se retrataba la cólera en su semblante, me dijo señorialmente: Ud. jóven, cuál es la nobleza de su cuna, que ni siquiera se a dignado prosternarse a mis plantas.?

Contesté excusándome.

Entónces me dijo: Ud. no conoce ese dilema que dice, «que cuando Ud. no sabe hace lo que viere»; y se alejó sonriente al otro extremo de la Gran Galeria.

Cuando todos los asistentes y Oficiales de la Corte habían salido, entonces apareció mi madre mas blanca que la cera; temblorosa y cabizbaja. Hijo mío, me dijo, perdóname que te haya engañado respecto a tu nacimiento; pero tu padre es.....

No me diga madre; que lo adiviné antes que el Rey se dignara mirarme, porque en un espejo se encontraron nuestros rostros cuando asomó a la Galería,

Vámosno que estamos en un lugar peligroso: no sabemos como el Rey acojerá el engaño que le hice en venganza de su abandono, sin un porque de mi parte.

Conversando ibamos cuando un caballero se postró a nuestro pasos, y sin mediar palabras me dió un papel rosado; sólo tenía dos palabras: Jóven, si aprecia vuestra vida, abandone esta ciudad en seguida.

CAPITULO XIII

UN AMIGO

Rompí el billete, y no le dije nada de lo que decia a mi madre, sino que seguí mi camino sin preocuparme de lo mas mínimo.

Mi madre se cansó de interrogarme, cosa que le dije, que era un billete amoroso de una dama que se había chiflado de mí.

En eso invité a mi madre para que nos fuéramos al hotel, porque me encontraba un poco excitado con los inesperados acontecimientos recién pasados.

Nos marchamos en seguida, tomamos un coche y nos dirigimos a toda carrera. Al llegar al hotel, se nos cruzó una magnífica verlina tripulada por el Rey y varios caballeros,

Al desmontar tomé del brazo a mi madre y me encaminé a la sala del gran hotel; allí se encontraba el Rey y sus favoritos. Mi madre perdió el valor se desmayó en mis brazos. Cual no fue mi sorpresa cuando ví al Rey que se destacó de su asiento y corrió a auxiliarme. Perdón—me dijo—. si acudo a ayudarle con vuestra dama; pero cuando yo tenía veinte años menos. era demasiado galante.

No es mi dama Magestad, le contesté sonrojado; ésta señora es mi madre.

¡Su madre!, me dijo cortesmente; bien; no lo había pensado; perdone mi lijereza. Tomó a mi madre

brazo y me acompañó con ella al departamento que teníamos alquilado, alejándose después sin mediar palabras.

A la mañana siguiente tomé informes respecto al Rey, me dijeron que se había marchado esa noche, dejando una carta para que fuera entregada a Doña Marta en persona; yo le comuniqué a mi madre lo acontecido, acudiendo presurosa a procurarla, el sobre estaba cerrado con el sello real, dirijida a Doña Marta de Santander, no cabía duda que era para ella.

En el rostro de mi madre se pintaba un terror grandísimo, cosa que tuve que dar apertura a la carta.

Decía: Señora Doña Marta de Santander: tomo mi pluma, bien sabes, que cuando te quise, nunca te escribí y cuando escribo soy inexorable, porque solo escribo para sentenciar; así es, desgraciada Marta: cuando recibas ésta, aléjate de lo que corresponda a España; porque mi venganza será grade. Tú sabes el escándalo que habrá en todo el Reyno al saber que yo tengo un hijo bastardo. Aléjate mujer infeliz, no sabes lo que le hicistes a tu hijo: aléjate, porque odio todo lo que lleve tu sangre. Tú lo sabes que soy irrevocable..... Adios..... FELIPE.

Al terminar de leer la carta, mi madre se lanzó sobre los equipajes, quiso salir corriendo como una loca, tuve que cerrarle el paso, y me costó trabajo persuadirla que nada nos pasaría a nosotros mientras me encontrara a su lado, por que, por malo que fuere mi padre, nunca se atrevería a levantar la mano contra su hijo, el cual, éste nunca le había hecho daño alguno; pero mi madre no quiso entrar en razón,

cosa que tuvimos que abandonar a Granada precipitadamente.

Nos decidimos irnos a Barcelona, donde nos embarcaríamos para Portugal en la primera oportunidad que se nos presentara.

A los dos días de estar allí, encontramos un barco y nos embarcamos con tan buena suerte que a las dos horas de salidos del puerto, se levantó un temporal tan grande, que el Capitán tuvo que mandar ha amainar las velas, y entonces quedamos al garete, sin dirección ninguna, sólo, adonde nos llevara el oleaje, porque el timón se descompuso con los bandazos del viento.

Un día y una noche duró la borrasca; mi madre se puso gravísima, no contando con su vida, si no hubiera sido por que tenía un pasajero milanés un botiquín y me ayudó a prestarle todos los conocimientos de la ciencia, no hubiera salvado la vida.

LOS PIRATAS

Después de la borrasca vino un calmase tan horrible que los templados marineros estaban atemorizados porque no esperaban nada bueno.
Caía una llovizna contínua que las gotas parecían calientes, como si fueran arrojadas del cráter de un volcán; cosa que todos los marineros que se encontraban sobre cubierta tuvieron que correr a refugiarse en el interior del buque, so pena de perecer abrazados.

El Capitán dió la voz de alarma, pronosticando

que si continuaba la calma, y no soplaban brisas, el buque estaba seriamente amenazado por un meteoro.

Lo peces se mantenían a flor de agua, como temiendo alguna conmoción en el fondo del mar. Ya no había esperanza de salvamento, cuando, en lontananza se alcanzó a ver los fanales de un buque que se balanceaba de babor a estribor.

Un grito de júbilo repercutió en todos los corazones al anunciar el piloto el descubrimiento de un gran buque que navegaba con las velas desplegadas, como a una milla de distancia.

El Capitán dió órdenes a un marinero que se subiera en el trinquete y le hiciera señales para que viniera en nuestro auxilio. Hacía varios minutos que el marinero se encontraba subido, cuando bajó con la muerte pintada en el semblante; gritando: «¡estámos perdidos..... estamos perdidos!.....

Pero qué has visto? preguntamos todos. ¡Ay; nos dijo con tristeza. Nos espera una cosa peor que la muerte. La esclavitud.....

Un pánico se pintó en todos los semblantes al oír un cañonazo, intimando la rendición. Era un barco pirata turco de cuatro velas, armado de doce culebrinas de a diez y seis en los costados y dos arcabuces en proa.

Mas de ochocientos turcos tripulaban el buque pirata; subieron casi todos a cubierta, viendo que estábamos indefensos, en tres minutos abordron nuestro buque mercante. La marinería no alcanzaba a más de treinta tripulantes; pués como pasajeros solamente ibamos mama, yo y dos jóvenes mila-

nes, esa era toda la dotación del buque; según los datos dados por el Capitán, y mil bultos de algodón crudo, era todo el cargamento de nuestro buque; con gritos de júbilo acogieron nuestra rendición.

Nuestro Capitán se encaró valientemente con los turcos que desde que subieron a bordo comenzaron el saqueo, colérico e irresistible, sable en mano, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡fuera perros musulmanes! fuera de aquí! Tomó al Kaled turco por el cuello y rugió estas palabras: Oye Kaled, lo juro por los cuernos de Mahoma, que respetes las leyes del mar; nosotros no somos prisioneros suyos; nosotros somos náufragos, y nos acojimos a tu bandera como lo hubieran hecho Uds., si se hubieran encontrado en la situación nuestra, así es que ordena a tus piratas que no nos roben.

Veinte turcos, con las cimitarras en las manos, se iban a lanzar sobre nuestro Jefe, por el insulto a su Kaled, el Gran Alix-Bajá, Vice-Almirante de la Escuadra Turca.

Un estampido retumbó en el espacio, dejando estupefactos a los marineros turcos que se arrojaron sobre la cubierta de su barco como tigres acorralados.

Un segundo disparo resonó atravesando de parte a parte a los dos barcos que estaban unidos de estribor. Una gran escuadra española se presentó a la vista cañoneando sin cesar a la goleta turca. Los turcos, al verse perdidos, soltaron los garfios que tenían sujeto a nuestro barco y se alejaron a todas velas disparando sus culebrinas sobre la escuadra es-

pañola que la acribillaban sin cesar, barriendo su cubierta.

Nosotros presenciamos el combate sin cuidarnos de las balas que pasaban silvando por sobre nuestras cabezas. Nuestro barco se hundía rápidamente, no dándonos cuenta de éllo por lo embelezados que estábamos.

Si los botes salvavidas no nos llaman la atención, hubiéramos perecidos., Abandonamos el pobre «Hércules»; que sólo estaba esperando que nos recogieran para hundirse con honor, salvando nuestras vidas de una esclavitud bárbara; que nos regalarían los turcos en el aren de Alíx-Bajá.

El Vice-Almirante español nos recibió alegremente bajo el humo de los últimos disparos. Buena suerte tienen Uds. señores de escapar en manos de estos honrados marineros,

Si señor, le agradecemos a Ud. vuestra intervención, cosa que si Uds. hubieran tardado cinco minutos en llegar con vuestra escuadra, de seguro fuéramos encadenados en las bodegas del buque turco.... já.... já.... já.... rió alegremente el Vice Almirante español. Buen papel hubiera hecho el hijo bastardo de nuestro Rey Felipe VII....

Calle Ud. caballero, le repliqué implorante; no ve que Ud. me pierde, quizas Ud. tendrá alguna condolencia para este pobre jóven que no tiene patria, ni amigo ni un hogar seguro donde reposar la cabeza.

¿Qué dice Ud. desgraciado? replicó dulcemente. Talvez es fatal ser hijo de Rey.

Si, mi querido amigo; Ud. no sabe lo que pesa

sobre uno que tenga esa desgracia. No sabe vuestra Excelencia, que los descendientes de mi padre tienen en mí un peligro, porque ¡yo, como heredero al trono que soy, pero no habiendo descendencia no hay peligro.

Entonces es que lo hay, pués temen que yo pueda levantar al Pueblo o hacer trato con naciones enemigas; sólo para que me ayuden a conquistar el reino de España.

Ah! Ud no sabe lo que pesa sobre mí; en ninguna parte puedo estar seguro. por que ningún país amigo me dará hospitalidad, solo porque soy contrario; porque soy bastardo. Solo puedo convivir con los enemigos de mi patria. Quiere Ud. una desventura mas grande? Habra cosa peor que vivir como el Judío errante?

Bién, me replicó el Vice-Almirante: con lo que Ud me acaba de decir, de seguro quiere que lo deje en el primer puerto que encontremos a nuestro paso, al travez del Mediterráneo?

Si señor, ese es el favor más grande que Ud. me puede hacer en esta vida errabunda.

Pues lo dejaremos en el puerto de Liorna, es el puerto mas cercano que nos queda. De Liorna pasará a Florencia, que es ciudad hermosa por los jardines y paseos que hay allí; buscará el país que mejor le convenga para alejarse de sus compatriotas.

LA DESPEDIDA

Después de cinco horas largas de navegación, atracó el buque Almirante para desembarcarnos en

esa ciudad.

Me despedí de los compañeros de viaje, deseándoles un feliz arribo a nuestra querida patria.

Con miradas tristes veíamos el despegue del buque Almirante. Contemplamos la escuadra hasta que se perdieron en el horizonte las velas de las naves españolas.

Hubieron algunos curiosos que se pusieron a interrogarnos de que parte veníamos. Mi madre que conocía algunas personas en Liorna, en un coche nos fuimos directamente hasta la casa de un Gentil español que en un tiempo fué su amante. Vivía frente al palacio del Gobernador; en su casa pasamos tres días; mi madre enfermó de nuevo y tuvimos que marcharnos de Liorna precipitadamente para Florencia, a donde un sabio doctor francés que se encontraba en esa, le recetara alguna medicina que le mejorara su dolencia; todo fué en vano; la ciencia médica fué pobre para salvarle la vida. A los dos días de llegar a Florencia murió mi madre; mas de dolor y tristezas que de otra cosa, al ver las cosas humanas de la tierra.

Después de darle una hermosa sepultura a mi desdichada madre, me alejé de aquella ciudad, que no hacía más que recordarme el haber perdido a la autora de mis días.

SOFIA OLE WESKI

En una tarde de Agosto, me embarque para Holanda con una recomendación del Gentil-Hombre español de Liorna para la Augusta Soberana Guiller-

mina II, Reyna de los Paises Bajos de Holanda, que yo era un valiente soldado, que habia nacido en Holanda, pero que desde muy pequeño mis padres me habian llevado a Italia, adiestrándome allí en el arte de la guerra.

Como huérfano que era, y no conociendo a nadie en mi país, rogaba que me trataran con las consideraciones cual un hijo suyo. La Reyna me acojió con mucho miramiento, presentándome a sus gentiles-hombres de la Corte; cosa que me agradó en gran manera, por el buen trato que tenían los que iban a hacer mis compatriotas.

Lo primero que hice, fué introducirme con la nobleza de la Corte, lo cual siempre me encontraba en primera plana en la sociedad. Principalmente vestía con brillantes; mi madre me había dejado una fabulosa fortuna; era bien parecido, con veintitrés años y de familias nobles; porque el apellido que adopté fué el de un gran Duque desterrado que hacía más de veinte años que había salido de Holanda.

Cosa fué que a los tres meses llegué a ser el favorito de la Corte; la Reyna me nombró guarda-espalda de su Augusta Magestad, distinguiéndome entre sus lugartenientes; dándome una habitación en el mismo Palacio Real.

Esto me fué fatal, pués para desgracia mía vino a la Corte. Sofía Ole Weski, Princesa rusa, hija del Mariscal ruso Paulik Ole Weski, Kan del Cáucaso, en visita oficial, como Embajadora del Gran Emperador Alejandro Romanoff.

En su estadía en la Corte me enamore locamente, siendo correspondido de la misma forma por ella; amores secretos que culminó con el nacimiento de mi hija Azucena, cosa que resultó un escándalo tan grande, que tuve que tomar la de Villadiegos y marcharme para Flandes, en los Países Bajos, donde había una encarnizada guerra con España. Allí me alisté como soldado auxiliar del Generalísimo Cumly de Orly, haciéndome llamar Lecher.

Dos años duré en el frente, donde se combatía a diario, asignándoseme el grado de Teniente. Al terminar la guerra, me fuí a Rusia en seguimiento de la princesa para quitarle mi hija, para educarla, según las costumbres de mi patria.

Dos meses estuve que estar en Rusia para poder localizar el Castillo de Oles Weski, en el Cáucaso. Tuve que comprarme toda la servidumbre del Mariscal para poder sustraerle mi hija al endemoniado Kan; cruce toda la Francia e Italia para despistar al Mariscal que me perseguia encarnizadamente sin descanso.

Despistarlo era mi propósito, pero siempre me seguía más de cerca. Hoy será el último día que seguiré huyendole a un hombre; porque si con la espada en la mano me busca, con la espada me encontrará.

He hecho todo lo posible por arreglar amigablemente lo que él llamara su honra; ya que él no quiere, lo declaro en esta Memoria, por si muero asesinado, sepa mi hija quien pudo ser el autor de mi muerte!

LA CIUDAD ETERNA

Hoy estamos a primero de Julio; he estado toda la tarde paseandome por el gran Coliseo Romano, admirando la obra del hombre a travez de los siglos.

La Ciudad Eterna: allí está la Señora del Mundo; la Hija Mimada de Júpiter Capitolino; la Hija de los Césares y los Pontífices; allí está con sus monumentos sublimes, recuerdos palpitantes de grandeza y poderío.

La fé del cristianismo evocaba desde las Catacumbas la hora solemne en el signo de la redención humana.

Sobre aquella colina, donde pregonaban los Sacerdotes de los antiguos latinos, allí se alza el Palacio Monumental, la Iglesia de San Pedro.

Las colinas estan abandonadas, excepto la pendiente del Capitolino y el Quirinal. El Palatino, cuna de la Roma Antigua: del Esquilino; El Aventino; el Viminal y El Celio, apenas sostienen casas de campo y de jardines, donde el viajero no percibe vestigio de esa magnificencia envuelta entre las ruinas y el polvo de los siglos,

Roma es la urna de los grandes recuerdos y la tumba de cuantos grandes ha encerrado el Universo. Sobre los cimientos del Templo de Júpiter, en el monte Capitolino, se levanta el nuevo Capitolio.

Los héroes llevaron alli sus laureles y depositaban sus trofeos. El Capitolio moderno cuenta con

mil setecientas piezas, cuya descripción ocuparía volúmenes.

Después de esos regios Alcázares, sigue el Palacio de San Marcos, que perteneció a la República Veneciana.

De Venecia se va al Quirinal, que está en el Monte Caballo, y pasando por el antiguo Forum Trajani, se ve la célebre columna erigida por el Senado en honor de este Emperador.

La plaza del Monte Caballo, es notable por los dos caballos de marmol que tienen dos hombres por las riendas; en los pedestales se lée: «Opus Praxiteles».

Estos caballos son los que dan ahora el nombre a la montaña donde estaban los Baños Constantinoo.

El arco de este Emperador y el de Tito, están descubiertos, mientras que el de Septimo Severo, está sepultado tres o cuatro varas bajo el nivel de la Vía Sacra.

El Vaticano, ese grandioso edificio, cuyo costado se apoya la Catedral de San Pedro. Debe su primera piedra al Papa Ginaco; sus sucesores, y principalmente Sixto V., han emprendido obras que guarda el arte entre sus tesoros. Cerca del Vaticano y contiguo a San Pedro, está el hospital del Espíritu Santo. De aquí se pasa a San Onofre, donde está la tumba de Tasso.

El Papa Nicolás V, fundó una biblioteca en Roma, compuesta de seis mil volúmenes. La bibliote-

tá pintada por Perrin del Vagu. En esta misma sala se ven con sorpresa, cuadros de la espantosa carnicería de San Bartolomé.

En el Palacio de los Emperadores Romanos, jamas se ha puesto ningún cuadro de las proscripciones del Triunvirato.

La Capilla Paulína ofrece, entre otras obras de este gran maestro. la Crucificación de San Pedro y la Convención de San Pablo.

Los Frisos y las bóbedas son del pincel de Zúcchero; la Batalla de Constantino, por Julio Romano.

La historia de Atila, de Rafael y su Ttransfigu ración, que pasa por el primer cuadro del mundo.

La Ciudad Eterna, asiento y pedestal donde descansa esa inmortal figura del Pontífice, cuya grandeza han contemplado diez siglos a la luz es plendorosa del cristianismo, es todo un altar al Todopoderoso, donde arden peremnes las lámparas de la adoración y el culto Católico.

Cuatrocientos templos levantan al cielo el eco sonoro de sus campanas, saludando al Creador del Universo. Cuando ese poder temporal, ese Patrón del Orgullo Humano, se haya arrancado de la tierra de los pontífices, como el símbolo profano delante de las Augustas Magestades del Cristianismo, entonces no habrá una sombra en ese cuadro sublime, punto de intercepción entre el Hombre y el Hacedor; primer celaje de la bienaventuranza en el cielo sombrío de la existencia.

Roma! Roma, siglos tras siglos, elevará tus si-

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

ca fué dispersada en tiempo de Calixto III y restaurada pespués por Sixto IV. Clemente VII y León X.

Después, el ejército de Carlos V. la destruyó bajo las órdenes de Condestable de Borbón y de Filiberto, Príncipe de Orange, que saquearon a Roma en el Pontificado de Sixto V.

Martín V. la trasladó al Vaticano.

La Biblioteca contiene un gran número de obras raras y antiguas.

Hay dos copias de Virgilio que tienen más de mil años; están escritas sobre pergaminos, así como una copia hecha de Terencio, Minos; y otra copia hecha en el tiempo de Alejandro Severo y por su orden.

Allí se ven también los actos de los Apóstoles, en letras de oro. Este libro tenía una cubierta de oro adornada de piedras preciosas; fué un regalo de la Reyna de Chipre al Pontífice Alejandro VI, pero que los soldados de Carlos V, arrancaron esa cubierta, menos valiosa que el manuscrito

Hay una Biblia Griega muy antigua; los Sonetos de Petrarca, escritos con sus propias manos.

La obra de Santo Tomás de Aquino, traducida al griego por Demetrio Sedonio de Tesalónica, y una gran cantidad de manuscritos rabínicos,

El Vaticano posée en pinturas y cuadros al fresco, cuanto de maravilloso ha inventado el genio humano.

La Sala de Audiencias para los Embajadores es-

SORPRESA INESPERADA

El balandro español era una farsa, preparada de antemanos, por el astuto Mariscal, porque él sabía que algún día me decidiría ir a España. Estamos en alta mar en el gran Mediterráneo, cuando de pronto, cuando menos esperaba encontrarme cara a cara con el endiablado Mariscal, se me aparece dándole el brazo a su hija Sofía, que sonriente me miraba, como diciendo sálvate ahora pilluelo!

Mis primeros intentos fueron, atravesarle de parte a parte con mi espada; pero me contuvo la presencia de Sofía, me crucé de brazos, esperando que éllos me dirigieran la palabra; entonces el Mariscal, al ver mi impavidez, me ladró sarcásticamente estas palabras: falsario, vengo a lavar con vuestra sangre la honra de mi hija; si creístes que no sé quien sois, estáis equivocado, Ud. no es más que un bastardo degenerado, que en España te hacías llamar Felipe de Santander; en Holanda, Lofort y en Flandes Lecher y aquí, en Italia, te haces pasar por un americano de California.

Pués bien, le respondí yo sin inmutarme: Si Ud. conoce mi pasado, por qué persistes en amargar mi vida; no ves que soy un paria del destino, que por ser hijo de un Príncipe, hoy Rey, no puedo llevar un nombre fijo, sin peligro de perder la vida?

Bien, me dijo, Ud. nada hace con sollozar vuestro pasado cobardemente, por que el que la hace, la paga.

Ese insulto removió toda la altivez de la sangre real que corría por mis venas y olvidando que le pe-

mientes; todo en tí es intangible. Gloria a tí Ciudad Eterna, fundadora de las supersticiones humanas.

Allí, dijo un célebre escritor Romano, fué la cuna de la civilización donde saborearon las noblezas sus estirpes caballerezcas. Alquinson de los escudos al romperse contra las masas hecho pedazos y por las cuestas de las esquinas.

Hoy Roma es todo quietud; la grandeza del pasado descanza bajo una somnolencia inquietante, que añora la bulliciosidad, la festinidad del ayer.

Ya en Roma no hay libertos ni esclavos, todo es libertad lo que reina en la ciudad de Julio César, el gran Emperador Romano.

* * *

Han transcurrido dos años felices. Casi he olvidado la pesadilla pasada; estoy todo alegría, mi hija Azucena cumple seis años. Un balandro me espera en el puerto que en breve zarpará para la tierra más querida de mi alma, mi patria.

Al marcharme me entristece el corazón dejando el cielo azul de Italia; tierra feliz y hospiltalaria que me ha hecho amarla como mi segunda patria. En élla había olvidado mis más luengos dolores.

Pero tierra como la patria no hay ninguna; allí dejaré a mi querida hija, educándola en un convento, y yo me tornaré a mi vida errante por el mundo. Pero, ¡oh destino cruel!, cuando creí darle fín a mis desdichas incansables, caí en las redes que me tendía el enemigo.

pegaba al padre de la mujer que amaba todavía, y sabiendo que me encontraba en poder de un implacable enemigo, le arremetí un golpe con el puño de mi espada en pleno rostro, que cayó cual largo era pesadamente, a los piés de mi Sofía.

Un grito de dolor salió de su pecho al ver a su padre rodando por el suelo. No sé de mí; pero al verla que se debatía implorante, creyendo que yo iba ha asesinarlo en el suelo, no pude contenerme al verla tan bella y seductora como una diosa, implorando a mis plantas, le pedí perdón por el arrebato que había tenido.

En eso vino en sí el Mariscal y al ver el cuadro que se le presentó a la vista, ni siquiera lo enterneció; sino que se incorporó como un tígre sacando un puñal del cinto, arremetiéndome fieramente, bufando como un toro. A los bufidos, la tripulación que estaba sobre cubierta, acudió presurosa; agena de lo que estaba pasando en el interior del balandro.

El primero en acudir fué mi criado, un soldado que le había salvado la vida en la guerra de Flandes corrió a ponerse a mi lado con su puñal en la mano.

Yo me batía en desquite, porque no quería malograr al fiero Kan que me agredía sin cubrirse de mi tizona, que más de una vez tuve la vida de él entre mis manos; miramientos que él nunca los hubiera tenido conmigo; pués él, abuzando de mi noble corazón, al ver que no conseguía herirme.

Al presentársele la marinería; me la azusó cobardemente para que me asesinaran, desarrollándose un duelo a muerte; de diez marineros cosacos que se

componía la tripulación, arremetió el Capitán y el Contra-maestre contra mí y mi ayudante, pero eso no me arredraba batirme para defender mi pellejo contra un puñado de cosacos, que más valor tenían un millar de conejos que éllos.

La lucha no se hizo esperar, pués por diez lugares distintos me venían los ataques, pero la ventaja de mi parte, porque busque un lugar apropiado para mi defensa, que todos tenían que venirme de frente, y el que se ponía delante de mi tizona, era hombre muerto de suguro; como a los diez minutos, de combate, yacían seis a nuestros piés sin vida, y los otros, al ver la cosa tan fea, nos volvieron las espaldas a toda carrera, chillando que parecían poseídos de una locura espantosa.

El Mariscal subió a toda carrera a la cubierta tras de sus valientes cosacos, gritándoles: cobardes porque se dejaron matar tan salvajemente de tan pocos. Entonces yo me aproveché de la confusión de mis enemigos para ir en busca de mi hijita que se encontraba en el camarote del Capitán, pero ¡ay!, mi hija había desaparecido; pués Sofía, aprovechó el momento del jaleo para llevarsela adjunto de los demás fugitivos en un salva-vidas que había a bordo, embarcándose precipitadamente al encontrarse insegura ya a bordo del balandro,

Canallas! exclamó Milton: nos han lucido Ahora, como vamos a salir de este atolladero, si estamos maniatados en este balandro?

Te engañas Milton, pronto le daremos caza, pués éllos quisieron burdarnos y se equivocaron gran-

demente, pués yo se darle al timón, y con lo algo de náutico que también sé; espero darles caza antes que se ponga el sol.

Manos a la obra Milton, aparejemos las velas y renovemos el trinquete. Nos pusimos a trabajar seguidamente, algunos minutos fueron los que empleamos, pués todavía Milton subido en el trinquete alcanzaba a ver el bote que navegaba rumbo a las costas.

La caza duró varias horas: parece que se apersivieron de nuestra maniobra y remaban con desesperación; la brisa que estaba amortecida les favorecía intensamente, pero la suerte les fué contraria, porque se levantó un borrascoso brisote del norte que a los pocos minutos los tuvimos a tiro de fusíl; cambiando varios disparos. Milton que era un buen tirador, puso fuera de combate a los cuatro cosacos que iban remando; cosa que el Mariscal, al ver lo feo que se había puesto la cosa, empezó a pedir misericordia, dejando el bote sin gobierno; que el balandro le dió un choque tan fuerte que lo partió por mitad, cayendo padre e hija y los demás fugitivos al mar.

Todo lo que hice por defender el choque fué en vano, sabiendo que en él iba la vida de mi hija, Sofía que era una ágil nadadora, reapareció a la superficie con su hija en los brazos; le grité a Milton que la fuera a socorrer; yo no podía prestarle ninguna ayuda pues quedaría el balandro al garete; lo único que hice fué echarle al agua un botecito que había a bordo, y bajar las velas como Dios me ayudó, favoreciéndonos la suerte, pues se presentó en-

seguida que bajé las velas una calma, quedando el balandro balanceandose sobre las olas.

MUERTE DEL MARISCAL

Dos horas después de la lucha con las olas, pudo traer Milton el botecito al costado del balandro. Sofía lloraba amargamente la desaparición de su padre, que no volvió a reaparecer a la superficie; todo lo que hice por consolarla, fué inútil; porque su desesperación llegó al colmo de querer tirarse al mar.

Ni los ruegos, ni los lloros de su hijita, fueron suficiente para calmarla. Tuvimos que amarrarla para que no lograra su intento—cosa de la vida—; mi Sofía se había vuelto loca.

Lágrimas a torrentes brotaron de mis ojos al ver tantas desgracias ocurridas en tan pocas horas. ¡Oh Dios mío! Por qué siempre va la fatalidad a mis pasos, sembrando la muerte y la desgracia por doquiera que voy?

Siento como si el ocaso hubiera robado toda la negrura a la noche. Un cortejo fúnebre, parecía más bién el atraco del balandro al muelle. Sofía se había calmado un poco: y así pudimos llevarla al hospital. El Dr. me pronosticó un mal augurio, y era que Sofía no tenía cura, al oír tales palabras, me tornè cabizbajo por las calles con Azucena de manos y mi fiel Milton.

Sofía quedaria recluída para siempre en un manicomio, mientras yo me tornaría á mi vida errante

por el mundo.

Pero no era así; una mano alevosa buscaba mi pecho para herirlo, pués tres disparos hechos desde el rincón de una taberna, atravezaron mi pecho, cayendo bañado en mi propia sangre, donde fuí recojido por Milton; pero mis heridas eran mortales, tres meses duré entre la vida y la muerte y en este transcurso le dí fín a esta memoria para que, cuando mi hija llegare a mayor edad, sepa quiénes fueron sus padres. (firmado):—FELIPE DE SANTANDER.

* * *

Al terminar de leer el legajo Pedro se quedó pensante y confuso, meditando en las intrigas humanas. Quién iba a creer, que esa tabernera fuese nieta del Gran Rey Felipe VII, Señor del Nuevo Mundo! .....

Pués bien, dijo Pedro para sí; yo he de desenmascarar este misterio.

Se acabó de vestir y se fué a tomar el almuerzo, pasando desde allí hasta la taberna acompañado de Martín; por el camino, Pedro le puso al corriente de lo que trataba de hacer.

Muy bien, replicó Martín, esas son cosas que no nos conciernen a nosotros, pero ya que esa chica se ha puesto bajo tu palabra de caballero, su confianza es honor; y es digna de prestarle nuestra ayuda.

Bien hice Martín, en confiarte el secreto que a mí sólo me pertenecía. Pero confiaba en la nobleza

de tu alma para aquel que necesita ayuda cuando la suerte le es adversa. Cuento contigo para que operemos juntos.

QUIEN MATO AL GUARDA ESPALDA

Gracias Pedro. Es un honor muy grande el que me haces, al hacerme tu confidente. Tu bien sabes que en tratándose de algo que te concierne, me tienes a tus órdenes.

Conversando iban hasta que llegaron a la taberna; saludaron a Azucena y se sentaron en una mesa cercana a la puerta. Al verlos llegar Azucena, le hizo una señal a Pedro para que se le acercara; Pedro le estrechó la mano efusivamente; le presentó a Martín, devolviéndole el cartel con los legajos.

Bien, replicó Azucena. Ud. leyó las memorias?

Sí Azucena, por eso he venido donde Ud. para que me haga algunas explicaciones que no he podido entender.

Primeramente; supo Ud. quién mató a su padre?

Ya lo creo que si; si nó, no abrigara la esperanza de vengarlo, ni hubiera buscado un protector.

Entonces Ud. sabe dónde se encuentra el asesino? No lo adivina Ud? En el tabernero!

Pero cómo lo sabe Ud?

Porque cuando asesinaron a mi padre, el único sobreviviente de la catástrofe que se pudo salvar,

fué él. Mi padre en su memoria dá detalles de los cuatro cosacos, y no menciona al Contra-maestre ni el Capitán. Pués quiere decir, que el Capitán o el Contra maestre fueron los que cometieron el asesinato de su padre? Pero a su muerte, Ud. no tenía seis años?

Precisamente, amigo Pedro, esa era mi edad; quizas Ud. recordará algo de su infancia.

Si, Azucena, recuerdo muchas cosas de los primeros años de mi infancia.

Entonces, escuche Ud., venga conmigo para que hablemos donde nadie nos oiga. Hoy tenemos tiempo suficiente, porque Timoteo no está aquí y no viene hasta en la noche, y en la taberna de día no acostumbran a venir más que algunos trasnochadores a dormir.

Pués hace diez y seis años que Timoteo conserva este legajo en su baul, no se porque no lo ha destruído, pero parece que la providencia siempre le guarda una prueba a los malvados; este mismo legajo se lo veía siempre en la mano tratando de abrirlo, cosa que creo nunca pudo lograrlo, hasta que ésto llamó mi atención, el cual tampoco pude abrir, siendo la casualidad, que un día se abrió por si sólo, al tocarle un resorte. Cuán no sería mi sorpresa al encontrar éstos legajos de papeles. Inmediatamente me llamó la atención y me puse a leerlos.

¡Oh Dios mio!; desde ese momento volvió a mi mente el recuerdo del pasado, mis padres; cada vez que llegaba algún pasaje, mis ojos se me enturviaban de lágrimas, entonces a mi memoria vino el re-

cuerdo fatídico del drama del balandro; el tabernero era el Capitán del balandro, y el único superviviente de los criados del Mariscal—mi abuelo—quien vengó a su amo matando a mi padre; y aprovechó a la vez, la oportunidad de enriquecerse quitando del medio a Milton. No lo crée Ud. así señor Don Pedro?

Es lo mas fácil que pudiera haber sucedido así, porque si no hubiera estado reconocida el Mariscal, no te hubiera adoptado Azucena, y este reconocimiento, lo hizo recojerte y no abandonarte en la calle

EL CAPITAN PERCI

En esto se que está el misterio; lo único tangible, es que cuando pequeña, se cruzó en mi camino; pero no sé, donde ni cuando por vez primera; y estoy segura que fue en el balandro.

Entonces, cuál es la causa que Ud. crée que lo hiciera venir a él a América?

No pudo ser otra cosa, que la vida escandalosa que llevaba en Europa, porque aquí, todo lo que ha conseguido, es para tirarlo a los dados y embriagarse; no sé como ha podido sostenerse hasta ahora.

Yo si sé, tontuela. No vez que él casi no para aquí de día; es porque de seguro, forma parte de alguna secta misteriosa. Esto me lo entregará en mis manos, entonces lo acusaremos. Quiere Ud. Azucena así?

Sí Pedro, como Ud, lo haga está bien.

Adios Azucena, hasta muy pronto, recuérdeme

y confíe en mí, porque cuando Pedro ofrece, muere o lo cumple.

Adios, le respondió Azucena tristemente. acompañándolos hasta la puerta. Dos veces volvió Pedro la vista y se encontró con la de Azucena. Ella le sonreía desde lejos

* * *

Qué tal Martin la pollona! Oh muy graciosa!; vale la pena de arriesgarse el pellejo por una sonrisa y una mirada de sus ojos nórdicos.

Oyes Martín, decía Pedro, la lucha que vamos a llevar a cabo es muy desigual, porque vamos a luchar con gentes que sólo matan a traición. Tenemos que ampliar la astucia y un valor a toda prueba, porque verás cosas entre esos canallas, que le helará la sangre al mas valiente.

Calla! que ahí viene el patrón!

Pués como están muchachos?

Esperándolo Patrón.

Seran bien recibidos muchachos. Basta que traigan una recomendación de Timoteo, ahora veremos si Uds. resisten las pruebas.

Pruébenos Patrón y verá si no quedará satisfecho de nosotros.

Alla veremos: vengan conmigo. para que almuercen con los que van ha hacer muy pronto compañeros vuestros. Bajamos toda la calle hasta que llegamos al muelle; donde se erguía un caserón que, se-

gún decían, era el depósito de una compañía naviera, tocó la puerta y apareció una vieja en el dintel que parecía un murciélago de fea y negra; que según el Patrón, era la portera.

Mira Mamá Gonzaga, estos dos mozos que veis aquí, muy pronto serán de los nuestros; trátemelos como si fuera yo mismo. Así es que Uds. quedan con mamá Gonzaga, élla los conducirá hasta la Despensa donde están los otros marineros.

Entonces, la vieja cojió delante y empezó a bajar y a subir escaleras tras escaleras.

Oye Martín, fijate bien para que cuando nos toque venir a nosotros solos

La vieja siguió su deseenso hasta que llegó a un salón donde habían sacos, muebles, cajas y toda clase de objetos.

Seguimos hasta que llegamos donde había una empalizada con fuertes barras (barrotes de madera)

Llamó a la puerta y al momento sonó una campana.

Quién? gritaron desde adentro.

Hombres del mar, contestó la vieja.

De parte de quién?

Del Viento y del Sol.

Que entren.

Rechinaron los goznes y apareció un negro, que era un perfecto gigante africano, como nunca había visto hombre alguno; con una voz que retumbó cual trueno. Se dirigió a mamá Gonzaga ... Ka, aquí

manda el Patrón estos dos señores para que los adiestren en vuestra profesión....

Muy bien, mamá Gonzaga.

Dejándonos solos con el negro africano, la vieja al hacer nuestra presentación Bien. nos dijo éste, cariñosamente Vengan hijos mios para que se inicien en nuestra santa profesión.

Nos miró como quien mira a dos adolescente, y lanzó una carcajada que retumbó todo los ámbitos del viejo caserón,

Pasamos a dos departamentos más hasta que llegamos donde habían unos ocho hombres jugando a los dados, con botellas de licor en la mesa. Ni siquiera volvieron el rostro cuando nosotros entramos. Discutían animadamente sobre un cargamento que debía llegar, y a la vez tiraban los dados, vociferando como diablos.

—Eh!—les gritó el gigante—, no respetan Uds, ni la visita de estos señores?

Todos se pararon como movidos por un resorte y clavaron sobre nosotros la vista. Hombres del mar: díjole el gigante, véis estos señores? gozan de la protección del Patrón; así es que muy pronto van a ser camaradas vuestros; trátense como hermanos y dejen de buscar tretas con otros.

Entonces se levantó el más alto de todos, y nos dijo cordialmente: bienvenidos séais entre nosotros; descorchó una botella de Jerez, llenando las copas, nos invitó a chocar con él. Tomamos el Jerez y le dimos las gracias. En ese momento nos llamó el gi-

ganton para que fuéramos a la mesa, que el almuerzo estaba puesto.

Era un almuerzo suculento el que nos esperaba; comían como príncipes. Creo lo único que hacían bien en la vida; el alimento lo compartimos muy animadamente. contaban unas historias que horrorizaban. A pocos ratos llegó el Patrón con una ensarta de pescado dando tumbos. ¡Hola! nos dijo, me alegro que se traten como viejos camaradas, que días llegarán felices para Uds. no muy lejanos. Con un viva acojieron las palabras de su jefe.

Pues bien muchachos, dejadme solo con estos señores. Vamos a ver lo que Uds. saben hacer.

Pues Patrón: replicó Martín, yo se tirar a la pistola como pocos.

Entonces haced la prueba. Id y tomad ese maniquí que está sobre ese armario; pónlo sobre ese taburete; si logras introducir los dos tiros de esta pistola, entre su boca; te declaro el mejor tirador de mis hombres

Pués bien, lo haré Patrón.

Entonces, pontes a diez pasos de distancia y a una señal mía dispara.....

Así lo haré Patrón.

Una, dos, y tres..... fuego .....

Sonó un disparo ..... y la bala dió en el blanco.

Vamos a ver, tira de nuevo.... Uno, dos y.... tres. Fuego....

Y la bala dió otra vez en el mismo blanco.

Bien hijo, eres un gran tirador, te tendré presente .....

Ahora Ud. jóven, venga, hagamos la prueba.

¿Qué arma sabe Ud manejar?

Pués Patrón, mi arma favorita es la espada.

Gran pretensión de Ud. jóven, porque la espada solo se hizo para ceñirla Duques y Marqueses y no un contrabandista de nosotros, pero está bien, haremos la prueba, si Ud. se atreve a medir su espada con el negro Simón. y, si se sostiene cinco minutos frente a su tizona, lo acepto.

Pués llámelo Patrón.

Apretó un timbre y en el acto se presentó el negro gigante. Oye Simón, te atreves a medir tu sable con este pretencioso?

Lo compadezco Patrón, pero ya que Ud. lo quiere, me batiré con él. Pués manos a la obra; no perdadamos tiempo.

Salió el negro de la estancia y a pocos ratos reapareció con dos enormes espadones; y con una siniestra sonrisa me dijo que eligiera la que mas me agradara eligiré é-ta la más liviana, para así poder defenderme mejor.

Contrapesóla y eligió una de las espadas que tenía una cruz. Tomaré ésta porque más de un caballero la ha blandido en su diestra, así sea, me dijo burlonamente, pués en guardia, me gritó tirándome una estocada capaz de partir un toro por mitad. Pedro se hechó a un lado y le tiró una es-

tocada que se la introdujo como dos pulgadas en el hombro derecho; bravo! exclamó el Patrón,

Ya no dirá Simón que no ha encontrado en mi cuadrilla quien le iguale con la espada. Llovían mandobles a diestra y siniestra; que parecían rayos de fuego. Pedro siempre se mantenía firme en su puesto; gritos de amenazas brotaron de los labios de Simón, que los otros contrabandistas al oir el ruido corrieron a apercibirse de lo que estaba pasando.

Cuál no seria su sorpresa al ver a su famoso espadachín bañado en su propia sangre; no pudiéndo contenerse, le gritaron: dale en la cabeza; atraviésalo de parte a parte: pero toda la agilidad del negro espadachín se volvió un trapo frente al machete de Pedro. El Patrón dió por suspendida las pruebas.

Bien, nos dijo el Patrón. Uds. gozarán de mi estimación, es de admirarse vuestra superioridad; tanto uno al otro. Gracias Patrón por vuestro elogio. Esta noche tendremos trabajo?

Es seguro muchachos, a las ocho de la noche los espero en el muelle, que yo me reuniré con Uds. allí.

Espérenos Patrón, sin falta.

—Adios hijitos.

—Adios Patrón.

Esta noche daremos el golpe Martín, que es la mejor oportunidad para nosotros. antes que Timoteo se dé cuenta de esta treta: pués se la hemos jugado de buena. Quién hubiera creído que en ese caserón se escondían una pandilla de contrabandistas de la peor especie, cosa que no es imposible Martín, por.

que el nuevo Gobierno de la Colonia ha puesto demasiado subido los aranceles aduaneros, y éllos, en combinación con varios comerciantes hacen contrabando y lo meten por las narices de los Aduaneros.

Pero no hay peligro Pedro. de que los sorprendan?

Aquí no hay ninguno, porque no prestan gran vigilancia, pero en otros países que hay guardacostas constantemente, haciendo rondas, se les hace dificilísimo introducir un contrabando y cuando lo hacen, es a tiros con los carabineros que siempre tienen el ojo avisor.

Entonces, no nos será difícil a nosotros sorprenderlos?

No lo ceras Martín, éllos se encuentran impune de que los sorprendan, pero no obstante, van armados hasta los dientes. ¡Precaución Martín, por un caso inesperado!

Entonces tendremos que sostener un combate con ellos para poderlos reducir a prisión?

Si Martín. Esto te asusta?

No Pedro; pero vamos a ser nosotros dos contra esa pandilla de canallas?

Pero que tonto eres, crées acaso que voy a arriesgarme el pellejo tan tontamente? No lo creas chico. enseguida voy a avisarle a Don Juan Sanches Ramírez, para que él destaque una chalupa bajo nuestra dirección, con ocho o diez milicianos.

Crées que se dejarán sorprender sin defenderse?

Eso no lo sabe nadie, porque son más astutos

que los zorros.

Oh!, hemos llegado al Conde sin darnos cuenta!

Claro que sí Martín, hace rato que venimos caminando. Parado sí que no se llega a ninguna parte.

De seguro.... já.... já ... já....; Pedro siempre, que chistoso eres; siempre te sales con las tuyas.

Pués, adios Martín. Espérame en la Fortaleza, que yo voy a casa del Gobernador a ponerle al conocimiento nuestro descubrimiento.

* * *

Sabedor Don Juan Sánches Ramírez del plan revolucionario que estaba surgiendo, comandado por el Capitán Italiano Clauco Perci, trama preparada casi sin ninguna cautela, cosa que Pedro creía que se trataba de algunos contrabandistas, que tenían su campo de operación en el gran caserón misterioso; pero la cosa era diferente; se trataba nada menos, que de un atentado contra el Gobierno del Gran Brigadier Don Juan Sánches Ramírez.

LA CELADA

El deber me llama a mi puesto Don Juan y solo espero vuestras órdenes para operar.

Gracias amigo mío, contestó abrazándolo cariñosamente; yo sé Pedro que entre mis valientes soldados, siempre ha sido tú el primero en constancia, valor y gallardía; quizas en no lejanos días no serás el último de mis subalternos, pués nuestro magnánimo Rey, premia siempre al que le sirve con celo y lealtad. Además, de mi parte, espero hacer de tí

uno de mis hombres del mañana.

Descubierta la trama revolucionaria; Don Juan Sánches Ramírez ordenó la detención de todos los culpables, siendo Santana el encargado de tal ejecución. A las ocho se presentó a la cabeza de doce milicianos a la cita que le dió el mismo Capitán Perci, con el sobre nombre de Patrón.

Al llegar Santana al sitio, todavía el Capitán Perci no se habia presentado con sus gentes, cosa que le dió gran ventaja, porque así podían hacerlos rendir sin necesidad de una escaramuza.

Pedro escondió sus hombres detrás de unos enormes cajones que habían en el puerto, el cual se encontraba desierto, aunque pobremente alumbrado por algunos faroles. Solo se oían los pasos del vijilante del puerto y los de algunos transeuntes que se aventuraban a tales horas por las calles; se aventuraban, digo, porque en aquellos tiempos la Ciudad de Santo Domingo, desde que daban las nueve de la noche, todos los habitantes se recojían y los vecinos cerraban sus puertas, por temor a que algún ratero aprovechara la obscuridad que reinaba para cometer sus fechorías. Eran muy pocas las calles que contaban con alumbrado, pués en las únicas partes que permanecían fijos los faroles encendidos, era en las plazas públicas, y esto, los días festivos, que después, cada vecino estaba encargado de contribuir para sufragar los gastos del combustible, según la categoría del pudiente.

El muelle se encontraba sin duda alguna esperando algún buque aquella noche. Habían dado las diez y ningún rumor se escuchaba por parte alguna;

ya Pedro se encontraba impaciente, cuando rechinó la puerta del caserón misterioso, saliendo varios hombres de su interior, en dirección del muelle.

—Hace tres días que salió y todavía no ha llegado a este puerto!

—Eso me dá mal agüero—respondió una voz estentórea -, en la que Pedro reconoció al negro espadachín.

—¡Alto¡—gritó Pedro—, doce mosquetes relucientes apuntaban al pecho de los contrabandistas que no esperaban tal sorpresa.

A la voz de alto, el Capitán Percí, repuesto, contestó con voz de trueno:

¿Quién se atreve a atropellar a pacíficos ciudadanos?

—Con una carcajada acojió Pedro las palabras del Capitan Percí, el que al oirla exclamó: Hoe! Que me despedace un tiburón si no es nuestro jóven espadachín, el que venció a Simón el negro.....

—No se ha equivocado Ud. Patrón; al medio día era un camarada vuestro; según Uds., pero ahora, no soy más que un representante de la ley.

—¡Ud. no es más que un traidor!

—Sea lo que fuere, le suplico a Ud. y a sus camaradas acompañarme a la Fortaleza, que si no hay ningún cargo contra Uds. los pondrán en libertad desde que amanezca....

—Bien, si es eso lo que Ud. quiere, no podría complacerlo!....

—Mire, Capitán, Ud. es quien se hace daño con esto, porque ya no hay resistencia que valga, no vé que está cercado por doquiera?

—Así es—dijo el Capitán Perci tristemente.—Hágase tu voluntad, Señor; torpe de mi, que fuí burlado como un niño.

—En marcha—ordenó Pedro—que no hay que asustarse por tan poca cosa.....

SENTENCIADOS A MUERTE

Juzgado por un Consejo de Guerra fué el Capitán Perci y sus compañeros. No hubo misericordia para éllos. Pedro abogó por el Capitán Perci, pero Don Juan Sánches Ramírez se mostró implacable. Fueron llamados para ser juuzgados.

—De qué se me acusa?—exclamó el Capitán Perci—delante del Jurado.

—Se le acusa—dijo Don. Juan Sanches Ramírez—de levantar al pueblo contra mi Gobierno.

—Eso es falso—exclamó con fiereza el Capitán.

—No lo es, Capitán—, porque Uds. fueron hechos prisioneros armados hasta los dientes.—Decidme, Capitán, que iban a hacer Uds. con esos armamentos a tales horas?

Un silencio fué la respuesta de los acusados. Entonces el Jurado los declaró culpables. Una sola palabra hubiera bastado para salvarse el Capitán y sus compañeros; pero Perci no quiso mentir, creyendo que la sentencia no llegaría a ser tan cruel. El mis

mo Pedro se engañó. No creía que Don Juan Sánches Ramírez llegaría a hacerse Sr. tan absoluto para colgar del cuello y sentenciar la muerte contra un grupo de ciudadanos, que no tenían más crimen que protestar contra un gobierno que no era bien mirado por algunos partidaristas franceses, entre los que estaba el Capitán Perci, que era de origen italiano.

Un murmullo se esparció en la Sala del Jurado, al ver el silencio con que acogieron los revolucionarios la referida sentencia.

Don Juan Sánches Ramírez ordenó leer el veredicto dado, que decía así:

«Hoy, 25 de Noviembre del año 1810, Yó, Don Juan Sanches Ramírez, Brigadier Militar de La Española, declaro al Capitán Clauco Perci, de nacionalidad italiana, y a sus demás compañeros. acusados de inculcar al pueblo levantarse en armas. Estando victo y confesos, serán pasados por las armas; ejecución que se hará públicamente para escarmiento del pueblo».

Antes de ser sacados del Juzgado, Pedro pidió a Don Juan Sánches Ramírez permiso para interrogar en presencia del Tribunal, a uno de los sentenciados, que no era otro, que nuestro tabernero Timoteo.

Con paso tembloroso Timoteo se acercó al Presidente del Jurado. Pedro pidió al Jurado que le perdonara la vida al gigante de tabernero, si declaraba la verdad en lo que se le interrogase.

El tabernero juró declarar la verdad. Entonces Pedro sacó el testamento del hijo bastardo de Fernando VII, y le dió lectura en voz alta. Al terminar

Pedro de leer el Testamento, cayó Timoteo de rodillas y sollozando como un niño; pero ni una palabra quiso decir que fuera verdadera.

Terminada la Audiencia se fijó la ejecución para las tres de la tarde, tanto en lo que se refería a la del Capitán, como a la de sus compañeros. Las cabezas de los ejecutados fueron colgadas en los sitios públicos a manera de escarmiento. Sus cuerpos descuartizados y fritos en alquitrán.

Tres días más tarde llegó al puesto de Santo Domingo el buque que esperaban los desdichados revolucionarios. Pedro no le comunicó a nadie, que se encontraba en esta ciudad la nieta del hijo bastardo del Rey Fernando VII, sino que le ayudó a liquidar todo cuanto le pertenecía, despidiéndose de ella, embarcándola en un bergantín que llevaba rumbo a Francia.

La despedida fué triste para ambos. Azucena quiso que Pedro la acompañara a Francia, pero éste se negó, ya que otras cosas que tenía que cumplir, lo retenian aquí; tenía que cumplir un deber sagrado. Cuando llegó la hora de separarse, en un abrazo se confundieron aquellos dos corazones que habían unido la casualidad. Largo rato estuvo Pedro contemplando la nave hasta que se perdió en el horizonte .....

Al sentir el vacío que dejaban aquellas personas; unas que habían muerto, y otras que se ausentaban para siempre, lloró amargamente como un niño...

Así, pensando tristemente, se decía: Todo se ha evaporado a mi alrededor! Será un sopor la vida? Dios mío, cuán difícil es comprender lo que es la vida! Ayer un amor y hoy un dolor!

Mi corazón no ha cicatrizado la herida que aquellos ojos embrujadores me dejaron. Una llama abrazadora destroza mi alma y atormenta mi vida. Ese amor me será fatal, pero que hacer, si ella está grabada en mi corazón con letras de fuego. Cómo olvidarte, mujer de mis amores, si tú eres el astro que resplandece en mi negrura. Alma de mi alma, vida de mi vida....

Así deliraba Pedro con los codos sobre la mesa y las manos en las mejillas. Decidido a escribirle, formuló la carta siguiente:

«Oh mi Alfida:

«No puedo estar sin verte. Esta carta que te escribo, será mensajera de mis más luengos dolores. Si Alfidita mía; sólo pensar que no puedo darte mi nombre, porque tu padre se niega a ello; sólo porque no tengo dinero, me desespera la desgracia de ser pobre.

Tu sabes bien, Alfida mía, cuán grande es el amor que mi alma enamorada siente por tí. ¡Oh dulce angel mío, tú no sabes lo mucho que ha sufrido este corazón que muchas veces llamastes tuyo! ¡Ay! Si tú supieras lo mucho que he sufrido alejado de tus lares! No hay pluma que pueda describirlo. Cuánta falta me hace hoy tu voz, armoniosa como un haz de notas; suave como el susurro de la brisa; fragante como el perfume de las flores.

¡Oh, tus ojos, mi dulce Alfidita!, cuando recuerdo que me he mirado en ellos, como hechos de ensueños y ternuras, llora mi corazón amargamente.

Tú sola puedes salvar a este pobre adorador do-

lido, que errante vá de calle en calle, llorando el amor que ha perdido.....

Ven, Alfidita mía, que mis brazos te esperan. Oye la voz del amor que llama. Ven, no me hagas sufrir más. Ven, que muero. No vez que no puedo más con este corazón?

Ven, que las verdes campiñas donde por vez primera te hablé de mi amor, de mis delirios, saben de mis cuitas y de mis penas .....

Con un silencio han acogido mi letania. Ven, que tuya será mi existencia. Nunca un negro sol alumbrará nuestro ocaso, que el amor que te ofrezco es feliz y bueno, como tú lo has soñado ...

Un beso de amor a cada paso, será nuestra existencia, y en él columbrará un nuevo sol, un nuevo astro y como un recuerdo, nuestro amor irá a la historia.

Cuando viejecitos los dos, con nuestros hijos, éllos rocen con sus labios las hebras de plata que en nuestras frentes penderán como un hilo de fulgores; Alfida mía, hay cosa más grata que vivir en la paz del bohío, admirando las aves cuando saluden con su cantío el despertar de la aurora en la mañana que se agiganta, derramando en chorros sus lampos de oro, hay cosa más feliz, dulce amor mío?

Tu Pedro», que no te olvida.

LA CARTA

Al terminar de leerla, Alfida se sentó en su mesa, de noche pensativa y triste. Que hago Dios mío? lo quiero tanto, que mi vida es un martirio lejos de

sus brazos. Qué haré, madre mía?, ilumíname, que me siento cansada de la vida. No sé por que!; si apenas he vivido quince abriles,—diré como dijo un poeta enamorado—: «Diez y ocho años amada mía. cuenta tu jóven enamorado; vivir para tí, esa es mi vida». ¡Oh la muerte me daré en tus brazos! Así le diré a mi Pedro.

Fué a la cómoda, tomó papel y pluma y se puso a escribir.

«Pedro mío, cuantas lágrimas han brotado de mis ojos desde aquella tarde, en que por última vez te ví; gallardo, magestuoso frente a mi padre, defendiendo nuestro amor con gallardía ....

Si, yo lo sé; mi padre negó el consentimiento, pero sabedlo bien, ángel mío, que este amor que palpita ardientemente en este corazón, no lo puede borrar palabras vanas.

Ven que mis brazos ansiosos te esperan; ven; llévame donde el hado cruel no nos haga sombra y el hastío no cance nuestros corazones; mi vida es tuya, tú lo sabes, Pedro mío, no te pertenece acaso? No recuerdas cuando tus brazos de títán, luchando un día con las olas hasta robarle su presa, me salvastes la vida?

Pués bien, yó lo recuerdo. Recuerdo aquellas flores que me distes, al suave susurrar de la brisa en aquellas campiñas, donde por vez primera me jurastes tu amor? Aún las conservo como algo muy tuyo.... Sabes por qué?, porque las rosas se deshojan y pierden sus aromas. pero, no obstante, re crecen el amor a quien la guarda, porque recuerdos gratos son....

Sabes como te he soñado Pedro mío? Muy grande....., muy grande.... Comandando legiones de soldados; marchando victorioso por doquiera, al empuje de tu prepotente diestra. Créemelo Pedro mío, que el corazón de la mujer que ama no se engaña nunca. Ven, que aquí la vida me es odiosa; sólo tú me eres grato en la vida. —ALFIDA....»

Cerró el sobre y se dirigió al jardín en busca de Pilín, que al no encontrarlo, lo fué a buscar a la cocina; este en la cocina conversando como un perico.

Oh! Pilín?....

—Allá voy, señorita, espere que le estoy contando a Bastín, como los piquetes paseaban por las calles las cabezas de los revolucionarios, clavadas en picas.

—Ven Pilín, no cuentes eso, que horroriza hasta a los más valientes.

—Ya voy señorita, paqué me quiere Ud?

—Qué Pilín? tan pronto te olvidastes lo que te trajo aqui?

—Ah! es verdad, el señorito espera la contesta —la tiene Ud. talvez ahí?

—Sí Pilín, y ten por entendido que te ganates el vestido, porque no le he puesto cosas malas ...

—Ah! yo lo sabía, pués yo le dije al señorito que Ud. era muy buena y nunca le escribiría cosa mala alguna.

—Le dijiste éso, no a una persona extraña?

—Pero yo creía que Ud. le conocía.

—Si Pilín, yo lo conozco—. Vete antes que venga Papá.

—Adios señorita.

Que vuelva. Alfida cerró la verga y Pilín se tornó por la calle, lleno de gozo, al ver lo felizmente que había hecho su venta, y el mucho dinero que llevaba. Al dar la vuelta al Parque Colón, alcanzó a Pedro que se paseaba impaciente, que al verlo correr; vino hasta él, contándole lo feliz que había llevado su encargo.

Vamos, le dijo Pedro, estrechándolo entre sus brazos, te ganaste el vestido? Vamos a la tienda para comprártelo.

Desde que salió de la tienda se encaminó hasta el fuerte de San Gil, donde Santana lo ocupaba como Cuartel. Desde que llegó se sentó a releer la carta; al terminar no pudo contenerse, sino que corrió a despertar a Martín, que éste no sabiendo lo que pasaba, al sentir el alboroto, se levantó puñal en mano, creyendo que se trataba de algún asalto al Fortín.

Abrázame Martín!

Pero que te pasa Pedro?

Nada Martín, me encontraba siendo el más infeliz de los hombres al terminar de leer esta carta de mi adorada, y siendo tú el hermano, el amigo, quise que compartieras de esa felicidad que me embarga, pues me siento el hombre más feliz de la tierra, al pensar que una felicidad que la creía perdida, vuelve a nacer más encantadora. Yo te lo decía Martín, que si

yo le proponía que la raptara, lo aceptaba .....

Pués bien, ella me dice que vaya a buscarla, que no puede vivir sin mí. Cuál es tu parecer Martín?

—Raptarla Pedro—, ese es lema favorito de nosotros

—Pués bién, hágase tu voluntad, exclamó Pedro alegremente.

EL RAPTO

Las nueve acaban de dar en el reloj público Pedro y Martín no aparece con los animales. Me dá un presentimiento el corazón.

¿Por qué vá a tener presentimientos Alfida? Nuestro amor es puro como ese firmamento. Nadie podrá arrancar de nuestros corazones este amor que abraza y confunde nuestras almas.

Te engañas Pedro, mi padre piensa distinto en la formalidad del amor; según él, el amor está basado en el interés común; la nobleza es perentoria al vurgo, como el cielo a la tierra. El crée que debo casarme con un hombre que tenga un porvenir y no con un cualquiera que se presente, un Juan de los Palotes.

Entonces, Don Tulio me conceptúa como un cualquiera?

No Pedro mío, papá no nos ha dado el consentimiento, no es porque se tiene almenos de que tu forme parte de nuestra familia, es la condición tuya de ser soldado que empiezas a militar, sin fortuna, y en

BIBLIOTECA NACIONAL · D. N. · SANTO DOMINGO ·

el estado que se presenta la Colonia, no hay porvenir para ningún militar que quiera formar una familia

No le quito su razón Alfida, al quererte casar con un hacendado, pero quien sabe mañana?

En eso llegó Martín, interrumpiendo el coloquio a los dos amantes.

Qué pasaba Martín, interrumpió, que te has tardado tanto?

El caballo tuyo Pedro que no quería caminar, más que encabritándose, y porque no te montastes en él?

Cosas mías Pedro.

Entonces, partamos.

Pedro ayudó a montar a Alfida, y en cada pistolera colocó una pistola y un puñal, se amarró su sable, montó en su caballo y partió como un relámpago.

Con un sollozo ahogó Alfida las palabras de Pedro; que como un ginete apocalíptico galopaba, sin notar que Alfida lloraba a su lado.

A galope atravesaron la ciudad, saliendo de la ciudad amurallada.

Llegaron a la márgen del Ozamac, ruzando el río en una pequeña barca que había.

Amaneciendo, divisaron el pueblo de San Antonio de Guerra. Allí desmontáronse, tomaron café y mandaron a preparar desayuno; después que reposa-

ron volvieron a montar; luego de pasar a San José de los Llanos, horas después, llegaban a la orilla del río Cazuy; hondo éste con una corriente espantosa no daba paso hasta tarde la noche.

Un temporal de agua amenazaba desbordarse sobre la faz de la tierra; ni una vivienda siquierá se avistaba en esa época en esos lugares. Los caminantes tenían que andar con prácticos para no extraviarse; Pedro hizo con su capa militar un pequeño taparete recostado de un palo. Torrentes de agua corrían sobre el pequeño taparete· Un viento soplaba del norte que amenazaba un temporal.

Dios mío!—exclamaba con tristeza Pedro—; como nos vamos a hacer en este bosque? ni siquiera una choza en que guarecerse. Qué dirá mi Alfida al ver en la situación en que la he metido?

Pedro conocía lo que era una borrasca en estos países tropicales; era de acabar al pobre caminante que lo cojiera a campo razo; no había misericordia para él.

Pasaban las horas y el agua arreciando; llovía costantemente., Al anochecer escampó por completo, permitiendo así sondear el río que empezaba a volver a su cause, cosa que fué de alborozo para ambos. Animo Alfida!, decía Pedro, que hay que sufrir para después gozar de la vida, que no puede deslizarse seductora y placentera en todos los momentos de nuestra existencia.

La vida es un sueño Pedro; soñando vivimos y soñando morimos.

Es así Alfida, hay que nacer para vivir y morir si se ha nacido.

EL MONTE DE TAVILA

Ensílla Martín, mientras organizo los arneses.

Arreglados todos, montaron para cruzar el río que les dió por la barriga a los caballos.

El Monte de Tavila, bosque de una espesura frondosa, en parte tan obscura que no traslucía el sol, laverinto montañoso y de riachuelos peligrosos; manigua de más de diez kilómetros de extensión

Anocheciendo hicieron alto en la márgen opuesta del río Higuamo ... Formaron una hoguera para preparar la merienda y calentarse, pués se encontraban demasiados friolentos. Pedro tenía interés de llegar al Hato, aunque fuera a media noche; levantaron el campamento como a las ocho. Ante su vista se extendía la blanca cinta de sabana de la Lagañosa. El firmamento estaba claro y sereno; millones de estrellas relucían en el espacio, la luna asomaba en oriente con arco de un rojo bermellón, reflejando un hermoso crisolampo amortecido como un fúnebre paisaje.

Desgracias trae este planeta, astro fúnebre, exclamó Alfida.... Los brujos de mi tierra, cuando yo era una pequeñuela siempre le oía decir, que cuando la luna aparecía rojiza en el horizonte, guerra y destrucción amenazaba ....

Déjate de chiquillada, eso es tontería, reprochó Pedro dulcemente, porque, entonces, en estos países

de América, todas las lunas hubieran traído guerra, porque aquí, cuando la luna está llena, asoma en el horizonte con manchas de fuego. Eso será supersticiones de tu terruño o cuentos de Hadas.

Puede que sea así Pedro.

Conversando, a trotes largos avanzaban sobre la cinta verdorina de la sabana.

Si no hubiera sido por el río, decía Pedro, estuviéramos en el Hato a esta hora.

Pero, lo que va a convenir, conviene; así dice un adagio, replicó Martín.

Inmensos pajonales obstruían el camino; varias veces tuvieron que desmontarse para poder franquearlo.

Esto es de uno no salir más de estas llanuras, dijo Alfida.

Así es Alfida, es verdad que hemos atravesado la sabana más extensa de la Isla. (Guabatico); llanura de sesenta kilómetros o más de extensión, que en un día no muy lejano espero Alfida, dén grandes proporciones a los colonos que vengan a ésta a fomentar éstas zonas ganaderas, por sus abundantes pastos naturales.

Amaneciendo, avistaron al pobladito de Hato Mayor. Cuernos de mil bizontes, si hemos pasado la noche dando traspiés en la sabana. Verdaderamente, es una hecatombe andar por estos caminos que no tienen ni siquiera una senda trozada. Es como una barquilla al garete en la inmensidad del Océano, dijo Alfida.

Já.... já.... já ... díjo Pedro alegremente: no seas tontina Alfida mía no creas que estos caminos son tan extraviados; lo que pasó fué que el viento nos obstruyó el camino y de noche no hay práctico que valga.

Entonces, Pedro, por qué dejastes que el viento lo obstruyera?

Pero. Alfida, tú crées que yo soy algun Dios acaso? Pero dime, por 'qué te has puesto tan regañona?

—Lo sabrás más tarde—Pedro mío. Mira que estamos llegando a las primeras casas.

Desmontaron en la márgen del río Maguá. A pié se fueron hasta la casa de una tía de Martín que vivía con un rico ganadero; la tía de Martín hizo porque se quedaran a descanzar y dejaran pastar las bestias, pero Pedro interesaba proseguir; quería llegar cuanto antes a sus paternos lares.

UNA CABALGATA FENOMENAL

Ráfagas que parecían de hielo soplaban sin cesar; los habitantes de la Ciudad Primada estaban inquietos con unos brisotes del Norte que soplaban intensamente. Los pocos habitantes que estaban despiertos se levantaban temerosos del viento ha amarrar sus viviendas, temerosos de que se presentara un temporal tan comúnes y de fatales perspectivas en las antillas.

Don Tulio, temeroso de que el viento le fuera a llevar la cumblera a la cocina, se levantó y llamó a

los criados que dormían en una habitación contigua a la alcoba de Alfida, que éste al pasar la echó de menos y, le chocó encontrar la puerta abierta de la alcoba de Alfida, prendió una cerilla y penetró en ella; encontrandola desierta.

Su sorpresa fué grande al encontrar la cama intacta. La sorpresa fué más grande aún, cuando le vino a la mente la sospecha de que Pedro la había raptado. Iba á salir de la habitación rápidamente, cuando vió una carta en la Cómoda, dirigiéndose presuroso a tomarla. La abrió y se puso a leerla, decíale, «Padrecito mío: cuando Ud. venga a leer esta carta me encontraré muy lejos de Ud. Perdóneme si el amor ha podido más que el deber, pero, padre, Ud. sabe, que cuando se ama, se olvida lo más grato de la vida: riquezas, honores y comodidades. La vida para mí era un martirio sin él» ....

Crée Ud. que soy culpable? No, ese fué mi destino; por qué él cruzó en mi camino? no lo sé! Pero estaba escrito esto, que el sería mi esposo.

Adios padre, perdóneme, pero recuerde que dijo el Dios de Israel: "Abandonarás padre y madre por el hombre que se desée. Escrito, está» .....

Con acceso furioso, rompió en mil pedazos la carta sin terminar de leer.....

—Pero que le pasa a Ud. Don Tulio? Se ha vuelto loco?

—Nada Antonio— la señorita se fugó anoche con un canalla—. Vete! ..... corre! ..... a la cuadra y alquila tres caballos, cueste lo que cueste; dá voces para que despierte el holgazan de caballicero; toma

estas onzas; y no digas a nadie para donde vamos.

Antonio salió corriendo calle arriba hasta la caballeriza, dando gritos que llegaban al cielo, cosa que el Jefe de la cuadra se presentó en paños menores, preguntando la causa de tal alboroto.

—¡Tres de tus mejores caballos —; contesta Antonio—que Don Tulio los necesita y los manda a buscar, aquí tiene el dinero.

Pero que pasa Antonio? A donde vá Don Tulio con los preludios de tormenta que tenemos esta noche tan borrascosa?

—A una diligencia!

—Despierta a los mozos que están durmiendo!

—Ensilla los tres caballos que están en el patio, que hace una semana que no se estrenan.

Entre los tres ensillaron los caballos; y en menos segundos estuvieron aviados, ayudándole el mozo a llevarlos.

—Don Tulio:—vamos Antonio—, ponte el gaban que vamos de viaje.

Don Tulio entró a la casa a buscar su sable y envainando sus pistolas, las colocó en la pistolera y ordenando que lo siguieran....

En una carrera llegaron a la puerta de San Diego, donde se informó con el centinela la hora en que habían pasado los fugitivos.

Rayos y truenos—exclamó Don Tulio—, nos llevan siete horas de ventaja y tenemos que volar para

darle alcance..... Espuelas muchachos porque antes que amanezca, tenemos que ganarles aunque sea la mitad del tiempo que nos llevan de ventaja.

Asomando el astro Rey con sus crepúsculos orientales llegaron a ver el poblado de Guerra, donde descansaron un brevísimo rato para proseguir luego, aguijoneando con las espuelas las cabalgaduras. Don Tulio los hostigaba a que le dieran alcance.

Nuestros caballos no pueden dar más un paso, gritó Antonio.

No importa, muchachos, arréen, arréen.... que en Los Llanos cambiaremos los caballos.

Jadeantes llegaron los caballos al poblado de San José de Los Llanos rendidos de cansancio.

Una Venta abría sus puertas cuando Don Tulio y camaradas hacían entrada al poblado.

Un señor rechonchón era el dueño de ella; miró los ginetes con ojos escudriñadores que parecían de el Halcón.

Al ver desmontar los ginetes, hizo ademán de cerrar otra vez las puertas de la venta, pero Don Tulio se interpuso.

Qué desean señores?

Tres caballos de alquiler, que los míos no podrán proseguir, ni con candela.

A dónde van Uds?

A Santa Cruz del Seybo.

Entonces vayan Uds. al frente, que ahí les po-

drán alquilar todos los que quieran.

Don Tulio llamó a la puerta duramente. Un señor entrado en años y de buena presencia apareció en el umbral.

Ud. es el dueño de esta casa?

Si señor, en que puedo servirle?

Yo quiero que Ud. me venda o me alquile tres caballos, que los míos están muertos de cansancio. Si me los alquila, puedo dejarles los míos en garantía que son buenas monturas.

En esas condiciones, yo le alquilaré los caballos que Ud. desea.

Trato hecho. Mándelos a buscar y mándenos a preparar desayuno, lo más pronto posible.

Tres horas largas tuvieron que esperar. Don Tulio se ofrecía a todos los diablos al ver que los caballos no aparecían. Al mediodia llegaron; desde que los ensillaron, Don Tulio le echó el pié a su caballo y partió al galope seguido de sus satélites.

Esta es la cabalgata más fenomenal que he hecho en mi vida, exclamaba Raúl; un ex-soldado de caballería del Regimiento de Don Juan de Austria. Si seguimos a esta velocidad tendremos que cambiar caballo cada tres horas.

Espuelas muchachos.... espuelas con ellos; ganemos el tiempo perdido. No corrían.... volaban sobre los pantanos y pajonales, Densos nubarrones amenazaban el anunciado diluvio; el viento silvaba; de cuando en cuando algún rolón levantaba el vue-

lo espantado del tropel de los caballos....

Por Dios, decía Antonio, esto es de no acabar; estas llanuras de verde gramínea, de amarillentos pajonales, me recuerdan las pampas argentinas; allí donde vive el gaucho cancionero; tierra feliz de promisión. El Puma, el Jagual. hacen que el gaucho siempre esté en perspectiva: allí se juega uno la vida a cada momento; todos viven la vida del gaucho

Pero, dime Antonio, cual es el motivo de este viaje?

Esto es un secreto del viejo y me ordenó de no comunicárselo a nadie.

¡Toma!, me llevan más lijero que el viento y no sé para donde voy.

Calma Raul, muy pronto lo sabremos. Pregúntaselo a Don Tulio.

Así lo haré. Después de tres horas de camino, llegaban al publecillo de Los Llanos; dieron un pequeño descanso a las bestias, mientras le preparaban un lijero almuerzo de tocino y algunos tubérculos.

Orientados del camino, amenazados por un diluvio de agua, prosiguieron la cabalgata haciendo alto en el mismo lugar que Pedro; encontraron algunas partículas del campamento de los fugitivos.

Como el sol amenazaba ocultarse antes de que cruzaran el Monte de Tavila, Don Tulio decidió hacer un pequeño alto para arreglar los arneses y merendar algo grato para proseguir el camino. En todo el camino encontraban rastros de Pedro, Martín

y Alfida, lo cual hizo no parar hasta que no les diera alcance.

EL MOMENTO TRAGICO

Rayos y truenos, vociferaba Don Tulio, Pedro Santana me pagará con su vida esta cabalgata fenomenal. ¡Ah de él y de élla, cuando estén en mis manos; el uno pagará con la vida, la burlesca situación en que me ha puesto; Alfida, recordará toda la vida el castigo que le daré. Como un león de sobervio entró Don Tulio en Hato Mayor, arrollandolo todo a su paso.

¡Diablos!—exclamó una vieja—; que animal será este, que anda en los caballos bebiéndose los vientos?

Don Tulio la oyó y por poco paga la vieja con la vida su tolondrada, si Raúl no se interpone; de un tajo le hubiera llevado la cabeza.

Qué tendrá Don Tulio, Antonio, que todo lo que hace es como si estuviera demente? Mira como va dando chillidos hasta desgañitarse. Nosotros le hablamos y es como si tal cosa; como un cuerpo sin alma, a la vez nos trae más lijero que los ginetes del apocalipsis, cosa que si tropezamos con una raíz, nos romperíamos la crisma.

Corriendo como gamos iban Raúl y Antonio; uno junto al otro conversando, cuando de repente, un rugido como el de una fiera encorajada, brotó del pecho de Don Tulio, al divisar a Pedro, Martín y Alfida que se ocultaban al dar la vuelta al recodo del camino.

Córran muchachos!, exclamó como un ser que

ha vuelto a la vida. Ya los tenemos a la vista. No corría, volaba; cosa que Antonio gritábale que se detuviera, pero no hacía caso.... Corría.... corría con desesperación, como queriendo hacer alas al caballo. El ruido del galopar hizo volver la cara; Antonio paró en seco del susto que se llevó....

Pedro que no esperaba encontrarse frente a frente con Don Tulio no supo que hacer. Don Tulio con el sable desenvainado a galope tendido, dando chillidos amenazantes, cosa que Alfida al ver a su padre, dió un grito. El último dado en su vida, y cayó pesadamente al suelo.

Pedro, no obstante el peligro que lo amenazaba, acudió a socorrerla; pero, ¡ay! Alfida estaba muerta, una congestión cerebral, del susto que recibió, fué tan fuerte, que le robó el alma. Los ojos los tenía entornados. Pedro rapidamente lo comprendió todo. Estaba muerta!

Un rugido de dolor brotó de su alma; loco de furor se lanzó sobre Don Tulio que acababa de llegar sable en manos.

Defiéndete, padre degenerado, le gritó olvidando que era el padre de su amada. Mira que me la has matado, y tu vida pagará la de mi amada ....

Un combate sin cuartel se trabó entre aquellos dos colosos:

Pedro, fuerte y jóven; Don Tulio, viejo y achacoso, pero disciplinado; en comienzo del combate, la juventud pareció vencer. Pero la táctica pudo más que la fuerza.

Martín que embelezado contemplaba el combate temerario de aquellos dos titanes, se descuidó de los compañeros de Don Tulio, que le dispararon a quema-ropa, salvándose milagrosamente de que no le hirieran, de un tiro mató a Raul; pero Antonio que había tenido tiempo de cargar su pistola se la descargó a boca de jarro dándole un tiro en el vientre que le desgarró las entrañas .....

Perro!—me has matado—; pero verás lo que es un hombre—, con la mano izquierda en el vientre, se llevó la mano derecha al cinto, en busca de su cuchillo y de una puñalada en el corazón, dejó fuera de combate a Antonio que cuerpo a cuerpo luchaba con Martín.

Don Tulio y Pedro luchaban denodadamente; tan enfurecidos que no apercibían el horrible cuadro que en pocos segundos se había formado a su alrededor.

Combatían como fieras famélicas. En un desquite voló el sable de Pedro a dos pasos de distancia, Pedro intentó recuperarlo, pero una estocada en el costillar derecho lo sembró en tierra; Don Tulio iba a rematarlo, cuando un disparo le tronchó su intento.

Martín que horrorizado contemplaba en el espasmo de la agonía el combate, se había arrastrado hasta donde estaba Raul muerto, con su pistola cargada en su crispada mano, le hizo un disparo mortal, que le partió la nuca a Don Tulio, cuando iba a consumar la destrucción total de la vida de Pedro.

Una sonrisa asomó a sus labios cuando vió que había dado en el blanco ansiado. Quiso pararse y cayó pesadamente, pintada en su rostro una sonrisa,

ma éste, excepto a Don Florencio, vuestro padre, que no se le podía ocultar.

Consuélate y resignate a destruír ese retrato que desgarra el alma con solo verlo,

Pedro con ahinco se negó a destruírlo, pero su destrucción era necesaria. Pedro cantaba y reía; lloraba, bailaba, contemplándola; estaba loco de remate. En eso llegó Don Florencio y al darse cuenta del presagio fatal que amenazaba a su hijo, decidió desruírlo quemándolo.

Desde que Pedro no volvió a ver el retrato, mejoró rápidamente, tanto, que ayudaba en el conuco a desyerbar y despulpar el cacao; tan poco iba al promontorio, como tenía de costumbre; que llegó a olvidarlo casi por completo

Cuando llegó el día de su partida, se fué a visitar la tumba y lloró amargamente junto a la tumba fría de su amada y su amigo, hasta más no poder. Abrazó aquellas personas que lo trataron como a un hijo, y le habían salvado la vida, a más todos los objetos de su pertenencia se los regaló a sus hermanos, como llamaba él a los hijos de Don Anselmo, Su caballo, pistola, sable, arneses todos, se los regaló, sólo dejó para sí el sable de su amigo Martin, como recuerdo imperecedero de aquel amigo que murió por él con la sonrisa en los labios; salvándole la vida milagrosamente .....

CAPITULO XIV

DIEZ AÑOS DESPUES

Diez años después, la idea de emancipación que de viejo bullía en la mente de algunos pro-hombres,

porque mejoraba y recaía cada vez que se encontraba un poco mejor. No podían dejarlo solo un instante, porque estaba medio idiota. Cada rato se quería quitar la vida. Sollozaba como un niño cuando no lo dejaban ir a visitar la tumba donde estaban enterrados, junto con los infortunados muertos, Martín y su amada.

Desde por la mañana hacía que lo llevaran y no volvía a la casa hasta el anochecer que iban a buscarlo; el alimento y todo tenían que llevárselo al pequeño promontorio, como lo llamaba él.....

Así transcurría el tiempo. La herida se le había cicatrizado, Don Florencio había venido por dos veces a verlo, y no quiso llevárselo, por temor a una recaída.

Un día se le dió el retrato de Alfida; un hermoso cuadro de pintura hecho por un famoso pintor en Caracas, Estado de Venezuela, en un certamen de belleza celebrado en aquella ciudad.

Reconociéndola, se puso la mano en la frente, como uno que despierta de un sueño, y dijo rapidamente, este retrato es de mi amada muerta. No es verdad señores?

Es verdad, formuló Don Anselmo, que así se llamaba el anciano; élla está muerta hijo mío y no debe pensar más en élla. Ya que este retrato te trae dolorosos recuerdos y es un secreto que lo guardamos religiosamente, debes destruírlo para que puedas olvidarla. Además del caso horroroso, la mortandad que hubo entre Uds., nadie se ha dado cuenta, principalmente yo, le dije a mi hijo Gustavo que no contara nada en el Seybo a persona nacida, el drá-

dos que militaron bajo la dirección del Brigadier Don Juan Sánches Ramírez; esta jóven, es su hija, valiente amazona; el otro, joven, que véis con la estocada en el costado derecho, es Pedro Santana, uno de los tenientes de Don Juan Sánches Ramírez; éste no lo conozco, pero por su porte, parece criado; este otro, parece que fué soldado, porque en el talle lo demuestra.....

Eran personas distinguidas padre, démosle una honrosa sepultura. Sus hijos empezaron a cavar la tierra en una tala de monte que hicieron, como a las dos horas de cavar, ya tenían un hoyo hecho que cabían seis o más personas.

Uno a uno fueron depositándolo; cuando llegaron a tomar a Pedro, uno de los hijos lo sintió caliente. ¡Vengan!, ¡¡vengan!,—gritó lleno de alegría—____ Este señor vive aún, le tomaron la pulsación y comprobaron que estaba vivo.

Precipitadamente el anciano tomó de uno de los equipajes una botella de vino de Borgoña que había encontrado y a fuerza le pudieron abrir la boca a Pedro que la tenía inerte; le hicieron tomar más de la mitad; todos a su alrededor, anciosos esperaban la reacción del herido. A los pocos minutos empezó a moverse quejumbrosamente; entre todos hicieron una parihuela para trasladarlo hasta la casa.

El anciano se encargó de recojer los equipajes y las armas que se encontraban desparramadas por el suelo.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Seis meses duró Pedro entre la vida y la muerte,

murió aquel valiente; fiel amigo hasta la muerte.

Una hora después, se presentó un anciano que vivía a media legua del sitio del cuadro sangriento, acompañado de dos de sus hijos, los que al ruido de los disparos, acudieron al sitio.

Que horror más grande se pintó en el rostro de padre e hijos al contemplar yertos aquellas seis personas, bañadas en sangre.

El anciano, un viejo mestizo, se sercioró si alguno estaba vivo, pero ninguno daba señales de vida. Pedro, desmayado a causa de la tanta sangre perdida, no daba señales de existencia; registraron todos los cadáveres y Pedro no había vuelto en sí.

El anciano, hombre humanitario, hizo que uno de sus hijos fuera a buscar una herramienta para cavarles una sepultura a los infelices que se encontraban inertes sin vida. Alfida fué la que impresionó a padre e hijos. Que linda y morir tan jóven, cuál sería el secreto de estos desdichados para exterminarse unos con otros.

Uno de los hijos del anciano vivía en Santa Cruz del Seybo y estaba de visita en casa de sus padres, este que se encontraba en la casa, al oír el horrible cuadro que le pintó el muchacho que fué a buscar la herramienta, quiso ir a ayudarles a cavar la fosa.

Al llegar al sitio se puso á mirar el rostro de cada uno de los muertos, a ver si entre ellos conocía alguno.

Padre!, dijo de repente, estos señores que veis aquí sin vida, los conozco, mejor dicho, cuatro de éllos .... Este señor anciano, era uno de los solda-

como el Lic Don José Núñez de Caceres, que Don Juan Sánches Ramírez en los días de la Reconquista quiso acojerse a proclamar la independencia, volvió a renacer en la mente del gran Lic. Núñez de Caceres, al ver el disgusto que había cundido en las masas; por la indiferencia que la Metrópoli había correspondido a la lealtad de su Primada de América.

Los rumores de invasión haitiana, que venían de la frontera, y que el futuro dominador trataba de ocultar mantenía inquieto el espíritu del púebio. La miseria pública había hecho infructuosa la labor del trabajo. La instrucción pública había llegado a tal punto de descuido, que la Universidad y los planteles de enseñanzas habían cerrado sus puertas.

Familias enteras emigraban al convencerse que no habían aulas donde sus hijos pudieran adquirir los conocimientos indispensables para la vida.

Don José Núñez de Cáceres sabía que del lado de España nada podría esperar la Colonia y que si no había una separación, la Colonia llegaría a despoblarse en una forma que la Primada de América no llegaría a ser mas que una ruina de escombros señoriales.

El 30 de Noviembre de 1821, se dió el grito de la separación definitiva de la Primada de América, de la gran Metrópoli Española,

El 1o. de Diciembre, se proclamó formalmente el nuevo Estado, izándose en todos los edificios públicos el Pabellón Colombino.

Constituyóse una Junta Superior Gubernativa, presidida por el Lic. Don José Núñez de Cáceres, Dr. Tomás Bobadilla, Don Antonio Mª Pinedo, el Pbro. Don José M. Bobadilla, Don José Mª Medrano, Don Juan Esteban Aybar; el Dr. Caminero y muchos otros que figuraron como proclamadores, con la ambición de que sería acojida por la Gran Colombia y que éllos serían los asignados para la representación de la nueva entidad, para la repartición de los empleos a sus antojos, por haber éllos proclamado la nueva entidad. Y por tal concepto, asignaron al Dr. Don Antonio M. Pinedo para que fuera a Venezuela en solicitud de amparo y protección del Libertador Simón Bolívar; que éste empeñado en la campaña del Ecuador, nada pudo hacer por la nueva entidad que al nacer, se había colocado bajo la egida de la Gran Colombia.

También participó la Junta al Presidente Boyer, lo ocurrido y se le invitó a sostener los vínculos de amistad necesaria para la estabilidad de los dos Estados que iban a compartirse el dominio de la Isla, lo cual Boyer, significó, por mediación del Coronel Papilleaux, que el pueblo haitiano regido por derecho indiscutible, la República de Haiti se oponía a reconocer un nuevo Estado, pues la Isla era una e indivisible

La grave significación del Presidente Boyer, embargó de una horrible somnolencia el alma noble del

Gran Lic. Núñez de Cáceres, al ver la mala actitud de los haitianos al querer proclamar en una indivisible la Isla.

El nunca creyó que la constitución de la República inspiraría recelo a los que de aquel lado de la frontera decían abominar el régimen monárquico. Asi lo creyó Núñez de Cáceres, que proclamando en Estado independiente la parte Española, por derecho indiscutible; por derecho internacional, sería respetada la constitución de la nueva entidad. Pero no fué así, porque escrito estaba en los anales de nuestra historia, la vieja ambición que por interés nacional conllevaban los gobiernos del vecino Estado, de hacer una e indivisible la Isla.

Sin esperar respuesta a tan conminatoria declaración, invadieron las hordas de ocidente nuestras tierras, comandadas por Boyer, en dos cuerpos, uno del lado del Sur, al mando del General Borgela y otro por el Norte, bajo las órdenes del Gral. Bonnet.

Ambos cuerpos llegaron frente a los muros de la ciudad de Santo Domingo el dia 9 de Febrero de 1822, en la que penetró Boyer para recibir las llaves de las manos de Don Núñez de Cáceres, en la Sala de recepciones del Ayuntamiente.

* * *

JUAN PABLO DUARTE

Predestinado de la gloria, plujo al cielo que de

la misma generación surgiera el feliz iniciador de la idea Separatista, Juan Pablo Duarte.

Cursaba estudios en la gran Metrópoli Española.

En las aulas de clase añoraba con la Patria lejana, Quisqueya, Decía, es el oasis americano; allí todo es esplendor y grandeza. Con interés escuchaban sus condiscípulos la relación de aquella tierra lejana, que aquel adolescente nombraba tanto.

La Española: replicaba Manuel Arvelo, condiscípulo de su estimación, en mis noches de insomnios la he evocado y mi espíritu se ha transportado hasta aquella tierra de tus añoranzas; aquella tierra que encantó por siempre, a aquel Gran navegante Don Cristóbal Colón.

Luis Alba Torres, estudiante puertorriqueño, resientemente llegado de América, conocedor de la horrible situación de la Primada de América, al oír hablar de Santo Domingo, se inmiscluyó en la conversación.

Quisqueya—expresó en alta voz Luis Alba Torres—, no es más que un pueblo sin convicción ni derecho—; figuren Uds. jóvenes, que la tierra que este jóven mancebo pinta con velos de rosas, no es más que un pueblo de esclavos....

Las hordas de Occidente se han adueñado de todo lo que había de sagrado en aquella tierra; y es el honor de un pueblo, la raza; ignoran Uds. que ese pueblo vergonzante lleva tres lustros humillado y subyugado bajo el despotismo más odioso, grosero e humillante del haitiano....

Un silencio sepulcral invadió el aula de recreo.

la horrible relación de aquel extranjero, dejó en suspenso el alma de aquellos jóvenes adolescentes.

Duarte, como siempre, en todo, tomó la palabra. Entónces, Luis Alba Torres, hizo una relación de la proclamación de la indepedencia por el Lic. Núñez de Cáceres y luego la invasión de Boyer y los terribles resultados de ella para aquel pueblo heróico de mejor suerte.

El timbre se dejó oir, llamando a clase; en el aula, Duarte, tristemente escuhaba las palabras del Maestro. Mi patria esta ayecta—decía para sí—, que descepción más horrible; que noches más largas y oprobiosas circuían en la patria hecha esclava ....

Duarte no pensaba más que volver al solar nativo; impaciente esperaba el próximo mes en el cual terminaría los estudios. El no se explicaba el porque sus padres le habían ocultado la terrible prueba de la patria esclavizada. Al terminar éstos, se despidió de sus compañeros de estudios de sus maestros, que nunca volvería a ver.

Deja para siempre la Madre Patria!

Al llegar al país, fundó planteles de enseñanzas; en éllos inculcó en el Alma Mater de aquella juventud, el deber de esperar y fundar una patria nueva,

Cuando todo estuvo hecho, para la proclamación definitiva. Duarte tuvo que ausentarse para Curazao, para salvarse de la persecución que los dominadores mantenian para apoderarse de su persona.

Desde allí, hizo el sacrificio de los bienes de la familia, ofrendándolos en aras de la Patria; sacrificio fué y la Patria se hizo magna en el concierto de las libertades de América.

Duarte fué un visionario; un apóstol, en cuya alma no vibró la ambición torpe; fué una inteligencia solemne, que apesar de sus hondas heridas, hizo justicia a la verdad y consagró sus velos inmortales a dignificar la democracia No pudo quebrantar el destino, porque fué un máximo soñador y cuando arrebatado de los vértigos sublimes de su infinita grandeza, fué a morir lejos de la Patria, decepcionado, sin una mano amiga que cuidara su lecho de inmaculado....

LA TRINITARIA

El 16 de Julio de 1838, fundó Juan Pablo Duarte en la Ciudad Capital, la Sociedad «La Trinitaria», constituída por los señores Juan P. Pérez, Pedro A. Pina. Jacinto de la Concha, Félix Mª Ruiz, José Mª Serra, Benito González, Felipe Alfau, Juan N. Ravelo; y luego se incorporaron a ese grupo de apóstoles, fervorosos de la libertad, Ramón Mella, el representante intrépido dominicano; el glorioso Francisco del Rosario Sánchez y otros distinguidos ciudadanos que más adelante prestaron eminentes servicios a la causa nacional,

Desde aquel momento quedó iniciada la lucha entre las fuerzas que reprime la idea de liberación.

Su lema era: "Dios Patria y Libertad" y se dió

ese nombre porque la sociedad se componía de nueve; es decir, de tres grupos, quienes debían a su vez, iniciar tres cada uno,

La existencia de la sociedad se consideró como un secreto inviolable, y todo trinitario estaba obligado a la propaganda incesante en favor de la idea separatista.

Solo los nueve fundadores se reconocían entre sí, con el objeto de que, si algún iniciado delataba la urdimbre, no pudiera comprometer a lo sumo, uno.

El juramento de los trinitarios era este:

«En el Nombre de la Santísima Augustísima de Dios Omnipotente, Juro y Prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro Presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con bienes a la Separación definitiva del Gobierno Haitiano; para proclamar el 27 Febrero, a más tardar, una Patria Nueva, respaldada por los hombres más eminentes del País».

Adelantándose los de la parte Oriental, por nuestro héroe lugareño Pedro Santana, proclamado por unanimidad para que comandara las tropas organizadas por el comandante Vicente Ramírez y recolectadas en partes por Nicolás Rijo, en Higüey, poniéndose a la cabeza de éstas proclamó en la parte oriental la nueva entidad, bautizándola en Asomante con la sangre de aquellos vizoños combatientes, la nueva Patria que más tarde con su eapada portento-

sa en cien combates mostró al haitiano el valor legendario de los que sumisos y resignados esperaron veinte y dos años para sacudir el onminioso yugo que lo abatía.

Con los volutarios que se le unieron a su paso llego Santana a la Ciudad Primada, con un respetable contingente, el cual puso a la orden de la Junta Central Gubernativa; pero ésta por insinuación de Bobadilla, Juan Esteban Aybar y Merced Marcano, acuartelaron las tropas, mientras se nombrara un Jefe Superior de los Ejércitos

En la Puerta del Conde, encimado, contemplaban las huestes patriotas, el poco ánimo de los representantes del Pueblo.

Los representantes lo sabían, por eso reinaba el desconcierto, porque proclamar un Estado en un golpe dado, era cosa amena; dominar las contingencias, era la responsabilidad.

La Junta se preguntaba: Quién iba a comandar ese conjunto de hombres indisciplinados, con ninguna noción militar, excepto a gunos que eran militares porque vestían el uniforme y habitaban en cuarteles.

Quién iba ha comandar ese Ejército de voluntarios frente a un enemigo disciplinado y poderoso? Nadie se echaría esa responsabilidad; la Junta lo comprendió así; que era un verdadero fracaso comandar ese puñado de presuntos lidiadores. Ya todo era

pavor; los contingentes empezaban a desbandarse, cuando de súbito, un hombre de faz austera, de presencia imponente, sale de las filas, con miradas de León enfurecido, lanza el sombrero al aire y con la espada lo cruza de parte a parte. Con voz estertórea grita de voz en cuello: aquí ¿hay un hombre que no teme la vicisitud; ¡Viva la República! ....

Ese hombre, que se encaró al Destino de la Patria, era nuestro héroe lugareño, Don Pedro Santana,

EL 19 DE MARZO

Mientras, por unanimidad acojían la decisión de aquel hombre providencial, que por voluntad propia se echaba la responsabilidad de comandar aquel conjunto de presuntos lidiadores; el General Charles Herard Aine desalojaba de San Juan de la Maguana a las fuerzas que el Comandante Luis Alvarez había dejado en dicha población, y a paso de vencedores marchaban sobre la invicta ciudad de Azua de Compostela, incorporando a todos los dominicanos que encontraba a su paso.

En Jura derrotó las avanzadas patrióticas comandadas por el Comandante Lucas Díaz; presentándose el 19 de Marzo con su enorme ejército a la puerta de la ciudad de Azua, donde le esperaban el cuerpo de tropas colectivas, con que había correspondido la región del Sur, para la defensa de la causa nacional.

El pavor reinó a las primeras alarmas del acer-

camiento del enemigo, pero allí estaba Antonio Duvergé, Feliciano Martínez, Manuel Mora, Juan Esteban Ceara, José Leger, Vicente Nobles, Matías Vargas, Nicolás Mañón y muchos otros patriotas.....

Todo estaba dispuesto para el combate. En nada estaba fortificado el campo de guerra ni había medio de hacerlo; la victoria estaba por parte del enemigo. Dos cañones defendían por la parte patriótica; la infantería a pié firmes, esperaban al enemigo que no se hizo esperar y que por tres puntos distintos atacaron las hordas de Occidente, por mitades en columnas, que ganando y perdiendo terreno, hacían fuego de frente y de flanco, pero la defensa fué superior al ataque, pues los invasores se vieron obligados a batirse en retirada; porque, arrollando al intruso invasor, a machete limpio, cuerpo a cuerpo, se desplegaron desordenadamete, dejando en el campo miles de cadáveres y despojos militares de todas clases.

Fuerza es observarlo. El 19 de Marzo, representa el despecho legendario de una raza que abatida y maltrecha, de un girón se hace un trozo en el blazón de la epopeya.

Allí se mostró la intrepidez de este campeón en la batalla. Pedro Santana, que en aquel pequeño caserío, solar insigne, con un puñado de vizoños lidia-

dores, al conjunto de los hijos de aquel villorío, hoy ciudad invicta, forjaron el primer eslabón de nuestra libertad.

Retiradas las tropas haitianas hasta las márgones del río Jura, donde levantaron su campo sitiador, decidió Santana retirarse. Formó un Consejo de Generales para decidir cual sería la defensa del Alto Comando; si defender la plaza o atacar a las hordas en su campamento.

Todos por unanimidad decidieron lo primero. Santana insinuó. que defender la Ciudad o atacar, era un caso de mala proposición; pués si fracasaban en la defensa, perderían el poderío de la victoria que tan preponderante sería a la Repúbiica. Algunos quisieron resistir, pero de nuevo expuso que, oponerse a la retirada sería un fracaso para la República.

Se encontraban en una región árida, y sin abastecimiento de víveres y bitualias para el mantenimiento del ejército y, considerando que el campo de operacion estaba completamente sin mas defensa que la que oponía el terreno; tomando éstas consideraciones, y estando el ejército bajo su mando, siendo responsable, serían acatadas sus órdenes.

UN AÑO DE TRIUNFO

A consecuencia de varios encuentros entre pa-

trullas dominicanas y haitianas, decidió Santana movilizar parte del Ejército de línea para contrarrestar al enemigo en los puntos estratégicos que la prudencia aconsejaba conservar, quedando así abierta la campaña de 1845.

Tan pronto como llegaron al Cuartel General de Las Matas de Farfán, los regimientos y demás cuerpos con que fué a reforzarlo el General Felipe Alfau, dispuso el General Duvergé destacar sobre Bánica y Hincha, una columna al mando del Coronel Valentín Sánches para que mantuviera una extensa vigilancia sobre el campo ya indicado.

El día 17 por la mañana, divisaron como empezaban a moverse las fuerzas enemigas, con intención de presentar batalla; empezando el fuego simultáneamente.

Tres columnas que por distintos puntos había destacado el General Duvergé, la cual después de pequeñas escaramuzas, derrotaron al enemigo con grandes pérdidas de hombres, armas y municiones; quedando dueños del campo y nuestras tropas en disposición conveniente en caso de ser atacados y contratacar, en caso que fuera necesario.

Victoriosas nuestras tropas en Cachimán, Las Caobas, Hondo Valle, Hincha, Artibonito, el General Pierrot, posicionado en la loma de los Pinos, la que fortificó y la tenía como inexpugnable, pero el Coronel Remigio del Castillo, agente del Gobierno de esa jurisdicción militar, organizó un pequeño regimiento y se lo anexó a la fuerza que tenía el Teniente Coronel José Tomás Ramírez, comandante de la Caleta y Colorado, logrando éste desalojar por comple-

to a la fuerza haitiana posesionada en ese cerro; causándole un sin número considerable de bajas, dando este el resultado también de la destrucción de la defensa que el enemigo tenía en Algodonal por el Capitán Juan Segundo Felix y el rechazo heróico que le hiciera Juan Contreras en Cachimán, a las tropas que al mando del Gral. Telemaque, atacó aquella importante posición, para después, al día siguiente, tuvieran que desocupar, después de haberla defendido tan heróicamente.

Sabedor Duvergé de la trágica retirada y no pudiendo resistir a las tropas ocho veces superiores en número, decidio abandonar Las Matas de Farfán y pertrecharse en las márgenes del Yaque, encontrando allí dos compañías de Baní y San Cristóbal, mandadas por el Coronel Marcelo Carrazco; así fué que cuando vinieron las avanzadas a ocupar los puntos cercanos a las Matas de Farfán, ya el General José Joaquín Puello llegaba con otra división, refuerzo éste que el General en Jefe, esperaba con impaciencia.

Al amanecer, encontraron los haitianos posesionados de la cordillera de Cerros que dominaba la Sabana de Estrelleta, defendiéndola con piezas de artillería.

Puello, persuadido de que corría peligro de ser envuelta la división bajo su comándo, si era atacado, y no queriendo perder la ventaja de tomar la ofensiva, había levantado el campamento a media noche, dividiendo sus tropas en tres columnas.

La de la derecha, al mando del pundonoroso Te-

niente Coronel Valentín Alcántara, la caer sobre la altura de los cerros; la del centro, marchando de frente, desplegándose en columnas, al mando del Coronel José Ma. Cabral, y la del ala izquierda, comandada por el Coronel Bernardino Sandoval, reservándose el General Puello la retaguardia, protegida por dos piezas de artillería, artilladas por los Sargentos Juan Andrés Gatón e Hilario Sánchez; de modo que habiendo roto el fuego el ala derecha, con el apoyo del ala izquierda, se generalizó el combate, peleandose con fiereza por ambas partes durante varias horas, al cabo de las cuales el ejército haitiano empezó a desmoralizarse y a perder terreno; no obstante, el esfuerzo de los Generales haitianos Morisset, Toussent y Telemaque, se desbandaron, dejando en el campo de batalla míles de bajas, pertrechos y bagajes de todas clases.

Este triunfo unido con el de la Sabana de Beler, se le mostró al haitiano la supremacía de nuestros ejércitos y la bizarría de nuestros soldados en el campo del honor; pero no por eso desistieron de pretender dominar y sembrar la discordia, valiéndose de algunos malos inspirados en las filas de nuestros ejércitos.

Entonces, quisieron probar por mar con tan mala suerte, que la expedición compuesta de varios buques habilitados se les encayaron en un cayo llamado Maluts, salvándose uno que pudo quedar a flote al subir la marea y que pudo dar la noticia de la terrible prueba, siendo apresada la tripulación al día siguiente por el Guarda-costas y una Goleta artilla-

da; quedando nuestros ejércitos de mar y tierra triunfantes

En consecuencia, y en virtud de los triunfos ob. tenidos por las armas dominicanas, decidió Santana afianzar el órden público y completar la organización de la República; llenar los vacíos en la legislación, con disposición gubernamental, expedidos por las facultades extraordinarias que le acordaba el artículo 21 de la Constitución.

COLECCION
"MARTINEZ BOGO"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

MENSAJE DE SANTANA

Con la visita del Coronel en Jefe de las fuerzas navales en el mar de las Antillas, Don Pablo Llánes, con varios buques al Placer de los Estudios y al no saber el vecindario de la Ciudad Capital a que atribuír tan inesperada visita, el pueblo creyó amenazada su soberanía; pero el curso de explicaciones que tuvieron lugar, y la cordialidad y franqueza que recíprocamente se hicieron; y no faltaron sus aprehensiones alarmantes quedando desvanecidas con el Mensaje que le dió apertura, con motivo de la celebración del Aniversario de la Independencia, el Presidente Santana, en el cual manifestó que el Gobierno de Su Magestad Católica, veía con placer las relaciones cordiales entre España y la República Dominicana. Y en franqueza de amistad y concordia, el Coronel Pablo Llanes, con su vista dejaba manifestado las simpatías que España abrigaba en favor de la Primada del América

En su Mensaje se expuso el estado floreciente de la República, relativamente admirable por las rela-

ciones que con Francia y los Estados Unidos había sostenido su Gobierno, con el fin de mantener siempre relaciones permanentes con todas las naciones civilizadas del mundo, para darle curso a las industrias y al comercio, por ser éstas las fuentes de riquezas principales de una nación,

Y en cuanto a la situación bonancible en todo el país, había decidido hacerle una visita a la Provincia del Seybo, la cual recordaba la visita que le hiciera en el 1846, en la cual ciudad insigne, merecedora de mejor atención, por ser la región que al grito de Separación, aportó un puñado de patriotas; los cuales secundaron el movimiento separatista, no obstante, el peligro que le amenazaba al fracasar esta portentosa empresa; concluyendo muchos de éllos diciendo: mucho hemos adelantado, pero nos queda bastante para obligar al enemigo a reconocer nuestro imprescindible derecho de firmar una paz que deseábamos, pero la cual no la imploraremos, porque de implorarla, mancillaríamos el honor de nuestros hijos.

CAPITULO XV

IVASION DE SOULOUQUE

El 5 de Marzo de 1849 invadió el General Soulou que nuestras tierras, nula fué la resistencia que le opusieron bizarramente el intrépido Ramón Mella, Remigio del Castillo y don Valentín Alcántara, pues abrumados por el número, éstos bravos adalides, tu vieron que retroceder para reconcentrarse en la invicta ciudad de Azua.

El retroceso de nuestro ejército motivó enconadas discrepancias entre los oficiales de alta graduación, que, acostumbrados siempre a desplegarse victoriosos en cuantos combates, la espada portentosa del invicto e intrépido General Santana los condujo.

Reconcentrado nuestro Ejército en Azua, esperaron a piés firmes a las huestes invasoras; que bajo las órdenes de Soulouque marchaban sobre esta ciudad.

Rechazadas con grandes pérdidas las hordas occidentales, se retiraron, las cuales fueron perseguidas hasta sus mismas trincheras con grandes ventajas; cuano de súbito, éste ejército de héroes, cuyo temerario valor, de épicas leyendas, después de conquistar palmo a palmo el laurel de las victorias, se

desbanda y abandona aquella población, replegándose en Baní no obstante, la protesta de su bravo general en Jefe que se encontraba en el Seybo, A. Duvergé.

Sabedor Santana de la insubordinación del Ejército a su general en Jefe que comandaba Duvergé, de no tener pericia para comandarlo; y, sabiendo lo que podía costarle a la República el desacuerdo en la oficialidad, organizó un pequeño contingente de tropas en el Seybo, y marchó para la Capital; allí supo que el Presidente Jimenez se encontraba en el cuartel general de Baní y se dirigió a entrevistarse con el Jefe del Estado, aceptando éste su cooperación.

Duvergé en El Número se batió con sin igual bravura, con interés de cerrarle el paso al enemigo; grandes fueron sus esfuerzos, pero arrollado por la superioridad numérica, se retiró sobervio bajo el contraste de su inferioridad.

FUSILAMIENTO DE LOS PUELLOS

De regreso Santana de su segundo viaje al Seybo; a su llegada, el Capitán Santiago Paviento, y un Sargento de Artillería y otros más, le denunciaron, que estaban conspirando contra la seguridad del Estado, los hermanos Puello y un grupo más de sediciosos.

Inmediatamente Santana dió órdenes de reducir a prisión a José Joaquín Puello, como cabeza de los

conjurados; a su hermano Gabino Puello que se encontraba en Higüero dándose unos baños, a donde fué a buscarlo A. Abad Alfau, con su cuadra de caballería.

Reducidos a prisión los hermanos Puello, acusados de conspiradores, el General Santana, en virtud del Art. 210, en facultad que le concedia, nombró una comisión compuesta del Dr. José Mª Caminero, Ministro Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, quedieron agrias discusiones, el Presidente Santana, aparentó que estaba disgustado de la dificultad que preveían los ministros, cosa que decidió dar su dimisión.

Esta decisión suya causó alarma en sus partidarios, que al saber tan extraña determinación, se apresuraron en dirigirle una solicitud que apoyada por noventa oficiales del Ejército pidiendo su estadía en Presidencia; pero, Santana opuso que la desavenencia que tenía Bobadilla en el Congreso, le hacía retirarse del Poder para evitar una catástrofe en elhorizonte de la política; a tal determinación; el Congreso protestó de que tal dimisión afectaba grandemente al país; que en tal caso se expulsaría al culpable. siendo embarcado Bobadilla con sus familiares para St. Thomas, no obstante haber protestado de la decisión del Congreso.

Decidido Santana a juzgar a los acusados por un Concejo de Guerra unos y por los Tribunales Civiles los otros, dispuso de una comisión mixta para instruír el proceso que definitivamente fijara la suerte de los acusados; tratándose de un crímen conexo, y por tanto, se exijía una pronta solución, para la seguridad del Estado.

La preponderancia del General Puello y sus muchos partidarios en el ejército, determinó que la comisión compuesta por los señores Domingo de la Rocha, Juan Nepomuceno Tejera, Felipe Perdomo, Francisco Cruz Moreno, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, José Joaquín del Monte, José María Leyba Ramírez, Presidente el primero; Fiscal interino el segundo del Tribunal de Apelación, Elías Gross, Esteban Mesa; el primero, reemplazando al Presidente titular del Tribunal; José de la Cruz García, Director del Arcenal; Coronel Esteban Roca, Remigio del Castillo, Presidente del Concejo de Guerra; para que le aplicaran la instrucción de la sumaria; también con los hermanos Puellos fueron reducidos a prisión Don Pedro de Castro, tío carnal de los Puellos, el Licdo. en medicina Juan Hipólito Fresnel, Manuel Trinidad Franco y la de algunos oficiales pertenecientes a los cuerpos del Ejército activo de la cuarta compañía del segundo Batallón del Regimiento, zona Capital; Cayetano Rodríguez, habilitado del mismo Regimiento, Mnl. J. M. Caminero, Fiscal acusador de la Suprema Corte de Justicia.

Instruído y practicado el sumario, tanto de los

reos como de los testigos en las comportaciones en los careos en sus respectivos alegatos.

Encontrados culpables, por no encontrar quien revatiera la acusación que pesaba sobre éllos, fueron condenados a la última pena los acusados Joaquin Puello, Ministro; Pedro de Castro, Manuel Trinidad Franco, quienes fueron ejecutados el 23 de Diciembre a las cuatro de la tarde del 1847; siendo juzgados los demás acusados en el mes de Enero, según la pena que el proceso le atribuía y según su culpabilidad.

* * *

Terminado el período presidencial de Baez, verificadas las elecciones, fué electo por segunda vez el General Santana a la Primera Magistratura del Estado, lo que decidió a Santana ha convocar un Congreso revisor que preparara una Constitución en consonancia con el nuevo sistema iniciado.

Se celebró un Tratado de Paz, Amistad y Comercio y Navegación con Cerdeña, España; y la ciudad Libre del Bremen; lo que proporcionó un bienestar, puesto que aumentaron las actividades comerciales e inmigratorias pero parece que el genio

de Marte se cernia en la Patria de Febrero. No conforme Soulouque con los descalabros que en Azua, El Número y Las Carreras sufrieron sus huestes, invadió nuevamente nuestra frontera con un ejército de 30.000 hombres.

A su encuentro salio el ejército Nacional bajo las órdenes de su General en Jefe Don Pedro Santana, quién lo dividió en dos cuerpos: uno que confió bajo las órdenes del General Juan Contreras, que marchó sobre San Juan, y otro, bajo las órdenes de Francisco Sosa, que tomó la dirección del camino de Neyba.

Cubiertos de gloria quedaron por siempre las armas dominicanas en las épicas batallas que libraron el 23 de Diciembre de 1855, el General José María Cabral, Jefe de la vanguardia en la célebre batalla de la Sabana de Santomé; sitio memorable que aún canta la proeza de ese hijo epónimo del heroismo y el General Francisco Sosa, en el combate del Cambronal, que aún encarece la fama como digno del portento mitológico.

PROCLAMA DE DON PEDRO SANTANA

«DOMINICANOS! Alerta!, ya véis los lazos que se os tienden; ya conocéis los planes de esos hombres que tanto alarde hacen de su dominicanismo; que tantas veces han implorado y obtenido gracias; ya lo véis hoy, cuando el Gobierno se preparaba a dar en su favor una anmistía casi general, encaminarse a Haití para demostraros sus verdaderas intenciones; su fementido patriotismo y hasta la falta de

pudor político, que no ha permitido nunca a otros cambiar la nacionalidad dominicana, por la de sus perpetuos contrarios.

"¡ALERTA!, pués, Dominicanos. Alerta compañeros de armas!, pongamonos en guardia contra esa facción liberticida que sabremos escarmentar una vez mas, si quiere venir a turbar nuestro reposo.

¡" Confiad en la fuerza del Gobierno, descansad en el acendrado amor a su Patria, del que por tantos años y en tantos combates lo ha sellado con su sangre y esperad, en fin, en esa Providencia que tantas veces nos ha dado la victoria; élla protejerá nuestras armas; y con élla, como siempre, venceremos.

Dada en el Palacio Nacional de Santo Domingo, a los 21 días del mes de Enero de 1861.—PEDRO SANTANA».

FUSILAMIENTO DE TRINIDAD SANCHEZ

Dijo un historiador español una vez, conversando sobre los hombres célebres dominicanos, que con un Miches, Duvergé, y un Santana, bastaba para exclamar las frases célebres de aquel Gran Emperador Romano, Julio César: «VINI, VI, VINCI».

Un día, antes de su muerte, Santana conversando con el General Juan Esteban Aybar, exclamó de

repente: es verdad sabida, que la política es una cuchilla que corta al mismo tiempo la víctima y al victimario, contestando el General Aybar, ageno del pensamiento de este coloso autoritario: pardiez, no llamándose Don Pedro Santana el victimario.

A Trinidad Sánchez, antes de ser ejecutada, se la ofreció conmutarle la pena con tal que delatara a los conspiradores que secundan el movimiento, por lo cual fué conducida para ser juzgada por un Concejo Ordinario; sucedió que convocados los testigos para la defensa de los acusados, alguien insinuó que Trinidad Sánchez estaba al corriente de los demás acusados que se encontraban prófugos.

El inquisidor Fiscal la interrogó: Señora, manifestarme los conspiradores que han atentado contra la paz pública, y Ud. podrá retornar al hogar que le espera; donde vuestros familiares sufren la acusación que pesa sobre Ud. esperando el desenlace de los acontecimientos, y teniendo plenos derechos el Poder Ejecutivo para conmutar la pena, y secundado por el noble sentimiento que me inspira vuestra entereza, gloriosa en los días aciagos de la Independencia de la República, esto nos hace respetar su preciosa vida; por ello, os pido señora, que declaréis para que pueda gozar de nuestras consideraciones, como madre de la bandera y heroína de la Puerta del Conde.

Y cuentan que aquella exaltada mujer contestó: señores Jueces, e Inquisidor Fiscal, honradoras palabras son las vuestras y nobles serán los sentimientos que os inspira, para considerarme así; pero, co-

mo los hechos tienen más eficacias que las palabras; cumplid con vuestro deber. Decidme señor Inquisidor, ahora, es tal vez, no soy culpable del crímen de que se me acusa.

A tal respuesta, enojados los jueces, la condenaron a la última pena. Su noble corazón la hizo sacrificarse y con ello; salvó a un grupo de la pléyade de varones ilustres que se distinguieron en la Independencia, y más tarde, ofrendaron su sangre en la Restauración de la Segunda República.

Es fama que esta intrépida mujer, el día de su ejecución, ciñó unos pantalones con la entereza de valiente rasgo la saya que cubría su varonil pecho y exclamó con una gallardía fulgurante: Tirad aquí! Cumplid con vuestro deber, soldados!

Loor para aquella heroína redentora.....

FUSILAMIENTO DE LOS DUVERGE

Dos titanes se disputaban la hegemonia del Ejército; los dos tenían sus partidarios; llamábanse: Don Pedro Santana y Antonio Duvergé; en un mismo campo conquistaron sus laureles la clamidez gloriosa del 19 de Marzo, El Número, Cacimán, Las Carreras; fueron sus adalídicas proezas, dignas de las leyendas mitológicas.

Santana representaba la victoria, Duvergé, la espada ejecutora. Representaban al Dios de la epopeya; pero, como en esta tierra de Caonabo, el que es más fuerte siempre vence; la supremacia de Santana lo llevó al patívulo.

La discordancia del Ejército que comandaba Duvergé, bajo las órdenes del Primer mandatario de la Nación, General Manuel Jimenez, acomuló, que a la espada ejecutora le hacía falta la victoria; pero, como la victoria es autoritaria, se impuso; formó consejo de generales; y, entre éllos estaba la espada ejecutora.

Santana expuso la razón que había en deponer al Presidente Jimenez del Poder, porque en verdad, no se le podía imputar nada; pero la Patria necesitaba de un hombre que se arrojara tal las circunstancias en defender del enemigo común a la Patria que, amenazada constantemente por el haitiano, hacía imprescindible, costara lo que costara, hacer respetar nuestro territorio a las hordas de occidente.

Un silencio acogió las palabras de la victoria; sólo un hombre se dirigió con el ceño fruncido y el puño de la espada en la diestra. Y dijo: General, yo no vuelvo mis armas contra el poder legalmente constituído, y dándole la espalda se alejó del consejo, no sabiendo ¡que con sus palabras había firmado su sentencia de muerte; había herido la dignidad del héroe autoritario; General Pedro Santana.

Horas más tarde, fué hecho prisionero con sus dos hijos que se encontraban en el campo; fueron

juzgados por un consejo de guerra, por insuburdinación, padre e hijos generales. Y cuentan, que el único hombre capaz de enfrentársele a Santana, era el General Antonio Duvergé; por esto Santana aprovechó el momento que se le presentó, frente a frente y encontrando un porqué y suscribe un testigo ocular, que Santana se entrevistó con Duvergé, ofreciéndole perdonarle la vida por el destierro, contestándole Duvergé estas palabras: General Santana, para el destierro, prefiero morir.

El nunca creyó que por protestar, lo que era un crímen de lesa patria, desconstituír un Gobierno legalmente constituído, solamente por un mero capricho, Santana lo condenaría a muèrte.

Antonio Duvergé, hombre de indiscutible bravura, se distinguió en cuantos combates tomó parte; por su arrojo y temeridad. Trataba a sus soldados de igual a igual; quizas esta fuera la causa del desconcierto que reinaba siempre bajo su comando.

Al ser fusilado Duvergé, perdió la Patria uno de sus hijos más ilustres. Como ciudadano, fué un padre ejemplar; antes de ser pasado por las armas, tuvo a su hijo pequeñuelo sentado en sus piernas; se despidió de sus déudos y amigos; su perro, que lo acompañó al patíbulo tubo también su recuerdo; le dió un abrazo de fiel camaradas al leal compañero, de su vida legendaria, el que aún muerto lo acompañó hasta la tumba; le dejó su sombrero, y cuentan que éste murió al poco tiempo.

PROCLAMACION DE LA RESTAURACION

La epopeya no había muerto; herida como es-

taba, era una rosa hajada que esperaba el crepúsculo vesperal muriente de la obscuridad de la noche, para con el frescante rocío de sus lágrimas. perder su magnitud en el concierto de las naciones de América.

La Patria de Febrero estaba esclava; las hueyas del invasor ocultaba la lívida palidez de un sudario. Todo estaba perdido; todo era pavor,—pero nó—, la Patria procreada a tantos sacrificios, no podía esfumarse tan fácilmente como un copo de espuma; la castidez sangrante de nuestros campos aún humedecidos, recordaban la intrepidez campante de sus hijos, que aprendieron, al rugir de la metralla, la impavidez sombría que en la batalla dá la victoria apetecida.

El sacrificio de la Patria está hecho; sus más esclarecidos hijos estaban en el destierro, ajenos a lo que la Patria prescindía; una carta cual paloma mensajera, cruza los mares, de ultramar; llega a poder de Sánchez, uno de los padres de la Patria, que en tierra extraña lloraba al verse desterrado de la Patria de sus amores.

Exilado como estaba, lo sacrifica todo y con

una veintena de compañeros expatriados desembarca en Haiti, remitido de clamidez gloriosa, proclama la Restauración de la Segunda República.

Cruza la frontera secundado por una pléyade de patriotas, para ser vencido en la Loma de Juan de Cruz, por Santiago de Olio. Allí bañado en su propia sangre, acribillado por balas dominicanas, herido; fueron hecho prisioneros, manatiados como viles criminales fueron conducidos a San Juan de la Maguana, donde fueron juzgados por un Consejo de Guerra.

Es fama que Don Francisco del Rosario Sanchez, se culpó así mismo del acto de rebeldía, pidiendo que lo ejecutaran a él como el único responsable.

Vanos fueron los esfuerzos de este esforzado paladin para descargar en sí mismo la horrible sentencia que pesaba sobre éllos. Sus verdugos fueron implacables; allí fué consumado este horrible crímen que horroriza aún recordarlo.

Allí sellaron para siempre el bosquejo de su ejecutoria portentosa, héroe de la Puerta del Conde, emulado hasta sí mismo su caballerosidad hasta para

sus propios enemigos fueron sus más inmarcesibles glorias. Nunca la traición, ni la envidia armó su prepotente diestra, generoso, hasta el sacrifcio.

Con un viva la República que repercutió sonoro, fueron sus últimas palabras, tras la descarga que le cercenó la vida.

Tibí, solí, pecavi. et maium, coram te fací .....

LA ANEXION

Cuán triste es confesarle: quién iba a creer que aún aquellos que representando al país, anhelaban un protectorado con España. Baez inicia una solicitud de incorporación. El Dr. Caminero, conversando con Don Angel Calderón de la Barca, Ministro de su Magestad Católica, le expuso las ventajas que le aportaba a España, la Primada de América.

¡Oh, cuán poca fé tenían aquellos malos patriotas en el porvenir de la Patria!; para más tarde, éstos mismos ciudadanos no conformes con el pugilato político que amenazaba llevar sus cabezas al patíbulo, no hizo desistir de tan mal ideada empresa. Los hermanos Puello y muchos otros pagaron con sus cabezas la tirantez de estos malos inspirados.

La enemistad de Bobadilla y Báez, y muchos otros de este caudillo epónimo, impulsaron a estos recurrir a fuerzas mayores; empero, creyendo que Santana engañado, simularon que la anexión a España era un protectorado, Santana a sabiendas de las contingencias, comprometido por los representantes que le inculcaron en un protectorado, con la creencia de que la soberanía de la República en nada atrazaría, aceptó la anexión.

Oh!, qué equivocado estaban los que creyeron que la Gran Península Ibérica iba con sus armas a sostener la soberanía de una nación sin derecho alguno sobre élla.

El poderío de España subyugado al donodado General Santana. Las circunstancias lo querían así; aquel hombre que victorioso paseó nuestro Ejército Libertador, postró su espada al León de España, enagenado por las intrigas políticas, y con sus mismos partidarios contrarios a su hegemonía, Santana temió ser acediado por aquellos, ya que los hechos no se podían deshacer; que fueron sus camarillas palaciegos antes que otro, él, la Capitanía General.

El Marquezado de las Carreras fué para él una bendición del cielo; pero el pueblo, al ver hoyadas sus tierras por un nuevo invasor, protestaron. Cosa de populacho, dijo para sí Santana, pero cuán equivocado estaba!

Los cachorros mostrarían sus garras. Sánchez-González, un revolucionario prócer, proclama en San Juan, la Restauración de la República; cayendo éste prisionero con una veintena de compañeros mas, que traicionado por Juan de la Cruz, paga con la vida su colosal empresa.

En Montecristy, San Francisco, Sabaneta, Guallubín, Capotillo, Santiago, fueron teatro del arrojo denodado de aquellos valientes campeones de la Restauración; pués, estando prisionero un teniente español en el Cuartel Restaurador, asomábase Luperón cubierto de gloria, al ver al Teniente, exclamó rebozado de gozo: "hoy ha sido un día de gloria para todos los dominicanos. Y para los soldados de Su Magestad también, contestóle el gallardo español".

Monción, Cabral, Pimentel, Luperón y muchos más, no menos meritorios, combatieron la anexión a España; y nuestros campos fueron testigos de esta homérica leyenda, casi mitológica.

Arriesgadas expediciones marítimas arrazaron ciudades y más ciudades, ardieron como pavezas; valerosos Capitanes desfilaron para combatir a los colosos cachorros de la Restauración. Todo fué en vano; Santana, la espada gloriosa de la Independencia, se trocaron sus mandobles de tanto combatir.

Enfermo, amargada su existencia, al ver la horrible celada que le tendieron sus ministros, al hacerle tronchar con sus propias manos, la Soberanía de la Patria. Báez en el extranjero, buscaba un protectorado odioso en los EE. UU. de Norte América, para la Patria que tantos sacrificios y sangre derramó por conseguirla.

Cuentan que Santana, muchas veces, tuvo la oportunidad de hacer fracasar la unidad de los Restauradores, pués sus espías lo tenían al corriente de todos sus manejos y movimientos.

Y cuando algunos de sus oficiales enterados de tal o cual ventajas y no se aprovechaban, exclamaba cuando le criticaban el poco marcado interés que tenía al entrar en combates, al verlo tan triste y sin la fiereza y el denuedo de antaño, contestaba: ¡Qué queréis, éstos no son haitianos!....

Los comunicados de guerra, lo entusiasmaba, exclamaba, quién podría decirlo, que estos visoños pongan en jaque a los mejores Generales de España....

¡Ah, y muchos de éstos se forjaron junto amí.

Cuando salía a campña, acostubraba a formar consejo con sus oficiales más allegados, y cuenta Aybar que decía, sonriendo, la disciplina ante todo! Al desertor, sabe lo que le espera? La deshonra y la muerte, exclamaban sus oficiales: mejor diréis, la gloria o la historia en sus anales, contestaba. Estimulaba a sus oficiales a que desertaran,

Esto fué tan manifiesto, que lo destituyeron del mando. Ese día dijo, caramba, que tanto esperaron!

Siempre se le oía decir en las tertulias, cuando se encontraba entre sus oficiales dominicanos, con que gusto le daría un abrazo a ese muchacho de Luperón, ¡Caray, que muchacho! Esto comprueba que Santana no aprobo la guerra de Restauración, y si la disciplina lo llevaron a trabar combates, el deber de hombría se lo obligaba; lo hecho no podía deshacerse. El había empeñado su palabra de honor; el pueblo apollaba la anexión a España; pero tarde lo vino a comprender, que el pueblo no es más que lo que representa a éste, los dirigentes.

Que tardo soy, se decía, el Pueblo soy yó, es lo que forma la parte básica de una nación, lo que forman la causa común; y esos son los políticos.

Y yo era ese Pueblo que maté e hize perder la fé en mí, Pedro Santana, el adalid de la Patria de Febrero.

FIN

EPILOGO

ESTE hombre autoritario que supo sobre-ponerse a las contingencias; y que impuso su voluntad hasta su último instante, fué el ídolo del Ejército. A su voz, millares de soldados brindaron su vida; él fué el oraculo orientador de aquellos que por primera vez brillaron en la contienda política del país, tras su figura trascendental de portentoso adalid. Nadie le igualó en su gran ejecutoria; empero, como nadie es infalible, Santana engañado por su camarilla, tronchó su carrera de Libertador; amargado por tales circunstancias, dió fin a su vida, aquel hombre formidable, que sirvió a la Patria en cuantas veces necesitó de su espada portentosa, pagó con su vida la traición de otros. La Historia reparará aquel gran error que se le imputa.

Loor para aquel gran adalid, terror de extraños y de su Patria gloriosa, quién nació en el 1785 y murió en el 1863 a la edad de 78 años, Gral. Don Pedro Santana, Marques de Las Carreras y héroe de Palo Hincado.

BNPHU

-NOVELAS-

EN PREPARACION

Sagrario	Novela
Mallito Reyes	Novela Histórica
La musa de la Vereda	Novela
El Conde de Jeñalva	Novela Histórica
(Caonabo)	Novela
Tussent Louverture	Novela

BNPHU

Periodo DR. A. FERNANDEZ SPENCER, 1989